DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

CHICKENHAWK

ROBERT MASON NARRA EL HORROR DE LA GUERRA VISTA DESDE UN HUEY EN UNA ZONA CALIENTE DE ATERRIZAJE.

2

9 788439 509561 10002

650 PTAS.
CON IVA

613 PTAS.
SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

INTRODUCCION

Me alisté en el Ejército en 1964 para ser piloto de helicóptero. Yo sabía que teóricamente podría ser enviado a una guerra, pero era lo suficientemente ignorante...

No sabía nada de Vietnam ni de su historia. Yo desconocía que mi país había incluso apoyado a Ho Chi Minh contra los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Tampoco sabía que después de la guerra aquel país, que se había creído finalmente libre del colonialismo, había sido devuelto a Francia por las fuerzas de ocupación británicas con el consentimiento de Estados Unidos. No sabía que Ho Chi Minh volvió a luchar entonces para expulsar a los franceses, un esfuerzo que concluyó en 1954 con la derrota de Francia en Dien Bien Phu. Ignoraba que las elecciones libres establecidas por la Conferencia de Ginebra para 1956 quedaron suspendidas porque se sabía que Ho Chi Minh ganaría. Tampoco sabía que nuestro gobierno apoyaba a un líder corrupto y represivo, Ngo Dinh Diem, y que después había participado en su derrocamiento y su muerte, en 1963.

No sabía nada de eso. Pero los que decidieron que fuéramos a la guerra, sí.

Todo lo que sabía era que quería volar. Y que no había nada que desease más que pilotar helicópteros.

Este es un relato personal de lo que vi en Vietnam y de cómo me afectó. Todos los hechos sucedieron: la cronología y la geografía son todo lo correctas que me lo permiten mi memoria y mis conocimientos. Los nombres de los personajes, salvo los que se han hecho famosos, y las características sin importancia de todas las personas que se mencionan se cambiaron para que no pudiesen ser identificados aquellos que aún viven y preservar así su intimidad y anonimato.

Me gustaría disculparme ante los "grunts", si les molesta el término, porque no tengo nada más que respeto hacia ellos y las condiciones en que sirvieron.

Espero que estas recopilaciones de mis experiencias animen a otros veteranos a contar las suyas. Pienso que es poco lo que se sabe sobre Vietnam y sus efectos en los individuos y la sociedad. En lugar de extenderme sobre los aspectos políticos de la guerra, me he centrado en las condiciones reales de un piloto de helicóptero en Vietnam, entre los años de 1965 y 1966. Los hechos, espero, hablarán por sí mismos.

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 2 - Chickenhawk

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona
ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Septiembre 1988

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

CHICKENHAWK

ROBERT MASON

Capítulo 1 3
Vírgenes

Capítulo 2 21
Polígono de tiro

Capítulo 3 47
El blues del "corto"

Áreas principales descritas en "Chickenhawk"

Hawthorne

Campamento Prospectors

Fortaleza

Dak To

Kontum

Zona de aterrizaje Quebec

Zona de aterrizaje Dog

MAR DE LA CHINA MERIDIONAL

Bong Son

VALLE DE BONG SON

Bong Son

Zona de aterrizaje Bird

VALLE DE KIM SON

Happy Valley

Zona de aterrizaje Lima

Polígono de tiro

Granja de Pavos

Pleiku

Campamento Holloway

An Khe

Campo de Golf

Plantación de Té

Qui Nhon

Pleiku

VALLE DE IA DRANG

Zona de aterrizaje Rayos X

Song Cau

Tuy Hoa

CHINA

VIETNAM DEL NORTE

Hanoi

LAOS

Hue

Da Nang

TAILANDIA

Kontum

Qui Nhon

Pleiku

Tuy Hoa

CAMBOYA

VIETNAM DEL SUR

Phnom Penh

Saigón

TIM PAGE

Capítulo 1

VIRGENES

CAPÍTULO 1 VÍRGENES

JUNIO 1964-JULIO 1965

Cuando era niño tuve sueños de levitación. En estos sueños sólo podía flotar cuando nadie me miraba. Esta facultad desaparecía en cuanto me sentía observado por alguien.

Me crié en una granja. Mi padre había trabajado en varias fincas y en la suya propia, así como en un mercado, en Pennsylvania, New Jersey y en West Virginia. Cuando yo tenía nueve años, levantó una granja avícola, al oeste de Delray Beach, en Florida. Allí, en medio de las tareas cotidianas, soñaba despierto en poder volar, hasta el extremo de hacerme zancos para poder elevarme del suelo.

Cuando inicié mis estudios de secundaria mi padre ya había cambiado las tareas rurales por los negocios de bienes raíces, así que nos trasladamos a vivir a la ciudad. En el primer curso, un amigo, que además era avispado piloto, me enseñó los principios básicos para maniobrar con una avioneta. El avión significó un avance sustancial en los mecanismos de mis sueños: funcionaban siempre. Cuando terminé mis estudios secundarios, me saqué la licencia para volar, como piloto privado.

En 1962, tras pasar dos años en la Universidad de Florida, decidí recorrer mundo y me dediqué a viajar por todo el país. Un año más tarde, viviendo en Filadelfia, me pasaron dos cosas muy importantes. Conocí a Patience, mi futura esposa, y cursé mi solicitud como candidato a piloto en el Ejército. Cuando en junio de 1964 llegué a la Escuela Primaria de Helicópteros del Ejército de EE.UU., en Fort Wolters, Texas, pensé que, finalmente, había alcanzado la más importante de mis metas.

> "Nunca me derrumbé ni lloré durante esta etapa, como lo hicieron algunos. A los continuos gritos de los instructores, respondía apretando los dientes y afanándome más."

Los 120 candidatos de nuestro curso eran conocidos como WOC ("warrant-officer candidates", oficiales de complemento cadetes). Un oficial de complemento es nombrado, no graduado, y se especializa en una técnica y una habilidad particulares. Hay oficiales de complemento técnicos electrónicos, oficiales de complemento de suministro y oficiales de complemento pilotos, entre muchas otras especialidades. Los grados de los oficiales de complemento —WO-1, CW-2, CW-3 y CW-4— se corresponden con los de alférez, teniente, capitán y comandante, y los oficiales de complemento reciben los mismos privilegios y casi el mismo salario que el de los oficiales de carrera.

La primera vez que tuve referencias acerca del programa de aviación para oficiales de complemento yo era un civil, y me importaba muy poco lo que pudieran significar los grados. Lo único que sabía era que volaban.

El programa tenía una duración de nueve meses. Comenzó con un entrenamiento previo de un mes al que siguieron cuatro meses de instrucción de vuelo inicial en Fort Wolters, seguido de otros cuatro meses de instrucción avanzada de vuelo en Fort Rucker, Alabama. La instrucción previa a poder volar constituyó un período de hostigamiento continuo, destinado a eliminar a los candidatos que carecieran de cualidades de mando.

CAMERA PRESS

EN LA PÁGINA ANTERIOR: *Inspección prevuelo de la cabeza del rotor y la ametralladora M60.* ARRIBA: *Una escuadrilla de Huey volando a alta cota.*

Los futuros pilotos teníamos que correr adonde quiera que fuésemos; teníamos que sentarnos en el borde de las sillas, tener brillantes los suelos y mantener las ropas ordenadas en los armarios. Estábamos autorizados a dejar la base sólo durante dos horas y en domingo, para poder ir a la iglesia. Era la misma clase de fastidiosa situación que había tenido que vivir en el entrenamiento básico, sólo que ahora era peor.

Los sargentos TAC nos asignaron a varios cometidos dentro de una compañía de estudiantes: jefes de escuadrón, jefes de pelotón, sargento primero, sargentos de pelotón y así sucesivamente. Uno de nosotros tenía que ser el estudiante al mando de la compañía. Desempeñábamos ese cargo durante una semana, en el transcurso de la cual los instructores intentaban volvernos locos y estudiaban nuestras reacciones. Infortunadamente fui nombrado el primer estudiante al mando de la compañía.

Durante la primera semana, tenía que lograr que llegásemos a tiempo a las clases, controlar que nuestras habitaciones estuvieran inmaculadas, y por supuesto ¡que Dios perdonase a

quienquiera que tuviese sucio el broche del cinturón! Nunca me derrumbé ni lloré durante esta etapa, como lo hicieron algunos. A los continuos gritos de los instructores, respondía apretando los dientes y afanándome más.

Dos semanas después de haber cruzado la puerta principal, finalmente me pude situar en la cola para volar. Nos dieron trajes de vuelo, cascos, guantes, gafas para el sol, calculadores de rumbo Jeppson y nuevos libros de texto. Nos dijeron que nos pusiésemos las gorras del revés en la línea de vuelo, la señal tradicional del novato candidato a piloto. Seguíamos corriendo a todas partes, pero ahora ya nos llevaban a la línea de vuelo. Estábamos iniciando el camino hacia nuestro principal objetivo en la escuela.

Marchamos hacia un pequeño edificio adyacente al helipuerto principal y nos sentamos alrededor de unas mesas grises; cuatro candidatos por mesa. El jefe de vuelo nos dio una breve charla y luego llegó el IP (Instructor de Pilotos). Los IP eran seres míticos a los que teníamos un gran respeto. Eran civiles. Habíamos escuchado cientos de historias acerca de sus métodos de entrenamiento, sobre su carácter y cómo les gustaba deshacerse de los estudiantes para tener una carga más ligera. Atravesaron el umbral con los mismos trajes grises que llevábamos nosotros, un tipo de mono de mecánico, con un cierre que llegaba hasta el cuello y una docena de bolsillos. Los IP tenían algo que les colgaba de cada bolsillo. Sabíamos lo privilegiados que eran por lo desaseados que iban.

"Me hice una viva imagen mental de ese disco girando sobre mi cabeza. Luego comenzaba a revisar los controles."

El IP que llegó hasta nuestra mesa nos llevaría a los cuatro en un vuelo de orientación, el único "paseo gratuito" en todo el curso. Nos habíamos estado preparando para este día, estudiando los controles del helicóptero y las maniobras básicas de vuelo. Muchos de nosotros teníamos la sensación de que podríamos volar en una hora, o algo así.

Yo había pasado muchas tardes en mi habitación repasando los controles de vuelo, qué es lo que hacían, y cómo tenía que mover mis manos y mis pies. Podía oír las palabras del instructor de aerodinámica en mi cabeza. "Los nombres de los controles

US ARMY

ARRIBA: *Reponiendo la munición de 7,62 mm. Con toda su munición, combustible y trece personas a bordo, el Huey pesaba 4 309 kg.*

en un helicóptero se refieren al efecto de sus alas rotatorias y al rotor de cola", repetía la voz. "El disco formado por las palas del rotor es lo que realmente vuela. El resto del fuselaje simplamente lo sigue, suspendido del disco por un mástil." Sentado en mi silla, me hice una viva imagen mental de ese disco girando sobre mi cabeza. Luego comenzaba a revisar los controles. "La palanca de mando colectivo está localizada en la parte izquierda del asiento del piloto. Si se tira de ella, se aumenta el ángulo de las palas del rotor principal al mismo tiempo, colectivamente, lo que produce que el disco y el helicóptero se eleven. Bajar el colectivo reduce el paso, y el disco desciende. El mando de gases, giratorio, en el extremo de la palanca del colectivo, ha de coordinarse con los movimientos de subida y bajada. Has de hacerlo girar hacia más gas a medida que subes el colectivo, y en sentido contrario, cerrando gases, al bajarlo." Levantaba mi mano izquierda, al tiempo que giraba lateralmente la empuñadura imaginaria cuanto podía.

"La fuerza que hace rotar el sistema de palas principal, en el sentido de giro del reloj visto desde la cabina, intenta también hacer girar el fuselaje en sentido contrario. Este efecto se conoce como par de rotación. La forma de controlarlo es mediante el rotor de cola o antipar, situado en el extremo del botalón trasero. Cuando gira, empuja la cola lateralmente en sentido inverso al del par. La cantidad de empuje, y con ello la dirección hacia donde apunta la proa, se controla empujando los pedales. Empujando el pedal de la izquierda se aumentaba el paso del rotor de cola, lo que empuja la cola hacia la derecha, en sentido inverso al par, moviendo la proa hacia la izquierda. El pedal derecho reduce el paso, desplazando la proa hacia la derecha. Dado que el giro hacia la izquierda o derecha requiere más y menos potencia, respectivamente, has de ajustar el mando de gases con el fin de mantener la apropiada potencia y r.p.m. del rotor. ¿Entendido?"

Estos ejercicios y el hecho de que yo tenía una licencia de piloto de ala fija impulsaban la fantasía de que podría pilotar el helicóptero al primer intento.

"Ahora que ya dominas los pedales, tal vez deberíamos enseñarte cómo funciona la palanca de mando del paso colectivo."

"Muy bien. ¿Veis ese árbol allí?" La voz del instructor resonó en mis auriculares. Por fin llegaba mi oportunidad. El instructor situó el helicóptero de entrenamiento H-23 Hiller en vuelo estacionario, suspendido en medio de un campo de diez acres.

"Sí, señor", respondí, apretando el pulsador de comunicación de las palancas de mando del cíclico. "Bueno, me voy a hacer cargo del resto de los controles, y todo lo que quiero que hagas es mantener este pájaro apuntando en dirección a ese árbol". Hizo un gesto con la barbilla. Yo asentí con la cabeza. "¿Estás listo?"

Me balanceé hacia atrás y hacia adelante, arqueándome, aprendiendo a anticipar las respuestas de los pedales. Finalmente logré mantener el árbol delante nuestro la mayor parte del tiempo, veinte grados más o menos.

"Ahora que ya dominas los pedales, tal vez deberíamos enseñarte cómo funciona la palanca de mando del paso colectivo."

"Muy bien, señor."

"Lo que voy a hacer es tomar los controles nuevamente —el IP puso sus pies en los pedales y el árbol se situó en una posición estable de punto muerto delante nuestro— y ahora vas a probar suerte con el colectivo. Sólo el colectivo. Intenta mantenernos a esta altura del terreno. ¿De acuerdo?"

"Sí, señor."

"Pues ya lo tienes." Esta frase siempre precedía la transferencia de control.

"Lo tengo." En el momento en que sujeté la palanca de mando con mi mano izquierda, el helicóptero, el mismo helicóptero que había estado plácidamente situado a tres pies, se elevó a cinco pies. Parecía que subía solo. Empujé hacia abajo con fuerza para corregir la maniobra. Saltamos hacia adelante, mientras la máquina se agitaba. Temblé de miedo e intenté controlar el aparato mientras la tierra se acercaba a nosotros. Tiré con rapidez y nos elevamos seis o siete pies.

"Estaría bien tres pies."

"Sí, señor." Estaba anegado en sudor mientras luchaba por lograr una altitud estable sobre el terreno. No se trataba sólo de poner el colectivo en una posición y dejarlo allí; tenían que hacerse ajustes constantemente. Tras unos minutos de subir y bajar como si fuéramos un yo-yo, estaba preparado para mantener el helicóptero a la altura que quería el IP.

"El siguiente control que vamos a intentar es el de la palanca de mando cíclica. Como veis, no hay que moverla mucho." Observé la mano derecha del IP mientras sujetaba la empuñadura del paso cíclico. Se movía por completo.

"Me parece que se mueve demasiado hacia mí, señor."

"Yo no dije que no se pudiera mover; dije que no hay que moverla mucho. Hay una diferencia. El H-23 es famoso por su excesivo movimiento durante su ciclo. Ésta es la reacción procedente de todo el material sin equilibrio que hay por aquí. Inténtalo un momento."

"Lo he logrado." Puse mi mano en la vibrante empuñadura cíclica, situada entre mis piernas. Después de cinco minutos de transpirante concentración estaba listo para mantenerla en diez pies cuadrados.

"Lo siguiente que hay que hacer, ahora que ya tienes el cíclico dominado, es intentar utilizar todos los controles al mismo tiempo. ¿Crees que podrás hacerlo, muchacho?"

"Sí, señor."

"Pues bien, ahí los tienes."

"Los tengo." El cíclico hacia arriba, el colectivo empujado y los pedales pegados a mis pies; pero sólo tuve el control completo durante unos breves instantes. Estaba a tres pies de tierra, suspendido en un helicóptero de verdad. Sobre mi rostro sudoroso se formaba una película. ¡Vaya! La ilusión de tener el control terminó de improviso. Mientras me concentraba para mantenernos sobre un punto con el cíclico, nos elevamos. Cuando empujé el colectivo hacia abajo, para corregir la maniobra, me di cuenta de que estábamos girando con rapidez hacia atrás. Rectifiqué empujando hacia adelante. Nos alejábamos noventa grados del punto del que habíamos partido. Rectifiqué con los pedales. Cada control luchaba conmigo por su cuenta. "Los tengo." El IP tomó los controles. Las r.p.m. del motor y del rotor volvieron al verde de seguridad. Bajamos de quince a tres pies, alejándonos del sol y en dirección al árbol, y volvimos al punto del que habíamos partido. Me sentía totalmente derrotado.

"Bueno, es verdad lo que dicen de ti, as."

"¿De qué se trata, señor?"

"El cíclico hacia arriba, el colectivo empujado y los pedales pegados a mis pies; pero sólo tuve el control completo durante unos breves instantes."

"Eres piloto de nacimiento."

"¿Cómo de nacimiento, señor, si me he ido por todo el campo?"

"No te preocupes por eso, muchacho. Seguiremos practicando, y cada vez en campos más pequeños."

Nuestra instrucción de vuelo, con los instructores regulares, se inició al día siguiente en un campo de estancia, uno de los muchos situados en las praderas centrales de Texas. Los campos proporcionaban a cada vuelo un aeródromo privado, separando a los nuevos estudiantes de los más avanzados. El primer reto era volar a solas. El IP se concentraba en maniobras básicas como suspensión en el aire, despegues, aterrizajes y aterrizajes forzados simulados, denominados "autorrotaciones".

Una vez en el aire, teníamos que hacer autorrotaciones en cada manga siguiendo un patrón rectangular. Después de dar algunas vueltas alrededor del patrón, practicando aterrizajes y despegues, los IP nos llevaban, muchas veces, fuera del campo abierto, y nos hacían trabajar cubriendo vuelos de crucero y en maniobras de autorrotaciones.

Pasábamos una hora cada día en la cabina y tres o cuatro horas más dentro del helicóptero, observando a nuestros condiscípulos. Leíamos el programa de vuelo de maniobras de la escuela. Ya en tierra firme, asistíamos a clases de aerodinámica, meteorología y mantenimiento. Vivíamos y respirábamos el vuelo. Y anhelábamos con expectación el momento de nuestra primera clase como pilotos.

Después de dos semanas, uno lo hizo. Le arrojamos a un pantano, siguiendo los honores tradicionales tras un primer vuelo en solitario. Pudo ponerse su gorra hacia adelante. Al final de la tercera semana, cerca de la mitad de la clase había sido arrojada al pantano y llevaba el gorro hacia adelante, y yo era uno de ellos. Al finalizar la cuarta semana, aquellos que no estaban capacitados habían sido eliminados de los entrenamientos de vuelo.

El siguiente reto fue el de aprender todas las maniobras iniciales para poder aprobar un paseo rutinario en cuatro semanas. Volamos con más asiduidad. Nuestra única tarea consistía en efectuar las maniobras en el aire, y una vez en tierra teníamos que analizar lo que habíamos realizado.

ABAJO: *En el Huey el piloto se sienta a la derecha. En la parte superior de la fotografía, la mira reflectora XM-60.*

TRH PICTURES

CAPÍTULO 1 VÍRGENES

Mi instructor, Tom Anderson, efectuó unas detalladas demostraciones del procedimiento de la escuela de vuelo para entrar y salir de áreas reducidas. Era un método diseñado para minimizar los daños. Un alumno de helicópteros dando vueltas en estacionario en un lugar cerrado es casi un seguro accidente. Uno vuela en círculo hasta que ha determinado la trayectoria sobre los obstáculos más bajos, a favor del viento. Luego había que escoger un punto en el lugar seleccionado y realizar la toma. En tierra, había que fijar el colectivo abajo y el mando de gases en posición mínima y salir del helicóptero, dejándolo en marcha. Habías de colocar entonces una piedra o un palo como señal bajo la barbilla de la burbuja de forma que pudieras verla desde dentro. Entonces ibas a la parte de sotavento del claro, dabas tantos pasos como era de largo el helicóptero más cinco de margen y depositabas otra señal. A continuación intentabas comprobar si eras capaz de girar en torno a ellas en estacionario, sin rozar los tres árboles del lado de barlovento del mismo. Si creías que podías, acababas analizando la zona y volvías al aparato. Si no podías girar dentro de las señales, habías de retroceder en estacionario desde la señal de barlovento hasta la de sotavento, y para ello habías de instalar una línea de señales entre los dos puntos para que te sirviera de guía en el vuelo marcha atrás. Cada claro era diferente. Algunos requerían bastante precisión al medirlos y marcarlos para salir. Otros eran tan grandes y libres de obstáculos que la tarea de situar las señales parecía sin sentido. Meses más tarde, en Vietnam, me di cuenta de que analizaba automáticamente cada claro antes de posarme. La instrucción funcionaba.

"Mi primera impresión del Huey fue que se trataba de seda pura. Cuando el instructor accionó el botón de arranque, la respuesta fue un suave zumbido..."

Unos días después, terminé mis primeros cinco meses en Fort Wolters con un ejercicio de una hora en el cual demostré, con éxito, mis capacidades ante el inspector del Ejército. Nuestro curso continuaría las clases en Fort Rucker.

Llegamos tras 85 horas de vuelo, desde Wolters. Pasamos otras 88 en los H-19 Sikorsky, aprendiendo a maniobrar en zonas restringidas sin marcadores, aterrizando en pináculos y realizando una gran cantidad de horas campo a través y en vuelos tácticos. Durante el último mes pasamos 27 horas en el aparato que todos queríamos probar: el Bell HU-1 Iroquois, popularmente conocido como el Huey. El tiempo en el Huey se dividió en 10 horas de orientación y 17 de vuelo con instrumentos.

Cerca ya del final de nuestra instrucción con el Huey, comenzamos a profundizar el estudio sobre el Huey en nuestras clases en tierra firme.

Mi primera impresión del Huey fue que se trataba de seda pura. Cuando el instructor accionó el botón de arranque, la respuesta fue un suave zumbido, en cuanto el motor de alta velocidad del arranque empezó a mover sus palas, sin atisbo de los ruidos y rugidos a los que yo estaba acostumbrado. A velocidad operacional no había ningún temblor, vibración o movimiento, sólo un suave susurro de la turbina. El IP me indicó que tirase del colectivo. Los grandes rotores se estremecieron al aumentar el paso, y el aparato se elevó de tierra como si lo estuvieran levantando.

Me pasé con los pedales, haciendo que la cola se bandease de golpe. Era una reacción común a la sensibilidad de mandos del Huey que llamábamos el "resbalón Huey".

El intenso y atronador ruido del rotor principal —el característico sonido pop-pop-pop— era causado por su enorme tamaño. 48 pies (14,5 m) de envergadura y una cuerda (ancho) de 21 pulgadas (53,35 cm). Con contrapesos en cada borde marginal, el rotor tenía una gran inercia. El IP la demostró con un truco que sólo el Huey podía realizar. A la velocidad normal del rotor en tierra (330 r.p.m.) cortó gases, levantó la máquina hasta unos cuatro pies de altura en estacionario, la giró sobre sí misma por completo y volvió a posarla en el suelo. ¡Increíble! Cualquier otro helicóptero habría sido incapaz siquiera de despegar, y las palas se habrían abatido inmediatamente, sin subir ni una pulgada. Estas grandes palas metálicas con sus pesos en los extremos me serían muy útiles en Vietnam. Su resistencia e inercia le permitían cortar las pequeñas ramas de los árboles con facilidad.

Volando cada día durante una hora, nos tomó dos semanas terminar la orientación en el Huey. La tarea siguiente consistía en el vuelo instrumental, es decir, sin contacto visual con tierra.

Disfruté mucho con la instrucción en instrumentos. Uno subía a un Huey con un instructor, ponía la caperuza (un dispositivo que restringía la visión al interior de la cabina) y volaba sobre Alabama, haciendo prácticas de aterrizaje en aeropuertos desconocidos, y volvía una hora o dos más tarde, sin haber visto el terreno o el cielo ni nada, excepto la cabina. En mi último viaje de prueba volé de Fort Rucker hacia Gainsville, Florida, ida y vuelta, haciendo cuatro aproximaciones a aeródromos que no conocía y dos intersecciones de rumbo. El soporífero vuelo duró cuatro horas. Las únicas pistas que me revelaban que estaba volando eran las agujas oscilantes y las conversaciones por radio con los distintos controles de las torres. Sólo tuve que emplear este entrenamiento un par de veces en Vietnam, pero cuando lo hice, esta técnica salvó varias vidas.

El 11 de mayo de 1965 nos dieron nuestras insignias de oficiales de complemento y las alas de plata. Mi padre, mi hermana, Patience y Jack asistieron a mi graduación (mi madre estaba enferma y no pudo acudir). Yo me sentía muy orgulloso. Habían sido los diez meses más provechosos de mis 33 años de vida.

Un sesenta por ciento de nuestro curso fue enviado inmediatamente a Vietnam. Yo estaba dentro del cuarenta por ciento que pensaba que había tenido suerte quedándose destinado a diferentes tareas en EE.UU. Vana ilusión. Pedí y fui destinado a la Tercera Compañía de Transporte, en Fort Belvoir, Virginia, la unidad de los vuelos VIP (Very Important Persons). Esta unidad llevaba a los miembros del Congreso y a los senadores en el área de Washington y se mantenía en estado de alerta las 24 horas del día para trasladar con rapidez a ciertas personas a seguras instalaciones subterráneas en caso de crisis. El destino duraba, tradicionalmente, entre dieciocho meses y dos años. Esta tarea era muy buena para los nuevos pilotos, un destino excelente; la ciudad, Washington D.C., era divertida, y el club de oficiales, de primer orden, con vistas al Potomac. Estábamos

DERECHA: *Cargado hasta la bola. Aunque los helicópteros no llevaban otro armamento que las M60, con frecuencia eran empleados para transportar balas y granadas para los cañoneros de la Caballería Aérea.*

P. CHINERY

tan emocionados que no nos dimos cuenta de que habíamos sido enviados allí tan sólo por unas semanas.

Tres semanas después de nuestra llegada, recibí órdenes de presentarme en Fort Benning, Georgia. Las órdenes no iban acompañadas de explicaciones.

"¿Qué diablos hay en Fort Benning?", pregunté a un amigo que había recibido las mismas órdenes.

"He oído que están preparando una nueva división. Probablemente nos enviarán a Vietnam."

En Fort Benning se encontraba la 11.ª División de Asalto Aéreo (Pruebas), que había estado desarrollando y probando tácticas de asalto aéreo con helicópteros durante más de dos años. Tras algunas grandes maniobras en las Carolinas, en las que la 11.ª División luchó contra un enemigo simulado encarnado por miembros de la 101.ª División Aerotransportada, se decidió que las tácticas funcionaban y que una división de asalto aéreo actualizada debería estar formada para ser enviada al interior de Vietnam. Ya que estaban allí todos esos helicópteros y pilotos, simplemente cambiaron el nombre de la división de prueba por el de 1.ª División de Caballería (Aeromóvil), adquirieron más aparatos y añadieron más pilotos para hacerla potente.

"A más de 100 nudos, dirigió el fuselaje hacia abajo, en dirección a la fila de árboles, mientras el rotor casi peinaba las copas de los árboles."

Se nos dio un cursillo rápido sobre algunas técnicas de combate. Su especialidad era la de vuelo a baja altura, denominado "vuelo de contorno". Esta técnica había sido concebida para mantener el riesgo del fuego antiaéreo a un mínimo. Tenía una ruta especial de baja cota llamada "curso de confianza", donde se nos enseñaban trucos como los de volar bajo los cables del tendido eléctrico y hacer giros a baja altura hasta casi tocar la superficie con las puntas de los rotores. Estos muchachos eran verdaderos vaqueros.

En un vuelo con un antiguo piloto llamado Bill James, experimenté el recorrido más rápido y a más baja altura que he realizado en toda mi vida. James voló a lo largo de una vía de ferrocarril bordeada por altos árboles, acompañado por tres pilotos de la fuerza aérea. A más de 100 nudos, dirigió el fuselaje hacia abajo, en dirección a la fila de árboles, mientras el rotor casi peinaba las copas de los árboles. Era increíble. Los pilotos de la fuerza aérea gritaron: "¡Está loco! ¡Díganle que se detenga! ¡Deténgase, alto, alto!" Cuando los oyó gritar, James aceleró con energía. A 120 nudos, entre dos hileras de árboles, el mundo se convierte en una masa verdosa difuminada.

Otro procedimiento que los pilotos veteranos habían perfeccionado era la formación en vuelo. En la escuela, los vuelos en formación podían ser definidos como dos o más helicópteros volando al unísono bajo el mismo cielo. No se nos había enseñado vuelo en formación cercana debido a que era considerado muy peligroso. Pero para poder llevar a cabo una operación con cuatro Huey en una pequeña zona de aterrizaje (LZ) al mismo tiempo, era preciso que los helicópteros pudiesen volar, aterrizar y despegar casi uno al costado del otro.

La cercanía estaba medida en diámetros del rotor. El alcance de los viejos pilotos era desde uno a tres diámetros del rotor. En las prácticas actuales volaban a uno o menos. La primera vez que pasé por esta experiencia tuve toda clase de visiones de palas del rotor rotando, agitándose y desprendiéndose en mi cabeza. También circulaban historias sobre que algunos de estos temerarios pilotos volaban con las palas de sus rotores haciéndolas coincidir parcialmente a tan sólo unos pies, y sólo por diversión.

Cuando nos comunicaron que teníamos que quitarnos toda nuestra ropa interior para teñirla de verde oliva, y que debíamos pintar nuestros cascos de vuelo del mismo color, supimos que se acercaba la hora decisiva. El 28 de julio vi al presidente Johnson anunciar en televisión: "Permaneceremos en Vietnam" y "Hoy he ordenado a la División Aeromóvil que se traslade a Vietnam". Tuve una sensación en la que se fundían el temor y la excitación. Se habían acabado los juegos.

Al día siguiente, en un momento de lúcida racionalidad, me compré en secreto un Derringer de cañón doble, un arma para luchar hasta el último cartucho.

★ ★ ★

ABAJO: *Tras desembarcar en la bahía de Lang Mai, la Caballería Aérea se adentra en Vietnam con sus helicópteros por primera vez.*

P. CHINNERY

AGOSTO 1965

Finalmente, en el repleto buque encontré a todos los miembros de mi compañía. Durante el mes de preparación e instrucción en Fort Benning, apenas sabía quiénes serían mis compañeros de combate.

Yo estaba destinado al 229 Batallón de Helicópteros de Asalto de la Compañía B, uno de los dos batallones del 1.º de Caballería. El jefe de mi pelotón era el capitán Robert Shaker, un hombre de raza negra, alto, delgado y muy profesional. El jefe de mi escuadrón y el hombre con el que más tendría que tratar era el capitán Dan Farris, un tipo robusto y enérgico, con una sonrisa siempre a flor de labios. Era un militar, pero mantenía el buen humor, a pesar de todo.

"Maldita sea, Connors, me has golpeado en el ojo con tu codo", gruñó Len Riker, un alto y delgado CW-2.

"Lo siento, Len. Esta jodida Mae West casi me atrapa." Pat Connors (que se refería al chaleco salvavidas) era nuestro cómico particular. Levantó sus hombros y apuntó, sólo para caer sobre su amigo Banjo Bates. "¡Ooops! Lo siento, he fallado."

"Vigila, Connors. No tengo ganas de aguantarte." Bates se mantenía siempre ecuánime, excepto cuando Connors se metía con él, como ahora.

"Esto es endiabladamente jodido", exclamó Banjo con rabia. "No sólo tengo que pasar por este estúpido ejercicio en el bote un día sí y otro no, todo el tiempo, para demostrar que puedo llevar un salvavidas; encima tengo que cargar con un genuino cabeza de alcornoque como tú, Connors." Se giró y tuvo que reírse ante la mueca de Connors.

Todavía ignoraba la mayor parte de los nombres de los muchachos de mi pelotón. En el otro pelotón conocía a Wendall, el chalado de la cámara, y a su amigo Barber, así como el maquetista, el capitán Morris, y a su amigo, el CW-2 Decker.

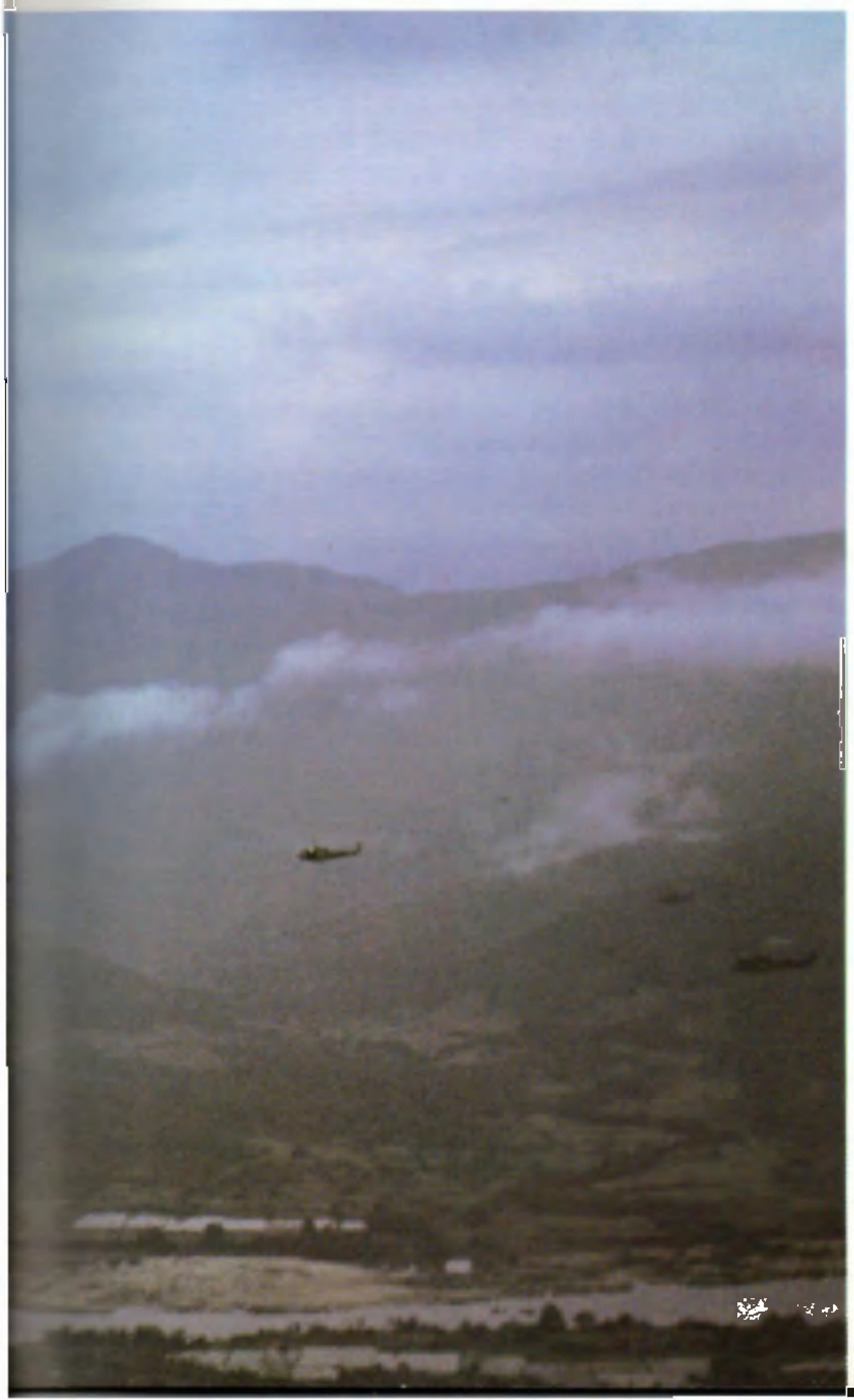
"Daisy."

"Aquí." El capitán Don Daisy disfrutaba con las discusiones políticas y jugaba mucho al ajedrez.

"Farris." Capitán Dan Farris. Me gustó desde el principio.

"Gotler." CW-2 Frank Gotler, un hombre de hablar pausado, con un ligero acento alemán, que decía haber volado durante un corto período en la Luftwaffe.

"Kaiser." CW-2 Bill Kaiser. Era un tipo de baja estatura, con ojos brillantes y vivaces, y bastante agresivo. Si hubiera volado en cañoneros en lugar de "slicks" (helicópteros de transporte de tropas), creo que hubiera sido un verdadero asesino.



"Mason. WO-1 Bob Mason. Yo. Recién llegado a la unidad, recién salido de la escuela de vuelo, con sólo 250 horas de vuelo."

"Leese." CW-3 Ron Leese. Era el oficial de complemento de mayor grado en nuestro pelotón, el equivalente a capitán. Leese mostraba una apariencia frágil, pero tenía algo de mágico y gozaba de una gran experiencia en vuelos de combate, veterano del Pacífico y Corea. Junto a Connors, era el mejor piloto de nuestra compañía y, por supuesto, el de mayor experiencia en combate.

"Mason." WO-1 Bob Mason. Yo. Recién llegado a la unidad, recién salido de la escuela de vuelo, con sólo 250 horas de vuelo. Medía cinco con diez, pesaba 140 libras y llevaba el cabello castaño más largo que los demás. Tenía grandes pómulos y ojos de bizca mirada. Estaba esperando mi turno.

"Nate." Otro CW-2. Siempre estaba fumando en pipa, y tenía una voz mucho más profunda que la que se esperaba de su apariencia.

"Resler." WO-1 Gary Resler. Otro muchacho nuevo en la Caballería y en la aviación del Ejército.

"Riker." Era un hombre serio, y casi siempre estaba serio.

Faltando un día para la hora del desembarco, el buque entró en una frenética actividad. Recibimos un estímulo, no oficial naturalmente, para "encontrar equipo de desecho del buque que pudiera ser utilizado" en nuestro nuevo campo. El capitán del buque estuvo conforme con que ciertos "viejos colchones" pudieran ser sacados del buque, e hizo un recorrido con el coronel Dogwell para discutir lo que se podía llevar, específicamente para los Huey.

Se tomaron piezas del recogedor de basuras y se llevaron a los helicópteros. Grupos de reclutas, suboficiales y tenientes cargaban paquetes de colchones, cuerdas, alambres, telas, herramientas e incluso maderos en el hangar y escondían todos los

materiales en los Huey. No eran desechos lo que nos estábamos llevando. Los colchones eran nuevos, al igual que las cuerdas y las herramientas. Obviamente, nos dedicábamos a hacer una limpieza en profundidad.

Cuando salí por la escotilla y miré al horizonte observé una inconfundible tierra gris y distante. Dos horas más tarde nos encontrábamos en la bahía de Lang Mai, al sur de Qui Nhon, listos para echar el ancla. El portahelicópteros *Iwo Jima* estaba hacia nuestra derecha, y a nuestra izquierda se alineaban diez cargueros de la línea Lykes, contratados por las fuerzas armadas. Anclamos poco después de las 11 de la mañana, el 13 de septiembre. Habíamos tardado 31 días en llegar desde Mobile hasta allí.

El *Iwo Jima* era uno de los buques que había participado recientemente en la batalla de Chu Lai, mientras estábamos en ruta. Había sido la primera batalla de esta envergadura desde la guerra de Corea y en ella se vieron implicados más de 500 soldados de infantería estadounidenses, soldados del ARVN (Ejército de Vietnam del Sur) y artillería naval. El recuento final contabilizó 700 vietcong y 50 infantes de Marina muertos.

La batalla, según la revista *Time*, "había demostrado que, combinando informaciones secretas precisas, una rápida planificación, y una cuidada selección de dónde y cómo combatir, los EE.UU. podrían bastarse a sí mismos en Vietnam."

"La Caballería será la primera unidad en situarse justo en medio del terreno del Vietcong. La idea es estar precisamente allí, en medio de ellos, para echarlos fuera de una vez."

"Bueno, estamos dirigiéndonos directamente al centro, muchachos", anunció el comandante Fields. Nos reunimos en la sala de descanso y Fields señaló en el mapa. "Nuestro campo está a sólo dos millas al norte de este pueblo. Se trata de An Khe, situado aproximadamente a medio camino entre Qui Nhon y Pleiku, en esta estrecha carretera llamada Ruta 19, que se extiende a lo largo de 100 millas por el este y el oeste. Toda esta zona —señaló en el mapa— está considerada como territorio del Vietcong. La autopista ha sido abierta por el ARVN en julio. La Caballería será la primera unidad en situarse justo en medio del terreno del Vietcong. La idea es estar precisamente allí, en medio de ellos, para echarlos fuera de una vez." Sonrió mientras sus dedos golpeteaban algunos papeles sobre la mesa. "Así que, cuando estén volando, su ruta será la carretera. Y permanezcan elevados. Todos estos pequeños pueblos que verán en su trayecto a través del extremo sur del valle, están controlados por los vietcong. Aproximadamente a unas cuarenta millas en el interior llegarán a este paso, el paso de An Khe, que marca el final del valle y el principio de las montañas. El campamento base de la división está allí, aproximadamente diez millas más allá del paso en terreno elevado. Nos han dicho que allí tendremos un tiempo caluroso para dormir. El helipuerto tiene unas dimensiones de 3 000 por 4 000 pies, y cerca de 200 hombres ocupan el campamento." Fields sorbió su café. "Cuando lleguen a su destino, serán informados con detalle sobre el campo, la zona de nuestra compañía y cuestiones por el estilo. Yo todavía no conozco el lugar."

"La señal de radio de nuestra compañía será 'Preacher' (Predicador)." Fields tomó un trozo de papel que tenía escritas las abreviaturas FM, UHF y VHF, con las frecuencias apropiadas impresas al lado. "Copien estos números. Los cambiarán cuando lleguen a la base, pero esto es lo que deben tener en sus radios para el vuelo. No tengo más que añadir, excepto que estaremos saliendo en intervalos de 20 minutos a partir de hoy. El último Huey deberá estar fuera del *Croatan* en dos días."

A las once de la mañana siguiente, Leese, el jefe de la tripulación, SP-5 Don Reacher y yo estábamos listos para salir. Reacher había trabajado con el equipo de montaje para tener listos nuestros Huey. Leese y yo habíamos hecho el trabajo previo al vuelo con mucho cuidado. Escondidos bajo unas telas en la zona de carga, se habían colocado una docena de pesados colchones y 20 tableros de pino delgado. Leese había decidido despegar, lo que me alegró mucho.

"La aguja del indicador superó la línea roja y los rotores comenzaron a vibrar. La aguja de los EGT (temperatura de los gases de escape) permaneció en la zona de peligro..."

Nos pusimos nuestros cascos de vuelo. Sujeté la base del mío por los dos lados para ponérmelo con suavidad sobre mi cabeza. Me olvidé de tirar los auriculares hacia atrás, con los tirantes externos, así que uno de ellos se incrustó en mi oreja izquierda. Tiré del extremo para colocarlo bien. No se oyó nada hasta que Leese accionó el interruptor principal. Ajustó el interruptor de radio en su cíclico hasta oír el primer "click" y dijo: "¿Listos?" Levanté el pulgar. Se giró para mirar a través de la ventana de su puerta, para asegurarse de que hubiera alguien apostado con un extintor. Había alguien. Hizo una mueca, y el hombre subió la botella roja. Leese giró la apertura del mando de gases hasta la posición de arranque y presionó el conmutador del colectivo. El arranque eléctrico gimió lastimosamente. Los rotores se aceleraron poco a poco. Siempre me había sorprendido que un motor eléctrico pudiese girar el motor, la transmisión y las enormes palas del rotor. Las palas comenzaron a girar intermitentemente. Un ruido grave, audible sobre el lamento del arranque, indicó que la turbina se había encendido. Leese vigiló atentamente la temperatura de los gases de escape (EGT). La aguja del indicador superó la línea roja y los rotores comenzaron a vibrar. La aguja de los EGT permaneció en la zona de peligro durante un par de segundos antes de moverse hacia el verde, la zona de funcionamiento. Leese hizo una señal levantando los pulgares al hombre del extintor. El peligro de un incendio de arranque ya había pasado. El Huey funcionaba suavemente a pesar del mes de inmovilidad.

Miré hacia el círculo de espectadores y vi sus ropas flameando con el viento de nuestro rotor. Leese permaneció suspendido en el aire durante unos segundos, a seis pies, controlando los indicadores una vez más antes de dirigirse hacia la parte anterior del buque con un imperceptible empuje de su cíclico. A través de la burbuja observé cómo el borde de la cubierta de vuelo se movía bajo nuestros cuerpos, a mis pies. El mar se agitaba. Y nosotros estábamos en ruta hacia nuestro destino.

★ ★ ★

SEPTIEMBRE 1965

Aterrizamos en Qui Nhon, con los depósitos de 1 200 libras y 200 galones de capacidad vacíos, antes del vuelo a An Khe. Bajo el cielo encapotado, el aire era caliente y húmedo. El olor de los detritus humanos se trasladó desde las dunas de arena, más allá de la alambrada que bordeaba la pista de aterrizaje, y aparentemente procedía de las letrinas de la ciudad. Vi a gente moverse en las dunas y trozos de papel revolotear en el aire. Parecíamos turistas ante los ojos de las personas a las que habíamos ido a salvar. Un jovenzuelo se restregó la cara.

"Vaya, vaya..." Leese movió la cabeza y se giró.

Leese emprendió el vuelo. Yo seguía el mapa, manteniendo el recorrido de nuestra posición, para poder radiar nuestras coordenadas en caso de ser derribados. Los vietcong controlaban el valle entre Qui Nhon, y el paso de An Khe era una vasta extensión de arrozales. La carretera que seguíamos era bastante segura. Leese ascendió hasta una nube, a un techo de 3 000 pies. Yo tomé los controles.

Debajo, la sinuosa carretera giraba a medida que ascendía. Cuando la superficie se acercaba, no podía resistirme a variar nuestro grado de altitud. Doscientos pies hacia arriba y volábamos a través de nubes. El mundo desaparecía durante unos segundos en cada ocasión.

El cielo se despejaba y la selva dejaba ver sus verdes colores en contraste con las oscuras sombras del terreno. Leese pulsó el interruptor de la radio en la frecuencia de la compañía. Percibí el ligero movimiento del cíclico ante su presión. "Preacher base, Preacher ocho-siete-nueve." El número de nuestra cola.

"Roger, Preacher ocho-siete-nueve. Adelante."

"Preacher ocho-siete-nueve pasando. ¿Dónde aparcamos?"

> "Roger, Preacher ocho-siete-nueve. Tiene vía libre para realizar una aproximación directa al sur de la fila tres."

"Preacher ocho-siete-nueve, llama a control Campo de Golf y te conducirán hasta aterrizar en tu zona de aparcamiento. Estamos situados en el extremo sur del campo, en la fila tres. Enviaremos a alguien para recogerte. ¿Me copias?"

"Roger, Preacher base. Ocho-siete-nueve fuera."

A punto de aterrizar en An Khe, reduje el colectivo y dejé que el aparato descendiera con suavidad. Frente a nosotros, justo al norte de la carretera, estaba la colina de Hong Kong, la frontera occidental de Camp Radcliff. El Campo de Golf, el helipuerto despejado de todos sus árboles, estaba ahí mismo.

"Control Campo de Golf, Preacher ocho-siete-nueve, cinco millas al este para instrucciones de aterrizaje."

"Roger, Preacher ocho-siete-nueve. Tiene vía libre para realizar una aproximación directa al sur de la fila tres. Siga a sus guías de tierra."

Leese respondió a las instrucciones procedentes del control Campo de Golf y yo me situé a la derecha de tal forma que pudiera bajar al campo en dirección al sur para una aproximación directa.

"Mantenlo arriba hasta que estemos más cerca", dijo Leese.

"De acuerdo."

El sol brillaba con intensidad cuando cruzamos sobre la jungla al norte del campo y giramos al sur para alinearnos en la fila tres. Inicié el descenso aproximadamente a una milla de distancia y a una altura de cien pies (30 m). Nuestro grupo de avanzada había realizado un gran trabajo. El Campo de Golf estaba plagado de tocones. Alrededor del trayecto, los árboles se erguían con su espesura.

"Preacher ocho-siete-nueve, a punto de aterrizar."

"Ocho-siete-nueve, listos para aterrizar."

Reduje la elevación y tiré del cíclico para preparar mi aproximación. La cumbre de la colina Hong Kong se dibujaba en el horizonte a nuestra derecha, mientras descendía. A medida que bajábamos, el Campo de Golf se veía como un terreno agreste.

"Muchacho, cuidado con los troncos", dije.

"Increíble."

Seis hileras rectas de helicópteros estaban divididas por rodadas de vehículos en medio del fango. Tiendas verde oliva, camiones, depósitos de agua, jeeps y personas cubrían la zona despejada pasado el extremo sur del Campo de Golf, donde en adelante viviríamos.

A 500 pies crucé a través de los árboles que formaban el perímetro norte del campo. El borde del Campo de Golf estaba todavía a 500 pies por delante. Entre los árboles, ahí abajo, observé cientos de tiendas. Miles de nuestros soldados acampaban en todo el perímetro, esperando al resto de nosotros.

Descendí a 200 pies para preparar al Huey en su aterrizaje. Justo encima de la parte superior del panel de instrumentos, al extremo sur del Campo de Golf, vi a un hombre agitando sus brazos, de pie en el jeep.

ABAJO: *Mientras las patrullas terrestres de la Caballería Aérea salen de la zona de aterrizaje, su avance es cubierto por los artilleros de puerta de los Huey.*

P. CHINNERY

CAPÍTULO 1 VÍRGENES

"¿Lo ves? Hacia él", dije.

Permanecí suspendido en el centro de la sucia fila y por fin hice mi primer aterrizaje en suelo vietnamita.

Arrojamos las bolsas de vuelo en la parte trasera del jeep.

"Bienvenidos a Camp Radcliff", dijo el capitán Owens.

"¿De dónde sacaron el nombre de Radcliff?", preguntó Leese.

"Un comandante del grupo de avanzada que murió en el paso Mang Yang", explicó Owens.

"¿Dónde está eso?", pregunté.

"Arriba, por la carretera, aproximadamente a otras veinte millas", dijo Owens. Su camiseta de color oliva estaba oscurecida por el sudor. "En la ruta de Pleiku", añadió. Se secó el rostro con la camiseta. Transpiraba por todo el cuerpo. "Su aparato fue derribado a 3 000 pies más allá del paso por una ametralladora de calibre cincuenta. Las trazadoras se clavaron en él y le siguieron hasta el suelo."

> "Los límites no están claros para nadie. Los centinelas se confunden y disparan contra cualquier cosa que se mueva o haga ruido."

"Bueno, ¿cómo está el asunto por aquí?", preguntó Leese, mientras luchaba con su bolsa de vuelo, tirándola en la parte trasera del jeep. Pesaba tanto como él.

"Muy confuso." Owens se adelantó, con la gorra en la mano. "Cada noche hay unos cuantos disparos en nuestro perímetro. Buena parte de los mismos corresponden a nuestros propios soldados, que disparan a nuestras patrullas, cuando vuelven a su puesto." Se giró, mirando hacia el norte. "Allí arriba, ayer por la noche, murieron cinco muchachos de una patrulla que trataban de volver. Mi consejo es que no transiten por el campo durante la noche. Están sometidos al riesgo de caer abatidos por algún soldado nervioso. No los culpo, a pesar de todo; también han actuado los vietcong. No hay ningún perímetro físico de separación del campo, así que los límites no están claros para nadie. Los centinelas se confunden y disparan contra cualquier cosa que se mueva o haga ruido." Owens rió de improviso y se puso el casco. "Hace un par de noches, colocaron un centenar de proyectiles en un búfalo de agua."

"¿Dónde dormiremos?", preguntó Leese.

"Tienen que preparar una tienda. Las tiendas de nuestro pelotón todavía no han llegado. El comandante dice que se sitúen a este lado de la tienda de plana." Owens señaló hacia la otra tienda, a unos centenares de pasos pasada la suya. "Buena suerte", dijo.

"Mason, han encontrado un par de tiendas de pelotón esta mañana", anunció Resler, a través de la tela. Todavía no me había levantado. Por lo general me empujaba para el desayuno. "Quieren que nos mudemos de estas tiendas, pero nos mantienen aquí todavía."

"¿Por qué?", dije gruñendo.

"Las van a utilizar como almacén. Todavía faltan otros veinte hombres en las de plana, así que no habrá mucho espacio para tus palos de golf y tus accesorios de polo."

Durante nuestra primera noche en la tienda de plana hablamos acerca del jefe, el comandante Fields. Una infección de oído le había mantenido en tierra. En un encuentro sorpresivo antes del atardecer, anunció su retiro a Saigón y presentó a su sustituto, el comandante Williams. Durante más de dos años Fields había sido, básicamente, uno más entre los muchachos, con sus galones dorados. Williams nos dio un ejemplo de lo que estaba por suceder, con todo el encanto de un libro de texto del Ejército.

"Tengo el mayor de los respetos por el comandante Fields y por todo lo que ha hecho en la Compañía Bravo. Puedo ver todo lo que han conseguido aquí." No sonreía cuando examinaba con la mirada a toda la formación. "Sin embargo, a partir de mañana se acabó la tranquilidad. Tenemos mucho trabajo por delante en la compañía, las misiones se nos echan encima y hemos de realizar varios vuelos de entrenamiento. El entrenamiento es la llave para la supervivencia. Y, señores, de lo que se trata es de sobrevivir." Sus pesadas cejas resaltaban sobre su nariz. Los surcos alrededor de su boca ondulaban en la medida en que hablaba acerca de las misiones que debíamos realizar. Su rostro cumplía con los requisitos de su puesto de mando.

Connors se dirigió hacia la masificada tienda de oficiales de complemento. "Nuestro nuevo viejo me envía mañana por la mañana con el buen viejo Mason."

La misión a la que habíamos sido asignados era sencilla: un vuelo a primera hora sobre el paso de An Khe hacia Qui Nhon; virar a la izquierda hasta dos delgados riscos en el valle de Vinh Thanh, conocido por nosotros como Happy Valley (Valle Feliz); dejar las patrullas y volver a un punto de la LZ (zona de aterrizaje) cerca del paso y permanecer en posición de espera. Ya nos llamarían para recogerlos. La Caballería había enviado patrullas como ésta desde que habían llegado. Lo que sucedía es que ésta era la primera en la que tomábamos parte.

Los soldados se pusieron en la línea de árboles del Campo de Golf. Cada grupo de diez hombres había sido asignado a un helicóptero con un número. Los soldados nos observaban como si fuéramos a irnos mientras hacíamos nuestras inspecciones previas al vuelo.

Con ocasión de mi primera misión, tenía las ropas inmaculadas, un chaleco, mi nuevo 38 en su cartuchera y un par de guantes para volar, de verdad. No teníamos protectores para el tronco porque todavía no habían llegado. Me metí en la cabina del Huey y conecté mi casco al cable de la radio, lo colgué en el gancho delantero y me quedé esperando para seguir el prevuelo de Connors.

> "Muchos estúpidos bastardos se han matado por ignorar o no atender las lecciones previas a los vuelos... Muchos ni vieron la gran X roja..."

"Muchos estúpidos bastardos se han matado por ignorar o no atender las lecciones previas a los vuelos... Todo lo que les enseño hoy quiero que lo pongan en práctica cada día que vuelen", dijo. Nos situamos al lado de la cubierta de carga, en el lado izquierdo del helicóptero. "Primero, revisen el libro verde. Muchos ni vieron la gran X roja que el jefe de la tripulación había puesto en la primera página. Recuerden: éste es el aparato del jefe de la tripulación y él es el mecánico. Ustedes están revisando su trabajo, así que primero revisen lo que él piensa que es el estado del aparato." Connors cerró el libro y lo colocó en su lugar, en la parte trasera de la consola central. Después se acercó al aparato. "Todos saben que se supone que ustedes de-

ben drenar un poco de combustible antes del primer vuelo, para eliminar la condensación del agua." Apuntó hacia la panza del Huey. "Pero apuesto a que la mitad de los bastardos nunca lo hacen." Me agaché y busqué la válvula de drenaje de combustible, y dejé caer unas onzas hacia el terreno. No vi ninguna gota de agua.

Connors continuó con las instrucciones previas al vuelo, mostrándome lo que consideraba importante y a lo que con frecuencia no se le daba la importancia que merecía. Conocía y entendía el aparato y tenía una perfecta disposición para ser un IP. Revisamos el rotor de cola. Retiré la sujeción del rotor. Nos pusimos en el lado derecho del helicóptero, tras nuestra vuelta, y Connors subió apoyado en los estribos ocultos que se encuentran entre la puerta del piloto y la puerta de carga. Me uní a él. El techo de la cubierta del Huey es plano, así que se puede caminar para revisar el centro del rotor, el mástil, los montajes de las transmisiones y los vástagos de control. Señaló hacia los cables de seguridad del blindaje, las tuberías, las barras estabilizadoras y los amortiguadores de mando. Inspeccionamos con cuidado la nuez de Jesús, en la parte superior del mástil, que sujeta todas las partes móviles en el aire. "Todos revisan la nuez de Jesús, pero ninguno se fija si hay fisuras en las raíces de las laminaciones de las palas", dijo Connors. "¿Qué diferencia hay si la nuez de Jesús se sostiene cuando las palas se rompen?", murmuré.

Subimos a la cabina con el sol matinal iluminando nuestras caras. Las redes entrelazadas brillaban sobre dosel de plástico. Un muchacho llamado Red, el jefe de la tripulación del aparato, me ayudó a situarme en el lado derecho. El sol penetraba y nos calentaba rápidamente. Corrí a través de la cabina para revisar de memoria y mirar hacia el helicóptero principal, que estaba estacionado dos aparatos más allá, a nuestra derecha. Tras unos minutos de sudor, vi al jefe de vuelo, en un helicóptero de los Snakes (Serpientes), cuando agitaba su mano haciendo la señal de arrancar. Se accionó el arranque, los rotores empezaron a moverse, luego la turbina. Los rotores temblaron, y ya estábamos listos para despegar.

Pulsé el intercomunicador y pregunté al jefe de la tripulación y al artillero si estaban preparados. Los clicks de respuesta afirmaron que lo estaban. "No se olviden de revisar las puertas", dijo Connors. Asentí y pedí a dos hombres que revisaran los

ABAJO: *Con sus M60 fijadas al fuselaje en montajes de candelero, una columna de Huey es guiada a la zona de aterrizaje. Los soldados estarán dispuestos para saltar de los helicópteros tan pronto como éstos toquen el suelo.*

TIM PAGE

ARRIBA: *Un nido de ametralladoras de la Caballería Aérea en la Drang. Desde su base en An Khe, la 1.ª División (Aeromóvil) de Caballería transportó por aire hombres y material a los campos de batalla de las altiplanicies centrales.*

pernos que sujetaban las dos puertas corredizas completamente abiertas en su posición. Todo en orden. Sin los pernos, las puertas podían salirse de sus raíles y desprenderse.

"Nos elevamos para realizar una maniobra de suspensión, nos movimos y estacionamos en un largo espacio en el centro de una hilera de árboles."

Pronto 16 "slicks" y cuatro artillados estaban listos y dispuestos en hileras de tres. Los soldados esperaban que soltáramos las sujeciones de estacionamiento.

El jefe de patrulla asignó a cada grupo de cuatro aparatos —uno por escuadrón— un color determinado, como señal de llamada, siempre en el mismo orden de color: Amarillo, Blanco, Naranja, Rojo. En el escuadrón teníamos un número que daba nuestra posición en la formación. Connors y yo éramos Naranja Cuatro. Cada aparato repetía su color y su número por turno. Cuando la secuencia llegó a nuestro escuadrón, escuché: "Naranja Uno". Marston.

"Naranja Dos." Wendall.

"Naranja Tres." Nate. Yo dije: "Naranja Cuatro." La patrulla Rojo nos siguió en la lista. Nos elevamos para realizar una maniobra de suspensión, nos movimos y estacionamos en un largo espacio en el centro de una hilera de árboles.

Los soldados —o, como me había corregido Connors, los "gruñones" (*grunts*)— saltaron. Llevaban ropas para la selva e iban cargados con bandoleras de municiones, fusiles M-16, lanzagranadas M-79, granadas de mano y cantimploras. No llevaban nada más porque eran tropas de Caballería y serían constantemente reavituallados por nosotros. Tres soldados se deslizaron entre el jefe de la tripulación y el artillero en la larga banqueta a lo largo de la cubierta de carga, otros tres se situaron frente a ellos, y cuatro más en dos troneras. En total, diez "gruñones".

"Cuando vueles en formación, intenta encontrar tus propios puntos de referencia para cada posición posible... Ya verás cuando tengamos que realizarlo por la noche."

Rojo Cuatro llamó al jefe de vuelo y le dijo que ya se habían cargado los 16 "slicks". Amarillo Uno se comunicó y momentos después despegó. Los aparatos lo siguieron en secuencias cercanas. Cuando Naranja Uno, Marston y Hall se dispusieron a despegar, empecé a prepararme para incrementar la potencia del Huey. Cuando Nate y Resler salieron yo estaba justo detrás de ellos, sintiéndome cargado con el peso de los soldados.

Amarillo Uno subió lentamente sobre los árboles hacia el norte del campo, manteniendo su velocidad a 60 nudos mientras nos acercábamos en la familiar formación en V. A medida que nos aproximábamos, hacíamos un pequeño giro hacia la derecha, en dirección al paso de An Khe. Como cuarto helicóptero, me uní al ala izquierda de la formación en V compuesta por otros tres aparatos, haciendo una formación descolgada a la izquierda.

Cuando me acercaba a la izquierda de Naranja Tres, éste parecía retroceder, así que reduje la velocidad. Luego pareció adelantarse, y tuve que poner el morro a fondo para alcanzarlo. Se notaba mi falta de entrenamiento. Seguí oscilando entre una posición muy pegada y otra muy alejada. "Déjame enseñarte los trucos de esta formación", dijo Connors.

Su sonrisa quedaba parcialmente escondida por el micrófono. "Primero tienes que encontrar dos puntos en el Huey con el que estás volando en línea y debes ponerte en un ángulo de 45 grados fuera de su cola. Yo tomo la referencia de la parte donde el tubo de cruce conecta con la parte trasera del patín izquierdo de Naranja Tres como un punto, y hay que alinearlo con la parte anterior de su patín derecho, donde el tubo de cruce se conecta. ¿Ves?" Pude observar que esos puntos estaban alineados, moviéndose con lentitud relativamente uno al lado del otro mientras las aeronaves surcaban el aire. Estábamos subiendo a 80 nudos a lo largo de la autopista, en dirección al paso.

"Ahora, éstos son los puntos de referencia derechos, si tú estás volando aproximadamente al nivel de otro helicóptero. También tienes que encontrar dos puntos que concuerden cuando tengas que subir más que ellos, como por ejemplo cuando ellos se dirigen hacia ti o tienes que eludir un árbol. Si te aseguras de que estos puntos de referencia estén alineados, te encontrarás en el ángulo correcto." De improviso Connors se elevó sobre el resto de la formación. "Mira a lo largo del techo de la cubierta de Naranja Tres." Los rotores parpadeaban sobre los bultos de ventilación y las antenas diseminadas en el techo. "Utilizo las tomas de aire de este lado alineadas con la esquina delantera del techo." Con estos puntos alineados, nos encontrábamos en el ángulo correcto de Naranja Tres.

TIM PAGE

Cuando nos impulsamos hacia abajo, al mismo nivel que el resto, Connors dijo: "Cuando vueles en formación, intenta encontrar tus propios puntos de referencia para cada posición posible. De esta forma nunca estarás desorientado cuando la situación se complique. Y si piensas que esto es difícil, ya verás cuando tengamos que realizarlo por la noche."

"¿Formación nocturna?"

> "Los soldados se nos unieron con sus fusiles. Mi adrenalina entró en acción y el mundo se volvió tranquilo."

"Sí. El truco para hacerlo radica en que hay que estar lo suficientemente cerca como para poder ver las luces de sus instrumentos. Puedes practicar volando hasta esta distancia, un diámetro de rotor entre los discos. Después, aprenderás a moverte aún más cerca." Hacía que pareciera sencillo. Yo estaba dispuesto a ser tan bueno como él. Mientras Connors hablaba, apenas pude darme cuenta de que estábamos entrando en el valle. Amarillo Uno me devolvió a la realidad.

"Bien, Dukes, empiecen su carrera."

Los "slicks" redujeron la velocidad de 100 a 80 nudos para permitir que los artillados cañoneros volasen delante. Eran modelos de Huey B, más lentos que los nuestros. Estaban totalmente cargados de municiones. Nos adelantaban y arrojaban sus cargas. Nuestra patrulla redujo su velocidad hasta cerca de 70 nudos. Nos encontrábamos en una larga aproximación a la zona de aterrizaje, a unas cinco millas de distancia.

ARRIBA: *Con una velocidad de crucero de 138 k.p.h. y un techo máximo de servicio de 21 000 pies, el helicóptero polivalente Huey UH-1 era una novedosa forma de asegurar la movilidad de las tropas y, cuando se lo transformó en artillado, la potencia de fuego. La Caballería Aérea fue el máximo exponente del concepto de la aeromovilidad.*

Allí el valle era muy frondoso: hierbas elefantiásicas, algunos árboles grandes y arrozales. No había poblados.

Vi humo blanco saliendo de los helicópteros artillados, aproximadamente a una milla de distancia. Estaban en posición, preparando la zona de aterrizaje con sus cañones y cohetes. A 300 pies de altura y a un cuarto de milla de distancia, Amarillo Uno envió un mensaje radiado, comunicándonos que teníamos que emplear nuestras ametralladoras de portezuela.

"No disparéis hasta que os lo diga", exclamó Connors. Red y el artillero pulsaron el interruptor del intercomunicador dos veces. Cuando la patrulla Amarillo se movió hacia la parte trasera del lugar pude oír el traqueteo de los artilleros de puerta, que disparaban hacia las altas hierbas y a los montículos. Momentos después, cuando nuestra propia patrulla estaba a unos centenares de metros del punto de aterrizaje y los demás aparatos habían comenzado a disparar, Connors dijo: "Disparad a discreción." Las ametralladoras traquetearon a ambos lados del Huey. Estaban tan cerca de los asientos que tenía la sensación de que alguien me estaba dando palmadas en las orejas. Los soldados se nos unieron con sus fusiles. Mi adrenalina entró en acción y el mundo se volvió tranquilo. Me sentí como ausente del escenario. Me concentré en los tubos de cruce de Naranja

CAPÍTULO 1 VÍRGENES

TIM PAGE

ARRIBA: *En fila india, los hombres de la Caballería Aérea se disponen a enfrentarse a las fuerzas del EVN en la Drang. Cuando las cosas se ponían feas, estos hombres sabían que sus pilotos harían lo imposible por sacarlos de allí.*

Tres. Los 16 "slicks" volaron al unísono con Amarillo Uno y se posaron en las altas hierbas. Mi aterrizaje fue casi automático; simplemente hice lo mismo que hacía Naranja Tres. Cuando las ruedas de los patines tocaron tierra, los soldados saltaron en dirección al centro, disparando. No vi ningún fuego de oposición, nada que me recordara que no llevaba chaleco blindado. Ninguno lo recordó.

Amarillo Tres esperó 15 segundos, luego despegó. Todos observamos su cola para salir y nos elevamos tras él, quedándonos pegados para no ocasionar retrasos a nadie.

En cuanto ascendimos sobre la línea anterior de árboles oí más disparos de ametralladora de nuestra patrulla. "¿Ves algo, Red?", dijo Connors mientras yo me inclinaba a la izquierda para seguir la formación. Justo tras su ventana, los árboles pasaron directamente por debajo. "No, señor." Los artilleros sólo se estaban divirtiendo un poco.

"Descansa un poco. Tomo los mandos."

"Los tienes."

"Lo has hecho muy bien, Bob. Si ésta es la forma en que van a ser los asaltos, lograremos sobrevivir."

En nuestras siguientes misiones llevamos patrullas a Happy Valley, las dejamos allí y esperamos en la zona asignada. En la última, los soldados habían tenido un ligero contacto con el enemigo y habían informado de algunas escaramuzas. Habíamos llevado tres contingentes a la zona de aterrizaje; eran, pues, tres viajes, así que tendríamos que realizar otros tres para recogerlos.

"Si conseguía verlo, podría dirigir al artillero... Voy a hacerme artillero apenas vuelva... Por lo menos ellos devuelven los tiros."

Cuando llegamos para la segunda recogida, Leese dijo que Shaker estaba cometiendo un grave error volando en la misma trayectoria sobre los árboles todo el tiempo.

"Tan pronto como los vietcong se hagan a la idea de que vamos a repetir la trayectoria de vuelo, dispondrán sus ametralladoras a lo largo de la ruta."

"¿Qué hacemos entonces?"

"Toma una ruta diferente cada vez. Mantenlos confundidos."

Aterrizamos por segunda vez sin incidentes. La mitad de los soldados soltaron a los 16 helicópteros, dejando al resto esperando el próximo vuelo. Después de una pausa de treinta segundos para que subieran los soldados, Shaker se elevó hacia la línea de árboles. Le seguimos. El helicóptero que yo pilotaba parecía más fuerte de lo normal. No tuve ningún problema ni me desvié, como lo hicieron otros. Cuando todo iba bien, era agradable respirar esa atmósfera de asalto aéreo.

"Mira, Shaker despegó en la misma dirección que lo hizo la vez anterior", dijo Leese a través de mis auriculares. "No está nada bien", masculló. Pensé que Leese era excesivamente prudente y que lo estábamos haciendo muy bien.

Nos tomó media hora volver a dejar a los soldados en el Campo de Golf y retornar. Shaker nos condujo al valle a 1 500 pies y a 100 nudos. A unas cinco millas del punto de la zona de aterrizaje, se dirigió hacia el nivel de la copa del árbol para realizar la aproximación. Esta era la parte más excitante: el vuelo a baja cota. Leese había tomado los controles, y yo estaba viviendo una gran demostración de cómo se volaba a baja cota. Se quedó justo en los árboles, mientras al mismo tiempo nos manteníamos cerca del aparato número tres. Leese dejaría que el fuselaje pasara entre dos árboles, ladeando el rotor justo a tiempo para pasar por entre las ramas. Unos cien nudos no es mucha velocidad hasta que uno está cerca de la tierra, como lo estábamos nosotros, donde la sensación de la velocidad causa confusiones.

"Sigue el mismo trayecto", murmuró Leese, mientras los árboles se estremecían. Shaker nos llevaba otra vez, como si siguiera una aproximación de manual, sobre los obstáculos más bajos, sobre un valle de árboles en dirección a la zona de aterrizaje, nuestro tercer viaje siguiendo la misma ruta.

"¡Amarillo Dos recibiendo disparos!" La voz de Decker resonó en mi cabeza.

"Fogonazos y explosiones desde las tres." Una llamada totalmente inútil. Ninguna señal; por lo tanto, ninguna posición.

Cuando Shaker cruzó la última línea de árboles, exclamó "Corrección" en la radio para prevenirnos que redujéramos la velocidad para aterrizar.

"¡Blanco Dos, recibiendo fuego por el lado derecho!" La voz de Connors se elevaba sobre el crepitar de las ametralladoras.

Estaríamos en el punto caliente en unos segundos. Ya había revisado el panel blindado en mi asiento. Estaba totalmente hacia adelante, pero aún así me sentí desnudo. Tenía los controles, pero esperaba la rápida corrección de Leese. ¿Por qué diablos no teníamos chalecos blindados?

> "Nuestros helicópteros apenas habían sufrido algún daño. Decker tenía un orificio de bala en una pala del rotor y Nate uno en su cabina."

Cuando nuestro artillero derecho abrió fuego con su ametralladora, intenté no arredrarme. Observé los árboles y los claros para ver si podía localizar al enemigo. Si conseguía verlo, podría dirigir al artillero. Voy a hacerme artillero apenas vuelva, pensé. Por lo menos, ellos devuelven los tiros.

Me sentía como una mosca en medio de la melaza, con el matamoscas dispuesto a caer de inmediato. Un helicóptero artillado voló pegado a nuestro lado derecho. Los soldados que se encontraban en la zona de aterrizaje informaban a través de la radio sobre la situación. Me giré hacia Leese, pero no pude ver su rostro. Por alguna razón, Leese movía la cola mientras recorríamos los últimos metros antes de llegar al claro.

"¡He visto uno!", exclamó el artillero situado en la puerta de mi lado. Su arma rugió con fuerza.

"¡Lo tengo!" Su voz aguda repitió: "¡Lo tengo!"

"Naranja Cuatro, Charlie a las tres", indicó Leese a la patrulla Rojo que venía detrás.

"¡Señor, lo tengo!"

"Siga atento", exclamé. "¡Siga mirando!"

Los "slicks" tomaron tierra en la zona de aterrizaje, y los soldados corrieron desde sus coberturas en la línea de árboles y saltaron a bordo. Rojo Cuatro, que era el último, comunicó que todos habían embarcado. Shaker despegó rápidamente. Giró ligeramente hacia la izquierda, siguiendo la misma ruta que las dos veces anteriores. Antes de que Leese y yo cruzáramos la ultima línea de árboles, un aparato de la patrulla de Shaker informó que estaba tocado. Leese giró hacia la derecha, con dificultad, y cortó la esquina del giro que había tomado Shaker, moviendo la cola nuevamente. Permaneció más bajo que ninguno. En los árboles. Mientras cada grupo de cuatro aparatos pasaba sobre la línea de árboles, yo escuchaba las llamadas informando de los impactos alcanzados o de haber sido tocados por el enemigo. Nos dirigimos a baja cota sobre los árboles durante aproximadamente una milla, antes de subir a una altitud

R. HUNT LIBRARY

ARRIBA: *La aeromovilidad, representada por los Huey de evacuación sanitaria, salvó muchas vidas, pero la ayuda llegó demasiado tarde para estos hombres del ARVN. Atrapados en una emboscada del Vietcong, los Huey sólo sirvieron como vehículos funerarios para trasladarlos al depósito de cadáveres.*

segura. Ahora ya había tranquilidad. Dejé caer mis hombros.

"¿Algún herido?", preguntó Shaker.

Ninguna respuesta. Nuestros helicópteros apenas habían sufrido algún daño. Decker tenía un orificio de bala en una pala del rotor y Nate uno en su cabina. Otro de nuestros pilotos, el capitán Sherman, había recibido un proyectil en el blindaje de su asiento. Su impacto le cortó la respiración. Cuando volvimos observé el pequeño cráter que había formado en el respaldo de su asiento. Este blindaje servía de verdad. Ojalá tuviésemos también algo delante nuestro. Un casco a prueba de balas sería igualmente excelente.

"¿Qué tal un billete de avión para volver a casa?", dijo Resler, mientras bromeábamos en la parte trasera del camión. "Eso seguro que mantendría las balas lejos de nosotros."

★ ★ ★

TIM PAGE

ARRIBA: *Los cuerpos de estos norvietnamitas muertos han sido cubiertos con cal viva para acelerar el proceso de descomposición.*
DERECHA: *Abriendo pozos de tirador a la sombra de un UH-1 Iroquois.*

TIM PAGE

Capítulo 2

POLIGONO DE TIRO

CAPITULO 2 POLIGONO DE TIRO

OCTUBRE 1965

El desarrollo de las técnicas de asalto del 11.º de Asalto Aéreo se basaba en la experiencia de los veteranos y las pruebas realizadas en las maniobras Asalto Aéreo II en las Carolinas; pero las municiones eran de salva, el enemigo era del mismo bando, y los jueces del combate simulado le decían a uno cuándo estaba muerto. Ahora que volábamos en el mundo real, los muy veteranos estaban preocupados porque los mandos se habían olvidado del entrenamiento.

"¿Cómo diablos pueden no acordarse de todo ese jodido tiempo que hemos empleado intentando todas las vías posibles para acercarnos a las zonas bajo fuego? Los arrozales no ofrecen ninguna cobertura. Sólo se puede volar a baja cota cuando hay cobertura: árboles, valles, cauces de ríos, lo que sea." Connors estaba indignado; Farris no contestó. No hubo respuesta.

Yo estaba deprimido. Me preguntaba si podría sobrevivir con el entrenamiento que tenía.

El día antes, a las seis de la tarde, los 64 aparatos que formaban un batallón de asalto aéreo al completo se reunieron en el Campo de Golf, embarcaron a los soldados y volaron hacia Lima, la zona de encuentro, justo al otro lado del paso de An Khe.

Para entonces, los veteranos ya estaban casi fuera de sí. Teníamos que pasar la noche en Lima, a tan sólo a diez millas (siete minutos) de distancia de nuestro objetivo, Happy Valley, es decir, mucho más cerca que si nos hubiésemos quedado en el seguro Campo de Golf.

> "Yo volaba con Leese, pero él tampoco decía nada; parecía que todo le importara un comino. La siguiente etapa del asalto estaba a punto de comenzar."

Después de aterrizar, algunos de nuestros helicópteros volvieron a la división para traer comida caliente para nosotros y los 500 soldados. Wendall, Connors, Nate —todos los veteranos— se quejaban de tener que estar allí. Wendall decía que los vietcong eran famosos por sus emboscadas contra los franceses cuando estaban acantonados. No fue una buena noche. Dormimos en los Huey. Todos estábamos incómodos, y los mosquitos no cesaban de molestar. A las 4.00 horas ya estábamos levantados, y a las 5.45 trasladamos a los soldados a una zona de aterrizaje de seguridad al norte de Lima, donde se reunirían con otra unidad de Caballería para dar el gran empujón.

En lugar de volar a 1 500 pies, el jefe de patrulla voló a baja cota todo el tiempo. No se abrió fuego, pero fue un traslado curioso. Llegamos y desembarcamos a los soldados sólo para darnos cuenta que ésa no era la zona de aterrizaje correcta. Volvimos a embarcar y, en el segundo intento, llegamos a la zona precisa. Allí nos quedamos a esperar.

Durante la media hora que siguió, los veteranos no dejaron de quejarse: "¿Por qué diablos hemos tenido que llegar aquí volando a baja cota?", gritó Connors, arrinconando a Shaker. Shaker se limitó a encogerse de hombros y a mostrar su desazón. Aparentemente algún novato dirige el asalto, pero Shaker era un jefe de sección y nunca criticaría lo que sucediese.

Yo volaba con Leese, pero él tampoco decía nada; parecía que todo le importara un comino. La siguiente etapa del asalto estaba a punto de comenzar. Se nos había dicho que estuviésemos preparados para una posible oposición durante el vuelo. La otra unidad se retrasó para formar una segunda oleada. Nuestro aparato empezó a embarcar personal.

De este punto a la verdadera zona de aterrizaje había diez millas de arrozales, con pueblos rodeados de árboles y algunos cocoteros y arbustos, el típico lugar del que uno debería estar muy lejos, especialmente si sabe que está controlado por el Vietcong.

Si tenía que ser un trayecto a baja cota, Leese lo haría a baja cota. Intentaba seguir los contornos de las acequias de los arrozales a 100 nudos. Me acomodé en el asiento derecho, con las manos y los pies cerca de los controles, esperando, tenso, asustado. Éramos Naranja Tres. Enfrente, a la derecha, Nate y Farris volaban en Naranja Cuatro. A lo largo de la V, Resler y Connors volaban en Naranja Dos. La distancia entre nosotros variaba en la medida en que cada aparato tenía que evadir los ocasionales cocoteros y arbustos. En las radios se podían oír las conversaciones previas a la acción. A 5 000 pies de altura escuché al comandante de nuestro batallón, el coronel, que nos pedía que guardásemos una formación impecable, mientras nos desplegábamos sobre la llanura.

Más adelante, podía ver los fogonazos que salían de los árboles alrededor de los poblados. Luego escuché a los aparatos de la patrulla Amarillo, que informaban sobre impactos. De repente, de unos pequeños arbustos salieron más proyectiles. Pronto las radios se inundaron de informes sobre impactos. En medio del cruce de voces oí al coronel: "No disparéis a los pueblos, no disparéis a los pueblos." A nuestra izquierda, Sherman y Daisy se tambaleaban a un lado y al otro, a veces por delante y a veces por detrás de nosotros. En eso dijeron: "¡Naranja Cuatro, nos han dado!" Luego desaparecieron de nuestra vista. Se había producido una explosión en la cabina, y los fragmentos de la explosión habían cegado a Sherman. Leese intentaba alejarse de las zonas pobladas, pero no había forma de hacerlo; estaban en la trayectoria de vuelo. Aquí no había posibilidad de hacer maniobras especiales. Me podía quedar mirando inmóvil los fogonazos durante un largo rato, mientras volábamos directos hacia ellos y los vietcong tenían tiempo suficiente para dispararnos. Se suponía que el vuelo a baja cota tenía que minimizar los riesgos, pero aquí y ahora esta táctica no funcionaba.

> "Un vietcong saltó de un hoyo y disparó contra el helicóptero de Connors. Nadie le vio, excepto el artillero de puerta de su punto, que le disparó en la espalda."

La zona de aterrizaje no era diferente del resto del valle, exceptuando la presencia de más arbustos. A pesar del fuego de artillería y los cohetes que lanzábamos, la situación era muy peligrosa. Los proyectiles partían de los arbustos, detrás de las acequias de los arrozales, desde trincheras ocultas. Los soldados brincaron apenas tocamos tierra, aumentando la confusión reinante. De improviso, un vietcong saltó de un hoyo y disparó contra el helicóptero de Connors. Nadie le vio, excepto el artillero de puerta de su punto, que le disparó en la espalda.

El jefe de la patrulla, que por fin se había percatado de que

efectivamente "teníamos oposición", nos llevó a la primera zona de aterrizaje, a 2 000 pies, demostrándonos que sí sabía que los helicópteros pueden volar a una altura superior a cuatro pies.

Aunque la mayor parte de los helicópteros habían sido tocados, sólo estaban seriamente heridos dos pilotos, que hubieron de ser evacuados. Otros diez, incluyendo a Wendall, Barber y Sherman, tenían algunos cortes en sus rostros debido a las astillas del plexiglás. Leese y yo estábamos indemnes.

Unos días después Farris me asignó a una misión de vuelo con el capitán Daisy —otro transporte de tropas a Happy Valley—, y yo estaba en el asiento derecho, la posición del piloto, gracias a la cortesía de Daisy. En general, siempre volé en el asiento izquierdo, incluso cuando era el piloto, porque el lado izquierdo del panel de instrumentos del Huey estaba separado y podía ver hacia abajo directamente.

Volamos hacia el este de Happy Valley a 3 000 pies. Me gustaba volar a gran altura. Si hubiera podido volar más alto, mejor. Muy pocos pilotos habían muerto estando lejos de la superficie. Llevábamos ocho soldados en la parte trasera. Detrás de ellos, un jefe de tripulación y un artillero manejaban las dos ametralladoras, en los nuevos montajes de candelero. Aproximadamente a cinco millas de nuestra zona de aterrizaje, el jefe de patrulla, comandante Williams, ordenó a los 16 helicópteros que descendieran hasta el nivel de las copas de los árboles para la acción final. Cuando empezamos a maniobrar vimos cómo se elevaba el humo en la selva, delante de nosotros. La fuerza aérea y nuestros helicópteros cañoneros se habían encontrado.

Daisy había estado pilotando hasta este punto. Cuando giramos para la acción de baja cota, Daisy me dijo a través del intercomunicador: "Es tuyo." Me hice cargo de los controles.

ARRIBA: *Un cañonero UH-1B Huey dispara un cohete de 2,75 pulgadas sobre posiciones enemigas después de recibir una demanda de fuego de apoyo.*

Recuerdo como un cumplido el que me hubiera pasado los controles en la parte más delicada de este vuelo.

Avanzábamos. Utilizando la velocidad ganada en el descenso, el aparato vibró a través de las copas de los árboles, a más de 110 nudos. Me concentré en los puntos de referencia y en mantenerme a una distancia de uno o dos diámetros de rotor del otro helicóptero. Al mismo tiempo, me aproximé lo más que pude a los árboles, en busca de cobertura. Constantemente tenía que fijarme en el helicóptero de mi derecha para evitar un encontronazo, cuando se balanceaba a izquierda y derecha para no estrellarse con los arbustos.

Nos encontrábamos aproximadamente a un minuto de distancia del aterrizaje cuando los aparatos artillados empezaron a escupir sus proyectiles. Algunos informaban. La norma era que en una aproximación a una zona de aterrizaje, y en cualquier circunstancia en que la tripulación se encontrase en acción, ambos pilotos tenían que llevar los controles. Este procedimiento tenía el objetivo de asegurar el control del helicóptero si uno de los que lo pilotaban resultaba tocado. Daisy no estaba en su puesto. Cuando faltaban 30 segundos para el aterrizaje y los aparatos de vanguardia informaban de sus misiones, Daisy empezó a encorvarse en el asiento blindado.

Tenía mis manos completamente ocupadas, pero aparte de darle a una fronda o a un cocotero, lo estaba haciendo bien. Por el rabillo del ojo pude ver cómo Daisy se movía. Arriesgué una rápida mirada. Me sonrió complaciente y se ajustó el cha-

leco antibalas hasta la nariz. Tenía uno de los pocos chalecos que había en toda la compañía. Encorvó todo el cuerpo en el asiento de tal forma que sus posaderas reposaban en el borde frontal. Esta postura hacía que su cabeza descendiera hasta el punto de que el chaleco cubría su rostro. No podía pilotar desde esa posición. Cuando vi al jefe de mi helicóptero agachándose para cubrirse, me invadió una gran sensación de temor.

"¡Patrulla Predicador, corrección!", resonaron mis auriculares. Tiré del cíclico y reduje el colectivo para efectuar la corrección, y miré hacia adelante, tratando de observar por encima del morro del Huey y tener el primer contacto con la todavía ignota zona de aterrizaje. El rotor de cola estaba sólo a unos metros de la superficie. Vi algunos arbustos delante y empujé el pedal derecho para deslizar el rotor fuera. Con firmeza, el morro en alto, todos los helicópteros redujeron la velocidad para aterrizar.

Por suerte para nosotros, el fuego en la parte posterior de la zona de aterrizaje era ligero. Un par de pilotos habían sido heridos. Los soldados saltaron incluso antes de que los patines hubieran tocado suelo. Eché una mirada y Daisy todavía estaba encorvado. Me iba a volver loco. La zona de aterrizaje estaba expuesta al fuego de los francotiradores. Sand se levantó delante de mí. Daisy siguió agachado, cuando dejé los últimos árboles en nuestra salida. Mientras subía más alto, se fueron reduciendo los informes sobre los blancos alcanzados, y la última vez que subí, a una altura de 1 500, cesaron los partes.

Cuando nivelamos el rumbo, Daisy dijo: "Lo tengo", y tomó el control del helicóptero, como si nada hubiera pasado.

"Me echó una ojeada durante un segundo. ¿Quién era el loco? Me superaba; era el jefe del helicóptero, con años de experiencia."

Me senté sobre mis sudadas ropas y traté de pensar qué es lo que debía hacer. ¿Llamar a Williams y decirle que tenía a bordo a un cobarde de mierda? Me apoyé hacia delante y miré a Daisy. Realmente, me lo quedé mirando fijamente. Me echó una ojeada durante un segundo, calmoso. ¿Quién era el loco? Me superaba; era el jefe del helicóptero, con años de experiencia. Había estado volando cada día con los otros muchachos, y ahora parecía más tranquilo que nadie en el mundo. A pesar de que yo sabía lo que acababa de hacer.

Finalmente dije: "¿Qué pasa si me hieren mientras tú estás en esa posición?"

"Tendría tiempo." Cuando giré para observarle, él no quiso mirar hacia atrás.

Realicé otros dos vuelos con Daisy, y a la misma zona. Él siguió la misma rutina de darme los controles a mí y agacharse para cubrirse con su chaleco blindado.

"¿Cómo es posible que ese tipejo sea jefe de un helicóptero?", le dije a Farris.

"Oye, Bob, tipejo es una palabra fuerte." Farris me miró incomodado mientras hablábamos en su tienda, tras la misión.

"Puso en peligro a todo el mundo en nuestro aparato y al resto de la formación. Sé cuándo estoy viendo a un cobarde." Farris se daba cuenta de que yo estaba indignado. Posiblemente estaba tan molesto porque había tenido tanto miedo como Daisy.

"Sí, bueno, es mejor él que no tener a ningún otro piloto al lado", dijo Farris.

Después de una larga discusión con Farris, estaba claro que Daisy sería un elemento más de las circunstancias de la guerra y que no me quedaba más remedio que aceptarlo. Como oficial de complemento novato, pensé que daría por concluida la conversación de esta guisa:

"Nunca más volaré con él."

"Muy bien", dijo Farris, "nunca lo harás."

Y eso fue todo. No se tomó ninguna medida contra Daisy.

"Había aprendido cómo actuar, incluso cuando me moría de miedo, haciéndolo una y otra vez."

Volar a Happy Valley se convirtió en una rutina cotidiana. No parecía haber ninguna diferencia, un día tras otro, a menos que figurases en la lista de los muertos durante ese par de semanas. O fueses uno de los cerca de 300 vietcong abatidos en el mismo período. Pero luego las cosas cambiaron. Para el resto de nosotros, los supervivientes, el resultado de cada jornada era la fatiga y una sensación de irritabilidad.

Wendall dijo que el Vietcong nos tanteaba para aprender más

P. CHINNERY

CAPÍTULO 2 POLÍGONO DE TIRO

IZQUIERDA: *Comprobando el armamento. Los cohetes y las ametralladoras flexibles de un cañonero Huey son verificadas por el comandante de la aeronave.*

acerca de cómo operaba la Caballería. Parecía tener razón. En apariencia, el Vietcong tenía el control. Queríamos que dieran la cara y combatiesen, pero no lo hacían, y esto era algo muy frustrante para el "Primer Equipo".

Para demostrar que controlaban el valle, no sólo sabían qué zona de aterrizaje íbamos a utilizar, sino que esperaban hasta que estuviéramos en medio de nuestra tarea para volver a disparar. Los francotiradores nos acechaban en la penumbra.

Por otra parte, yo adquiría una gran práctica. Lo hacía muy bien en vuelos de formación y de baja cota. Había aprendido cómo actuar, incluso cuando me moría de miedo, haciéndolo una y otra vez.

Aunque durante la instrucción volaba con diferentes pilotos, preparándome para ser jefe de helicóptero, la mayor parte de mis vuelos los hice con Leese. El me enseñó cosas que me salvaron la vida varias veces.

Estábamos en una misión de recogida en Happy Valley, para llevarnos a algunos soldados que habíamos dejado el día anterior. Escuchamos el trepidar de los aparatos que estaban delante mientras estallaban los proyectiles en la ruta hacia la supuesta zona de aterrizaje segura. Leese puso en alerta a los artilleros.

"Dime si ves un blanco", me dijo. Ahora, el hecho de poner mis manos y mis pies sobre los controles, con suavidad, era algo completamente automático.

Nuestra compañía de 16 aparatos tenía que realizar el último vuelo de esta recogida, así que los soldados salieron de las hileras de árboles y saltaron a bordo en grupos de ocho. Ocho era la carga prevista para el día. El peso límite dependía de la densidad del aire, que variaba con la altura, la temperatura y la humedad. Cuanto más caliente y más alto —y por lo tanto más ligero— era el aire, menor era la carga que se podía llevar. El límite se calculaba cada día. Pero se nos presentó una jodida situación. Después de embarcar a los ocho previstos, había otros cuatro que se habían quedado fuera, y que corrían hacia uno y otro lado. Leese los vio y los llamó. No comprendí la decisión de Leese. Ya teníamos a ocho a bordo. Yo había estado en un helicóptero que había topado con los árboles cuando intentaba salir de una zona de aterrizaje con ocho en un día como hoy. Doce era imposible. Habilidad, suerte, experiencia, nada de eso podría levantar a doce soldados del suelo.

> "El helicóptero ascendió... Nos tomó un buen tiempo alcanzar la cota de seguridad, pero lo logramos."

Tan pronto como subieron, Leese se puso en marcha. Podía sentir la presión del aire crecer bajo los motores, elevando el sobrecargado aparato de la tierra. Luego envío un mensaje a Williams diciéndole que creía que conseguiría hacerlo. Leese se quedó en estacionario mientras la compañía despegaba. Miré los indicadores. Deberían haberse estropeado. Señalaban que estábamos empleando el 105 por ciento de la potencia disponible. Cuando la compañía ascendió sobre la hilera de árboles, los oí disparar hacia la jungla, y luego unos gritos festejando aciertos; después nos encontramos solos. Leese levantó el Huey con suavidad, acelerando a lo largo del terreno para ganar sustentación. Lo mantuvo justo sobre la hierba incluso cuando los árboles estaban a un palmo. Los indicadores mostraban la máxima potencia, y nos faltaba espacio. Luego, de repente, metió toda la potencia, más allá del máximo. El helicóptero subió. Sentí un tirón cuando los patines golpearon las copas de los árboles. La compañía había virado a la izquierda al despegar, pero Leese giró a la derecha. Observé los claros y los árboles buscando humo o fogonazos, pero no vi nada. El helicóptero ascendió con mucha mayor lentitud. Nos tomó un buen tiempo alcanzar la cota de seguridad, pero lo logramos.

"¿Cómo sabías que este aparato podía hacerlo?", le pregunté.

"Muy sencillo. Éste es el helicóptero de Reacher", contestó Leese.

"No comprendo."

"Éste es el único helicóptero en toda la compañía que puede llevar esta carga. ¿No es verdad, Reacher?"

"Así es, señor, y aún más." La voz de Reacher se amplificó en mis auriculares.

Reacher había realizado algunos ajustes, ilegales por cierto, en la turbina. Yo nunca había volado en este helicóptero hasta ahora —Leese se había guardado el secreto—, así que ésta era una novedad para mí. Según una película del Ejército que había visto, no era posible hacerlo, pero se hizo. El helicóptero de Reacher tuvo una destacada carrera durante los dos meses si-

CAPÍTULO 2 POLÍGONO DE TIRO

P. CHINNERY

ARRIBA: *Hombres de uno de los ocho batallones de Infantería de la Caballería Aérea saltan de un Huey de transporte. La división poseía unos efectivos de 16 000 hombres y estaba equipada con unos 400 aviones y 16 000 vehículos.*

guientes, salvando un gran número de vidas, hasta que yo lo destruí. Posiblemente el helicóptero era más resistente de lo normal, pero todavía se requería una gran experiencia para saber cuáles eran los límites y cómo combinar todos los elementos. Leese conocía los límites absolutos del avión. Había hecho de aquello parte de su equipaje de trucos de supervivencia.

"Una ametralladora de calibre cincuenta escupe proyectiles de media pulgada de diámetro y de una de largo. Tenían un peso considerable."

Fue Leese quien me enseñó que nuestra posición fija en la formación de asalto sólo lo era hasta el punto de lo que concernía a nuestro movimiento horizontal. Se podía mover el helicóptero arriba y abajo en relación a la formación sin romper la escuadrilla. Podía hacer esta maniobra con rapidez mientras nos disparaban. En las aproximaciones finales a las zonas de aterrizaje "calientes", Leese movía la cola atrás y al lado, dirigiéndonos hacia los claros. Su teoría era la de que cualquier movimiento del blanco hacía más difícil la puntería del enemigo. Adopté este estilo de volar. Poco importaba si había una gran diferencia o no; yo pensaba que sí. Me mantenía ocupado frente a otras situaciones desesperadas.

Nos unimos a la compañía después de la larga ascensión con los doce soldados. Varios minutos después, la compañía de vanguardia del batallón informaba sobre disparos de ametralladoras cerca del paso a 3 000 pies. Calibre cincuenta. Nunca antes nos habíamos enfrentado a estos calibres de tipo peso pesado. Nuestra compañía giró para evitar el fuego. Podíamos oír la conmoción en los transmisores, mientras las voces nos informaban de lo que sucedía.

"¡Grandes como pelotas de béisbol!" Era una reacción a las trazadoras de calibre cincuenta. "¡Jesús, Amarillo Dos está cayendo!" "¡Escuadrilla Amarillo, rompan la formación!"

Podía ver esas trazadoras en su loco vuelo hacia arriba, desde cinco millas de distancia. Entre cada dos trazadoras había otros cuatro proyectiles. Una ametralladora de calibre cincuenta escupe proyectiles de media pulgada de diámetro y de una de largo. Tenían un peso considerable. Disparados desde un arma a 3 000 pies por segundo, tenían una potencia y un alcance increíbles.

El batallón viró para escapar de la emboscada, dejando a los aparatos artillados detrás, para hostigar al Vietcong. También escuché la llamada del coronel a los cañoneros. Cinco aparatos fueron alcanzados; murieron dos pilotos. Las demás tripulaciones se salvaron. Un helicóptero cañonero recibió 66 impactos y aún así siguió volando, una marca para vanagloriarse, excepto por el detalle de que el piloto había muerto. El copiloto llevó el helicóptero de regreso al Campo de Golf.

"Ahora aterrizamos en lugares tan peligrosos que piensas que volamos en fortalezas volantes... Ni siquiera tenemos chalecos antibalas."

El 17 de octubre, Williams me designó como piloto cualificado para sentarme en el lado derecho. La cualificación de asiento derecho significaba que se consideraba que ya tenía la destreza necesaria en las operaciones de asalto aéreo con los Huey, lo cual me capacitaba para ser comandante de helicóptero.

"No deberíamos tomar tierra en zonas de aterrizaje calientes, Mason." Una noche, John Hall se sentó en la tienda frente a mí. "En el 11.º de Asalto Aéreo, nos enseñaron cómo trasladar soldados y suministros de una zona de aterrizaje segura a la siguiente. Ahora aterrizamos en lugares tan peligrosos que piensas que volamos en fortalezas volantes o algo por el estilo. Diablos, ni siquiera tenemos chalecos antibalas." Yo pregunté:

"¿Cómo podemos evitar las zonas de aterrizaje calientes?"

"Dejando a los soldados cerca del lugar de combate, no en medio de éste. Les es tan difícil a ellos como a nosotros."

"Parece como si ellos ya supiesen dónde vamos a aterrizar", musité. "¿Viste el tamaño de esas estacas en la última zona de aterrizaje?" Habíamos tomado tierra en una zona de aterrizaje que tenía centenares de estacas. El mismo claro había estado vacío el día anterior. "¿Cómo podemos estar seguros de que no adivinarán nuestra intención de aterrizar más lejos?"

John tomó un trago de whisky de su cantimplora y me ofreció un sorbo. Rehusé. "La forma como veo la situación es ésta: los vietcong están en el punto X. Ahora, mientras ellos se encuentran allí, saben que los estadounidenses pueden aterrizar en cualquier momento. Así que el jefe, mientras está en el punto X, tiene a algunos de sus hombres en guardia en todos los claros cercanos donde cree que podemos aterrizar. Incluso puede co-

menzar a disparar para prepararnos una encerrona. Es una buena estrategia. Si le atacamos, puede emboscarnos cuando somos más vulnerables, es decir, en el helicóptero."

"Bien", dije. "Pero, como te he dicho antes, si saben dónde vamos a aterrizar, como obviamente lo sabían ayer, siempre estaremos tomando tierra en zonas de aterrizaje peligrosas, a menos que localicemos la fuente de su información."

"¿Espías?"

"Desde luego", respondí. "¿Has preguntado alguna vez a alguno de esos sonrientes intérpretes que ves corriendo por ahí para mostrarte sus tarjetas de Buenos Chicos Survietnamitas? Quiero decir, todos tus planes tienen que estar coordinados con los vietnamitas. Eso significa que se ha de traducir y pasar la información. Así que, dime, ¿dónde crees que se produce la filtración? ¿En el Pentágono?"

John tomó otro sorbo de whisky. "Es desesperante. Si no somos capaces, con todo nuestro poderío, de llegar a las zonas de aterrizaje sin que los vietcong sepan nada de antemano, ¿qué es lo que podemos hacer? ¡A la mierda el tener que tomar pequeñas zonas de aterrizaje, una y otra vez!" Se incorporó de improviso. "¡Jodeos!" Su rostro delataba amargura y desilusión.

"La situación no está tan mal, John. Las cosas están mejorando. Esta guerra podría terminar durante nuestro turno." Intenté bromear para animarle: "La prensa dice que vamos a ganar. Cuando los vietcong sepan esta noticia, se rendirán. Nadie juega con la prensa."

Intentó sonreír. Se habían terminado mis mejores frases. "Bueno, Mason, me voy." Se volvió para irse, pero se detuvo.

ARRIBA: *Los restos descompuestos de un norvietnamita. Durante la campaña del valle de la Drang, la rápida respuesta de la Caballería Aérea a los ataques del EVN forzaron al enemigo a retirarse a Camboya sin darle tiempo a recoger a sus muertos.*

CAPÍTULO 2 POLÍGONO DE TIRO

"Escucha, si alguna vez quieres vender tu Derringer, yo te la compraré."

La tregua continuaba, pero yo tenía que seguir volando todo el tiempo. Ocho o nueve horas al día era lo normal. Podía haber volado más debido a lo triste que me ponía cuando estaba en la tienda. El aburrimiento dejaba paso a la depresión. Aparentemente con nadie contra quien luchar, la Caballería éramos 20 000 hombres plantados en medio de Vietnam preguntándonos qué hacíamos allí.

No servía de nada que los manifestantes contra la guerra ocupasen las primeras páginas de los periódicos. Con la compañía en el dique seco, las protestas de los antibelicistas se sentían allí como sal en las heridas abiertas. A nadie le gusta ser el tonto. Especialmente si arriesga la vida en ello.

"¡Creo que preferiría matar a alguno de esos jodidos que a un maldito vietcong!", chilló Connors. Arrojó una revista al interior de nuestra tienda. "¡Soplapollas que creen que lo saben todo! ¿Habéis leído esto?" No se dirigía a nadie en particular. Era muy tarde, y yo estaba despierto, escribiendo una carta en mi cama. "¡Esos descerebrados dicen que los estadounidenses han abandonado a Ho Chi Minh! ¡Dicen que una vez había sido nuestro aliado y que habíamos permitido que un coronel británico entregara Vietnam del Sur otra vez a manos de los franceses!" Paró. Le miré. Se sentó en su cama, con sus pantalones cortos y una lata de cerveza en la mano, mirando con amargura a la pared de tela que estaba detrás de mí. Su rostro se serenó en cuanto me vio. "¿Habías oído esto alguna vez, Mason?"

"Ésta ha sido la primera vez", respondí.

"¿Crees que es verdad?", preguntó. Para él, yo era un hombre instruido, ya que había pasado dos años en la universidad.

"No", exclamé.

"En seiscientas salidas, veinte aviones resultaron alcanzados... Un helicóptero fue derribado y un sargento estadounidense murió tratando de llegar hasta él."

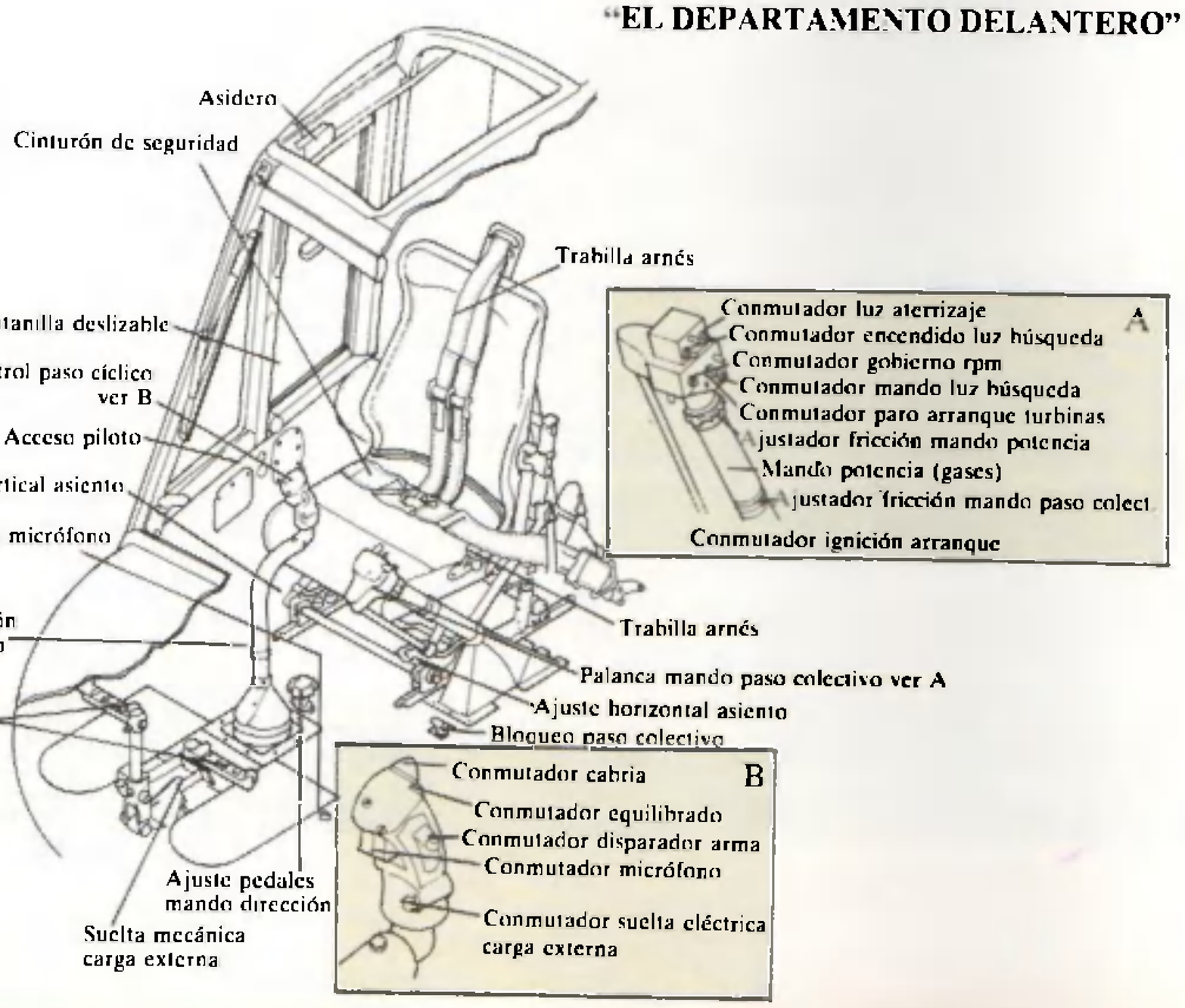
El sitio de Pleime, en el valle de Ia Drang, terminó el 27 de octubre. Durante más de una semana, unidades del Ejército norvietnamita (EVN) habían lanzado un fanático ataque tras otro. Seis mil soldados regulares uniformados atacaron el pequeño fuerte, situado a veinte millas de la frontera camboyana, en oleadas de hombres, morteros y cañones sin retroceso. Habían luchado desde una distancia tan cercana como cuarenta metros, empleando trincheras que habían excavado secretamente delante de las narices de los consejeros, semanas atrás. Dentro del complejo triangular, cientos de mercenarios de las tribus montagnard luchaban bajo la dirección de los asesores de las Fuerzas Especiales, los Boinas Verdes. Desde el cuartel general del II Cuerpo, treinta millas al norte de Pleiku, se envió una fuerza de socorro compuesta por carros de combate, arti-

MIRA CONNELY

DERECHA: *Con las palas de sus rotores casi rozándose, un escuadrón de Huey se aproxima a la zona de aterrizaje para situar a un escuadrón en el sitio adecuado para batir al Vietcong. Esta técnica requería un alto nivel de destreza, experiencia y nervios de acero.*

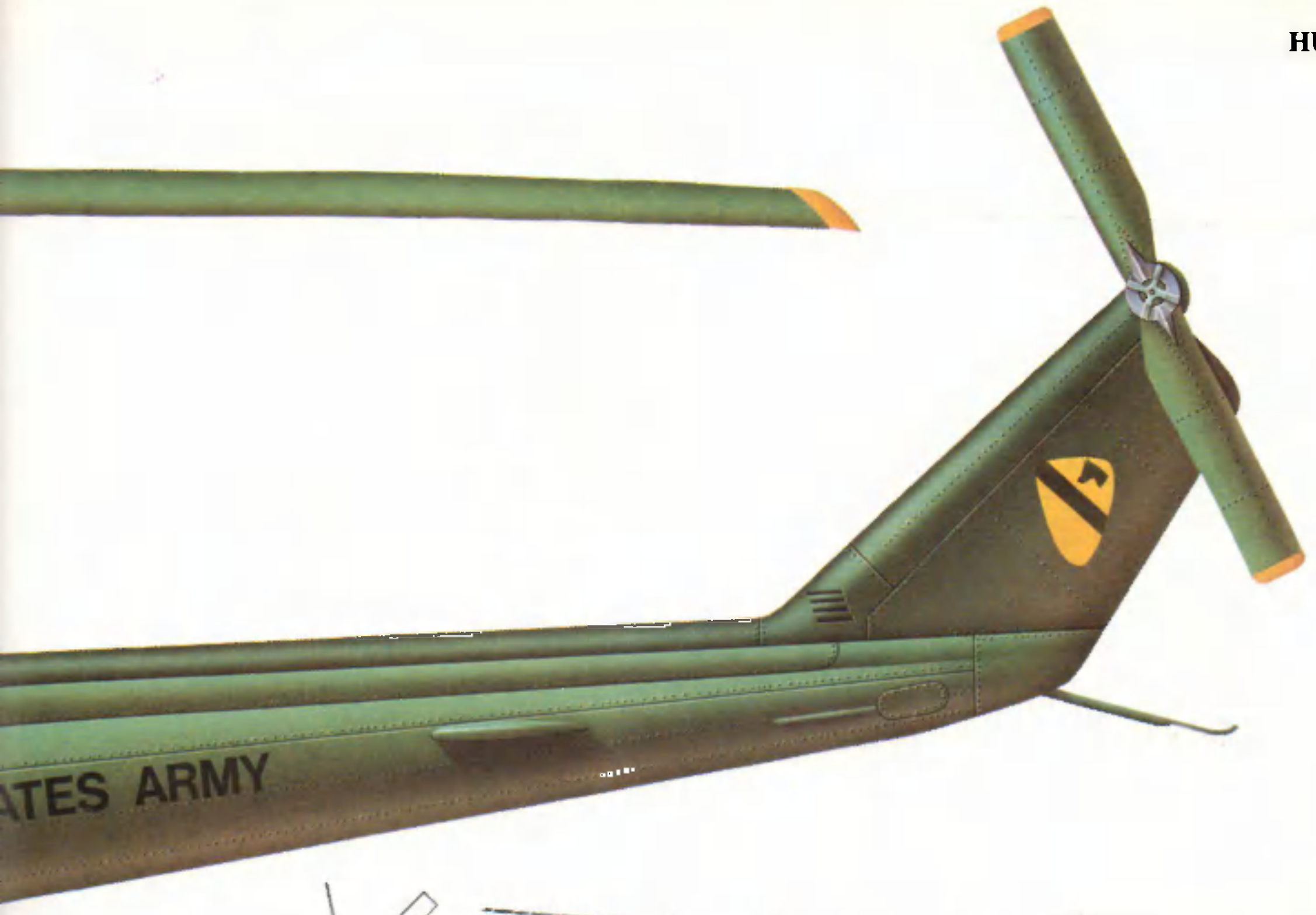
HUEY UH-1

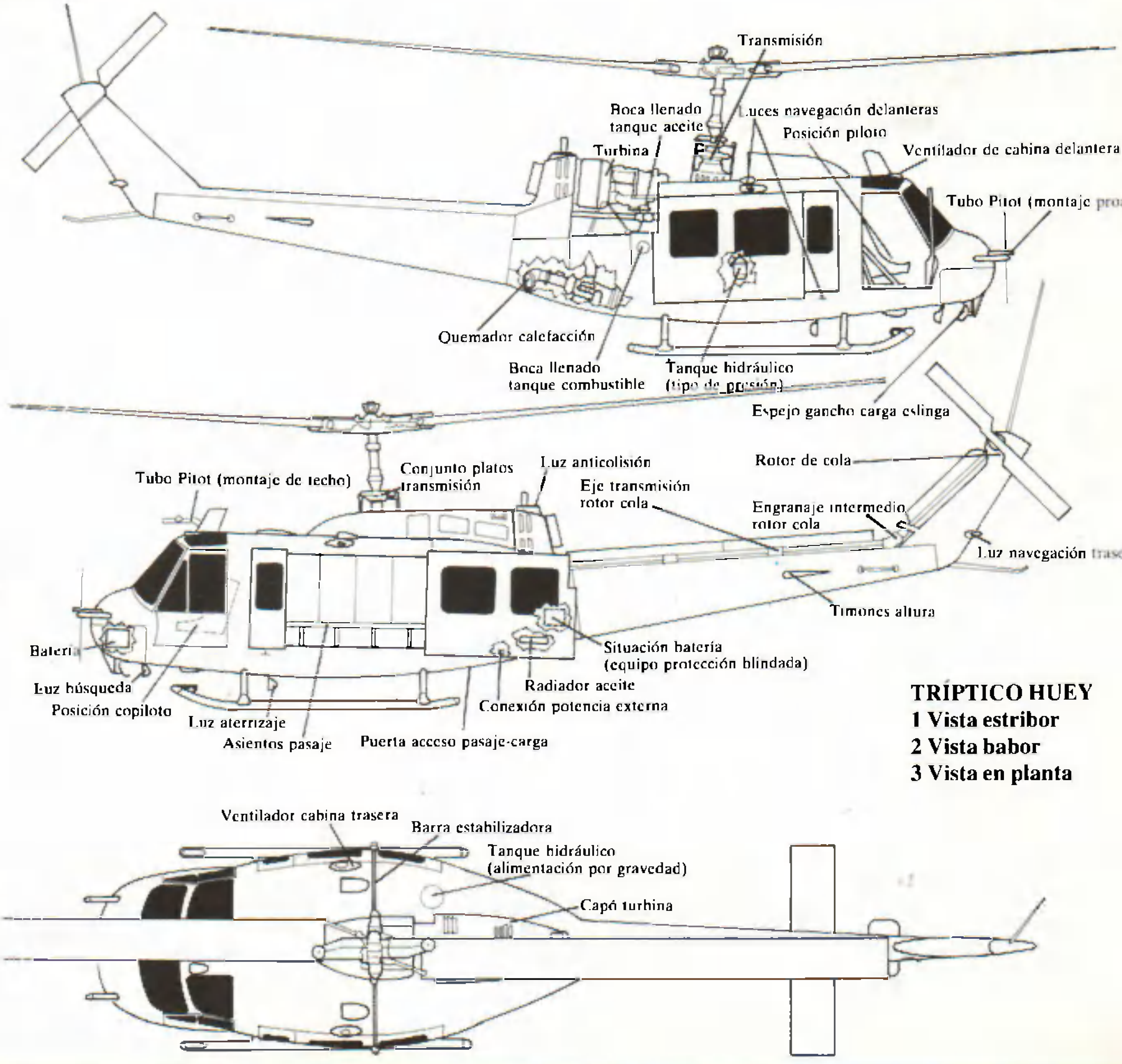
"EL DEPARTAMENTO DELANTERO"



El helicóptero Bell UH-1 Iroquois, con más de diez variantes y un total de 26 000 unidades producidas, se ha convertido casi en sinónimo de la guerra de Vietnam. Basado en el prototipo XH-40, que voló por vez primera en octubre de 1956, el Huey realizó misiones como cañonero y transporte de tropas con una capacidad operativa que se ha hecho legendaria.

HUEY UH-1





TRÍPTICO HUEY
1 Vista estribor
2 Vista babor
3 Vista en planta

llería y un millar de soldados de infantería del Ejército de Vietnam del Sur (ARVN). Algunos helicópteros de otra compañía de asalto de la Caballería trasladaron a 250 Rangers survietnamitas. Luego, nuestra fuerza aérea bombardeó y destrozó al enemigo. En seiscientas salidas, veinte aviones resultaron alcanzados y tres derribados. Un helicóptero fue derribado y un sargento estadounidense murió tratando de llegar hasta él. Cuando empezaron a escasear los suministros en el interior. la fuerza aérea arrojó contenedores con comida y municiones. Dos hombres fallecieron cuando un contenedor cayó sobre ellos. Otro contenedor atravesó el techo de la sala de reuniones.

El combate terminó con fuertes pérdidas en el bando enemigo, que, finalmente, se retiró. La revista *Time* nos atribuyó parte del mérito por haberlos hecho retroceder. "Cuando elementos del 1.º de Caballería del Ejército de EE.UU. aparecieron con sus helicópteros en vuelo rasante, el Viet Minh tuvo que retirarse de Pleime." "Se han ido al oeste, derechitos a Camboya", dijo un jefe de sección de la Caballería Aérea. "Supongo que tendremos que perseguir a esos bastardos hasta allá."

Tenía razón.

★ ★ ★

ABAJO: *Con el pie arrancado por una mina, una campesina es trasladada en un Huey al hospital. Su esposo la contempla angustiado.*

CAMERA PRESS

NOVIEMBRE 1965

La acción entró por la puerta con Shaker. El duro capitán negro nos observó mientras hacíamos el equipaje para el traslado del batallón a Pleiku. Vi como amagaba una sonrisa mientras notaba la confusión que había causado en el pasillo. Su media sonrisa se difuminó en un santiamén en tanto que varias miradas se concentraban en sus ojos, expectantes. ¿Otro anuncio? Bajó sus ojos rápidamente.

"Ricker. a ti y a Mason se os encomienda una misión para realizar un vuelo táctico en el helicóptero de mando con los soldados. Alrededor de Pleime. Habréis de salir ahora mismo porque tienen mucha prisa." El resto de los hombres de la tienda siguió haciendo su equipaje. "Dejad vuestras cosas aquí, ya las llevaremos cuando vayamos a Pleiku." Se giró para marcharse.

"¿Cuánto tiempo se supone que vamos a estar con los soldados?", preguntó Ricker.

Shaker se detuvo al llegar a la puerta. "¿Y cómo diablos puedo saberlo?", dijo quejándose. Luego, en voz baja, añadió: "Sólo hoy, me imagino", y se fue.

"Corrió hacia nosotros, agachado, bajo los rotores. Le seguían dos capitanes, uno de ellos lucía sus alas de piloto. Subieron a bordo y cogieron las radios."

Riker y yo aterrizamos al borde de un mar de tiendas: el campamento de los "grunts", llamado la Plantación de Té, junto a una plantación propiedad de un francés.

El hombre al que habíamos de prestar asistencia, Grunt Seis, era coronel, o "coronel pájaro", como decían ellos. Corrió hacia nosotros, agachado, bajo los rotores. Le seguían dos capitanes, uno de ellos lucía sus alas de piloto. Subieron a bordo y cogieron las radios que les alcanzaron sus asistentes. Cuando las pusieron en marcha, el capitán con alas se apoyó hacia adelante, entre nuestros dos asientos, señaló hacia un punto en un mapa al que quería ir y levantó los pulgares para indicar el despegue.

Riker llevó el Huey a estacionario y enfiló el morro para partir. Cuando llegamos a la altura que ellos querían, me volví para dar un vistazo.

Grunt Seis y el otro capitán se sentaron en un banco, hacia adelante. Los cables enrollados iban desde sus auriculares a la radio que estaba en el suelo, frente a ellos. El otro capitán, asignado a tareas de enlace aéreo con Grunt Seis, se sentó adelante, en el suelo, dándonos la espalda. Se suponía que su misión consistía en aconsejar a los soldados cómo utilizar el helicóptero y las tripulaciones asignados a ellos.

El jefe de la infantería y su asistente analizaron un mapa cubierto por un plástico y montado en un tablero cuadrado que se apoyaba en las rodillas del asistente. Hablaron empleando su propio sistema de intercomunicadores, y el asistente hizo unas señales en el mapa.

Grunt Seis cambiaba constantemente de canales en su radio, de uno a otro. Intenté escucharlos, pero no sabía qué frecuencias empleaban. En cualquier momento tendrían que usar el canal que yo tenía sintonizado.

CAPÍTULO 2 POLÍGONO DE TIRO

Si no tuviese tanta pasión por volar, este trabajo habría sido aburrido. Todo lo que tenía que hacer era seguir los rumbos magnéticos que entrelazaban en el extremo sur del valle. El capitán de aviación pulsó el interruptor y nos indicó el nuevo rumbo previsto por Grunt Seis.

A última hora de la tarde estábamos volviendo para reunirnos con la compañía. Habíamos trajinado durante seis horas, y Riker y yo nos encontrábamos cansados.

"Queremos que esta noche llevéis al viejo otra vez", nos dijo el capitán en el puesto de mando, apenas aterrizamos. "Volaréis por el valle para que él pueda hablarle a su gente." Señaló en el mapa. "No deberá tomaros más de un par de horas. Cuando terminéis, queremos que os quedéis en la Plantación de Té. El coronel todavía no ha terminado con vosotros."

"Nos sentíamos como atontados. Estábamos tan cansados que ni siquiera quisimos vérnoslas con las raciones C."

El par de horas se convirtieron en más de cuatro, y terminamos a las diez. Grunt Seis nos condujo en su jeep entre las mil tiendas que se apiñaban en el campo. "Estaciona tu helicóptero al lado de ese medevac", le dijo a Len antes de irse. Su profunda voz cuadraba con su gruesa figura. "Dirigíos a esos muchachos de aquel helicóptero y decidles que os den un lugar para dormir. He de teneros cerca por si os necesito en cualquier momento."

El "factor fatiga", cuando se vuela en helicópteros durante largos períodos, es muy alto. Las vibraciones constantes, el ruido ensordecedor y la total concentración que se exige, hacen que el Ejército ponga un límite de cuatro horas de vuelo diarias a los pilotos. Naturalmente, la realidad del combate nos obligaba más allá de ese límite, casi cada día. Seis u ocho horas eran jornadas comunes en la Caballería Aérea. Len y yo acabábamos de volar diez horas para Grunt Seis y, cuando los vimos desaparecer en la oscuridad, nos sentíamos como atontados. Estábamos tan cansados que ni siquiera quisimos vérnoslas con las raciones C. En lugar de eso deseábamos encontrar a otra tripulación de helicóptero y hallar un lugar para dormir.

"Venga ya, arriba". Riker empujó mi hombro.

"¿Qué?" Abrí los ojos, y las estrellas todavía estaban allí.

"¿Qué hora es?" Posiblemente, si le hacía notar qué hora era cambiaría de idea.

"Las doce. Tenemos que irnos en otra misión, ahora mismo."

"¿Misión?"

"Sí. Venga, vamos. Grunt Seis nos quiere ver en el helicóptero en diez minutos."

Llegamos al helicóptero y despertamos a Reacher y a un artillero. Minutos después, podía ver las sombras en las tiendas, silueteadas por los faros del jeep, situadas al lado del Huey. El jeep se quedó a cincuenta pies. Las figuras salieron desde atrás de los reflectores en sus brillantes conos de luz.

Grunt Seis se acercó a Riker y a mí con sus dos capitanes.

"¿Quién de ustedes es el jefe del aparato?", preguntó ásperamente Grunt Seis. La luz hacía centellear el sudor de su cuello.

"Yo", dijo Riker.

Grunt Seis hizo una pausa para mirar la galleta del nombre y los distintivos de oficial. "Señor Riker, tengo un capitán en mi equipo que es aviador."

"Sí, señor," dijo Riker.

"Quiero que le deje sentarse delante para que pueda pilotar un rato esta noche."

"Señor, tenemos órdenes estrictas de no dejar que nadie que no sea de nuestra compañía pilote nuestros aparatos. Explícaselo, Len."

"Señor Riker —dijo Grunt Seis, poniendo en evidencia su corpulencia—, usted y su helicóptero me han sido asignados. Usted está ahora en mi unidad, y quiero que cambie la tripulación para este vuelo." Mientras hablaba se aproximaba más. Su robusto cuerpo contrastaba con la fina silueta de Len. "Creo que el Sr. Mason debería quedarse aquí."

"No pienso que eso sea lo correcto, señor", contestó Riker. "Bob ha sido asignado para volar en esta misión conmigo."

"Bueno, no hay problema", asintió Grunt Seis. "Le dejaremos sentarse atrás."

¡Vaya arreglo! ¿Yo sentado en la parte trasera? Un jefe de infantería no nos puede tratar así. Riker lo pondrá en su sitio.

"Bueno", dijo Riker resignado. "Se sentará atrás con usted y sus asistentes."

"En esta oportunidad no voy con ustedes; sólo irá mi asistente", dijo Grunt Seis. "Él utilizará su radio."

¡Qué diablos!, pensé. Total, es sólo por esta vez. Hasta que empezamos a volar no me di cuenta de lo mal que me encontraba. Le había dado al nuevo piloto mi casco, y yo me tenía que sentar en un banco, y quedarme sordo y mudo. Reacher y el artillero se sentaron en la oscuridad, detrás de mí, en las bolsas. Ellos tenían cascos. Le pediría a Reacher que me diese el suyo. No, tiene que saber cuándo deben emplear las armas. Me sentía como un pez fuera del agua. Era sólo un pasajero en mi propio helicóptero y ni siquiera era capaz de comunicarme con nadie a bordo o en tierra. Me consumía una sensación de rabia y amargura.

"Yo miraba fijamente hacia los negros perfiles de abajo y oteaba el horizonte en busca de trazadoras. El constante rumor de la turbina y el ruido del viento eran mi única compañía."

Así que me senté en la oscuridad, sintiéndome un estúpido mientras Riker pilotaba. En el tenue parpadeo de las luces de los indicadores, podía ver que, al fin y al cabo, el cretino que se sentaba en mi asiento no pilotaba.

Recorrimos el cielo sin luna. La tierra era la parte más negra del universo, donde no brillaban las estrellas. En alguna parte, allí abajo, un jefe de patrulla llamaba al capitán. Éste llamaría a Grunt Seis y le diría qué es lo que quería el jefe de la patrulla. Y así sucesivamente. Dimos vueltas durante cerca de una hora mientras yo miraba fijamente hacia los negros perfiles de abajo y oteaba el horizonte en busca de trazadoras. El constante rumor de la turbina y el ruido del viento eran mi única compañía.

Sentí que el helicóptero descendía. Miré hacia el altímetro, pero apenas era legible. ¿Estábamos a punto de aterrizar? Mi corazón empezó a trepidar. Sin los controles en mis manos y pies, me sentía como una lombriz en una cuerda. Seguíamos descendiendo; así me lo indicaban el cambio de la presión del aire en mis oídos y la atenuación del ruido de la turbina. Podía intuir las vagas formas arbóreas. Nos acercábamos. ¿Hacia qué?

P. CHINNERY

ARRIBA: *Trasladados en helicóptero a la Drang, soldados de la 1.ª División de Caballería Aérea responden al fuego enemigo durante la operación Masher, en enero de 1966. Sin el apoyo de los helicópteros, la unidad habría sido arrollada en los duros combates cuerpo a cuerpo.*

Las trazadoras irrumpieron y pasaron por nuestro lado como una bandada de ovnis rojos. Quietud, calma, silencio. Para los pilotos los proyectiles son silenciosos hasta que dan en el blanco. En medio de la oscuridad vimos primero unas cortas ráfagas y luego otras más prolongadas. El helicóptero dio un bandazo. Riker hizo virar el helicóptero, alejándose así de su trayectoria. Las trazadoras nos buscaron en vano, y luego desaparecieron. Riker siguió girando y enfiló hacia la Plantación de Té.

"No importaba que ambos estuviéramos riéndonos cada vez que aterrizábamos. Delirábamos de cansancio."

¡Era suficiente! ¡No volvería a volar en la parte trasera!

Cuando aterrizamos, salté y a toda prisa abrí la puerta izquierda donde se sentaba el capitán. "¡No volará un sólo segundo más, capitán!", exclamé, sorprendiéndome a mí mismo. No estaba dispuesto a admitir ninguna discusión. Me miró, me alcanzó el casco y dijo: "No se preocupe. Ha sido suficiente para mí."

Ya eran cerca de las tres de la madrugada y ya habíamos repostado y cargado al otro asistente de Grunt Seis con su radio. Esta rutinaria tarea táctica como helicóptero de mando estaba durando mucho más de lo que Riker y yo esperábamos. Pero todavía no había concluido. Ahora querían que los llevásemos de regreso al lugar en el que nos habían disparado para que el capitán pudiera dirigir la artillería.

Volé alto, mientras el capitán hablaba con una sección cercada. Durante mi lamentable experiencia como piloto de asiento trasero, habíamos pasado sobre la posición de ametralladoras norvietnamita que mantenía inmovilizados a los soldados. Tuvimos algunas escaramuzas, y nos pasamos las tres horas siguientes, hasta el amanecer, trabajando como helicóptero de radioenlace para Grunt Seis y como observadores para la artillería. La patrulla no fue arrollada.

Al alba, Dios dijo: "Dejad que se haga la luz y que Bob y Len puedan volver y tomarse un café." La excitación se terminó con la llegada de la luz matinal, y de repente me sentí fuera de lugar. Me invadía el cansancio y la modorra que llegan a esa hora del día. Realicé una aproximación perfecta a la Plantación de Té y dejé caer el aparato con fuerza. Riker se rió, como si estuviera borracho, de mis esfuerzos. Yo empecé a reír también. No era una risa divertida. Era como reírse sollozando. Todavía sentados en la cabina, el capitán transfirió su transmisor a un jeep. Se volvió y se pasó un dedo por la garganta, avisándonos de que yo todavía tenía al Huey con los motores en acción. Tiempo para tomar un poco de café. Reacher se quedó para encargarse de su helicóptero. "Amas a ese helicóptero, ¿no es así, Reacher?", le dije.

"Sí, señor, pero es que además no me gusta nada volar por estas jodidas junglas en un aparato que se puede estropear y caer."

Nos pusimos en una mesa hecha con embalajes de municiones. Yo comía algunos huevos revueltos recocinados cuando el capitán que llevaba las alas se nos unió.

"Muchachos, debéis estar cansados." Hizo su gran descubrimiento mientras veía un par de rostros agotados. "He intentado encontrar un helicóptero para reemplazaros, pero no hay ninguno." Hizo una pausa para encender un cigarrillo. "Va a haber un montón de soldados trasladados allá durante el día." Señaló hacia el sur. "Parece que esta vez sí tenemos problemas de verdad. Más y más escaramuzas. De todos modos, en vuestro batallón nos dijeron que teníamos suerte de poder contar con vosotros. Los helicópteros restantes se emplean para el transporte."

"¡Sin problemas!" dijo Riker, con una mueca apropiada. "Tras este desayuno y el café, estaremos listos para partir." Su arrugado rostro brilló con una sonrisa.

"Muy bien, porque os vamos a necesitar todo el día."

Volamos solos por el valle, entre Pleime y el macizo, trasladando a pequeñas patrullas a nuevas posiciones. Estábamos tan cansados que las cautelas, las precauciones e incluso el miedo quedaron a un lado mientras llegábamos a zonas de aterrizaje vírgenes sin compañía ni cobertura. El mediodía señalaba que ya habían transcurrido veinticuatro horas desde que salimos del Campo de Golf. Parecía que había pasado un mes. Habíamos estado volando cerca de veinte de esas veinticuatro horas. No importaba que ambos estuviéramos riendo cada vez que aterrizábamos. Delirábamos de cansancio.

Continuamos volando durante todo el día y toda la noche. No recuerdo que repostásemos. No recuerdo los aterrizajes. Ni me acuerdo de a quién llevamos ni adónde. No puedo contabilizar el número de salidas ni nada de lo que se supone que debía tener registrado. Después se nos felicitó por nuestra serena actitud en medio del fuego enemigo. Pero yo no puedo recordar ni siquiera el fuego.

El hombre de Grunt Seis nos llamó y nos dijo que podíamos irnos. Volvimos a la Plantación de Té a las diez de la noche. Me quedé dormido en la camilla de evacuación (Dust Off), sin hablar con nadie.

A las seis de la mañana siguiente, estábamos de vuelta en el aire para satisfacer a nuestro celoso jefe, cuya entera fuerza aérea estaba formada por cuatro Huey y nosotros. Era una bonita mañana para volar. Tenía una cantimplora llena de café y Riker se hacía cargo de los controles. El café y el aire limpio aclararon mi mente. Me sentía mucho mejor tras haber podido dormir.

CAPÍTULO 2 POLÍGONO DE TIRO

El día era soleado. El cielo profundamente azulado era un imponente techo para las colinas y los valles de exuberante vegetación. Debajo, al lado de una colina, barrancos erosionados exponían la roja tierra en una forma que recordaba el dibujo de una gran cabaña, una señal aérea puesta para mostrarnos la ruta al poblado montagnard que se encontraba en la jungla, apenas a un par de millas de distancia.

"Comenzaron a cargarlos. El hombre que había perdido la pierna también había perdido sus pelotas. Yacía desnudo sobre su espalda..."

Sorbí un poco de café mientras pasábamos sobre el pueblo. El familiar plano del terreno señalaba una cabaña en el centro del pueblo, que era por lo menos cuatro veces más grande que las de sus vecinos. Pensé que ésta sería la casa del jefe. En una línea paralela de cabañas se encontraba otra hilera de pequeños edificios en forma de cubos formando cuatro puestos. Había uno directamente enfrente de cada casa habitada. Vi estos pueblos reproducidos en las junglas y en las laderas de las colinas. Parecían estar al margen de toda la situación.

Aterrizamos en la colina y nos reunimos. La misma rutina que el día anterior. Riker y yo estábamos fastidiados por tener que ir allá y volver a volar. ¿Dónde estaba el resto de nuestra compañía? El sueñecito que habíamos echado no había sido suficiente. Estábamos agotados y seguíamos botando con el Huey. Terminamos de trasladar los escuadrones hacia el mediodía y volvimos a la cumbre de la colina para almorzar y recibir las órdenes de nuestra nueva misión. Desconecté, y los rotores todavía estaban en marcha cuando un ayudante que salía de la tienda corrió hacia nosotros con un mensaje.

"Tenéis que volver a iros. Un jeep acaba de volar por los aires, tras topar con una mina, apenas a cinco quilómetros de aquí."

Reacher, que acababa de abrir la cubierta de la turbina para revisar algo, dio un portazo mientras los cuatro subíamos otra vez al Huey y yo encendía el motor. Cuando empezaban a brillar las luces de los patines, un médico saltó al aparato.

El galeno nos empezó a hablar a través del micrófono de Reacher, mientras cruzábamos sobre los árboles a 120 nudos.

Aterrizamos frente a un jeep, o mejor dicho, lo que quedaba de él. Estaba aplastado como si fuese un juguete roto. Los bordes de la masa metálica desprendían humo. Había sido destruido por un obús enterrado en la carretera, accionado a distancia. Era una estupidez aterrizar delante del jeep; podía haber otras minas. Era una de esas ocasiones en las que confiábamos en los chicos de tierra para elegir el punto. Un sargento corrió hacia mi puerta. Me dijo, a través del micrófono, que dos de los muchachos aún vivían. "¿Subimos a los muertos?" Sus ojos estaban desorbitados. Asentimos. Comenzaron a cargarlos. Los dos heridos estaban inconscientes, doblados, pálidos y sangrantes. A uno de los muertos le habían volado una pierna junto con los pantalones. Todavía no había visto el otro cuerpo.

Me moví inquieto sobre mi asiento, observando cómo los subían, dirigiendo a Reacher por el intercomunicador. El hombre que había perdido la pierna también había perdido sus pelotas. Yacía desnudo sobre su espalda, con el muñón de la pierna ausente al lado de la puerta. Restos de sucios trozos salían del extremo del hueso. Mis ojos huyeron de la vista de su ingle.

ABAJO: *Empujado sin contemplaciones fuera del Huey, este sospechoso de pertenecer al Vietcong es conducido al interrogatorio. Sólo los Huey podían permitir en pocos minutos sacar a un sospechoso de la selva y depositarlo en una base del Ejército de EE.UU.*

CAPÍTULO 2 POLÍGONO DE TIRO

Luego volví a mirar. Sólo le quedaba la piel del escroto. Riker parecía enfermo. Yo no sé qué cara puse. Le dije a Reacher que lo apartara de la entrada. Podría caerse. Los soldados buscaron abrigo en la cubierta de carga. La sangre de un pie chorreaba a través del calcetín de lana. El médico lo empujó bajo el asiento.

Miré a todos lados y vi a alguien que caminaba sujetando en el aire una cabeza.

"¿Una cabeza? ¿Tenemos que llevar una cabeza?", le pregunté a Riker.

El muchacho nos miró y Riker asintió. La dejó en el interior, junto con los otros restos. El médico miró hacia otro lado mientras guardaba la cabeza ensangrentada debajo del asiento.

"No podemos encontrar su cuerpo. No creo que debamos quedarnos para buscar más. ¿Es suficiente con la cabeza?", chilló un soldado.

"Por supuesto. Suficiente. Vámonos", contestó Riker.

Volé en dirección a Pleiku a la máxima velocidad del Huey. Un soldado lloraba. Uno de los heridos, amigo suyo, acababa de morir; el otro estaba agonizando. Yo quería volar a miles de millas por otra.

Riker se puso en contacto por radio para que pudiéramos aterrizar en Campo Holloway sin demora. Nos acercamos a la torre como un relámpago y aterrizamos sobre la cruz roja, cerca de la tienda del nuevo hospital. Los camilleros corrieron hacia nosotros. Me di cuenta de que habían estado atareados. Fuera de la tienda del hospital había una pila de cadáveres estadounidenses. El otro herido murió.

Habíamos perdido la carrera.

Observé cuando dos especialistas desembarcaron a Una Pierna. Lo arrojaron de una forma grotesca a una lona. El sol dorado arrancó un destello de una pulsera en su mano izquierda. Los especialistas se estaban riendo. ¿Sobre qué?, yo no tenía ni la más remota idea. Posiblemente estaban tan acostumbrados a su trabajo que pensaban que era hilarante. Posiblemente era una risa nerviosa. A pesar de todo, su actitud fue demasiado para mí. Salté y les hice detenerse antes de que entrasen en la tienda. Los empujé y les grité y grité y grité.

"La dejó en el interior, junto con los otros restos. El médico miró hacia otro lado mientras guardaba la cabeza ensangrentada debajo del asiento."

"La semana más larga comenzó en una soleada mañana de domingo, en un pequeño claro, denominado zona de aterrizaje Rayos X, en las estribaciones de Chu Pong. Los servicios de información sospechaban desde hacía tiempo que el macizo de Chu Pong era el refugio de una numerosa fuerza comunista apoyada desde Camboya. Rayos X parecía un lugar apropiado para encontrar al enemigo, y así fue." Leí esto en *Time* la semana posterior al incidente en la Plantación de Té.

Los resultados de cerca de dos semanas de búsqueda y tanteo, por parte de la Caballería Aérea, consistieron en cientos de soldados norvietnamitas muertos y proporcionaron una excelente pista sobre dónde poder encontrar las fuerzas principales de tres regimientos del EVN. El 14 de noviembre, nuestro batallón trasladó al Primer Batallón del 7.º de Caballería (la antigua unidad de Custer) a la zona de aterrizaje Rayos X, donde se suponía que tenían que entrar en contacto. Nuestra compañía gemela, los Serpientes (Snakes), realizó el primer asalto durante la mañana y apenas encontraron oposición. Sin embargo, a primera hora de la tarde, las dos compañías del Séptimo de Caballería se vieron rodeadas y sufrieron graves pérdidas. Nuestra compañía fue destinada a apoyar a los Serpientes, para traer más refuerzos.

Recogimos a los soldados en la Plantación de Té, ocho en cada Huey. Era fácil saber hacia dónde nos dirigíamos. Aunque nos encontrábamos a quince millas de distancia, el humo era claramente visible, producido por la artillería, los bombarderos B-52 y el fuego de apoyo de los cañoneros, concentrados alrededor de la zona de aterrizaje para evitar que los soldados fueran arrollados. Cuando cruzamos la jungla y los campos de espesa vegetación, ninguna tripulación hablaba por las radios. Todos escuchábamos las urgentes voces mientras se producían los bombardeos en sus propios perímetros, y gritaban cuando los proyectiles estaban cayendo en sus posiciones.

La zona de aterrizaje Rayos X podía recibir ocho Huey a la vez, y así era como los helicópteros se agrupaban en el aire. Amarillo y Blanco en el primer grupo; Naranja y Rojo en el segundo. Leese y yo éramos Rojo Dos. Cuando nos acercábamos a Rayos X, el espacio entre nosotros y el primer grupo se amplió para darles tiempo a aterrizar, dejar a los soldados y despegar.

A una distancia de cinco millas, bajamos de cota. Volábamos bajo el fuego que la artillería dirigía hacia la zona de aterrizaje.

El primer grupo se acercaba a la zona de aterrizaje y desaparecía en medio del humo, a una milla de distancia de nosotros. Las radios cobraron vida y los pilotos informaban sobre la procedencia del fuego enemigo. Los artilleros de todos los helicópteros estaban a la escucha. Por lo general era una ayuda, pero ahora, con la dura situación en tierra, no podían disparar.

R. HUNT LIBRARY

IZQUIERDA: *Aunque no hay disparos desde el bosque, estos soldados de la Caballería Aérea prefieren no arriesgarse. Corriendo desde los helicópteros, casi antes de que toquen el suelo, los "grunt" avanzan en abanico en busca de vietcong ocultos.*

Un explorador nos llamaba desde Rayos X: "Naranja Uno, aborte el aterrizaje. El fuego en la zona es muy intenso." La escuadrilla Naranja giró y la seguimos. En las radios se mezclaban los quejidos. Capté que dos helicópteros que se encontraban en la zona de aterrizaje estaban seriamente tocados. ¡Qué lío! La patrulla Naranja nos llevó en órbita abierta dos millas fuera, todavía a baja cota. Ahora los A1-E de la fuerza aérea estaban arrojando sus proyectiles frente a la zona de aterrizaje junto con la artillería y nuestros propios cañoneros. Nunca sabré qué es lo que impedía que chocásemos unos con otros. Finalmente escuchamos la llamada de Amarillo Uno para el despegue, y vimos cómo al lado izquierdo se elevaban entre el humo dos helicópteros. Habían estado esperando en medio del intenso fuego, mientras las tripulaciones de los dos helicópteros destrozados pasaban a los otros Huey. Allí se quedó un jefe de tripulación, muerto. Había un piloto herido.

"El humo negro marcaba su trayectoria... hacia la jungla y se estrellaba en un ángulo cerrado, explosionando de forma instantánea, esparciendo sus restos con el estallido de las bombas..."

Continuamos girando durante quince minutos. Observé a los soldados que contemplaban la escena. No tenían ni idea de lo que estaba sucediendo, ya que no disponían de auriculares.

"Naranja Uno, aproxímese", ordenó el explorador. Aparentemente se había logrado detener un ataque del EVN a la zona de aterrizaje. "Naranja Uno, los ocho helicópteros de sus dos patrullas tienen que recoger a los heridos." Eso significaba que había grupos de heridos preparados para ser recogidos primero.

"Roger. Rojo Uno, ¿me copias?"

"Rojo Uno, Roger."

Naranja Uno salió de la formación y lo seguimos. Los A1-E se habían marchado, pero nuestros cañoneros volvieron a flanquear nuestra aproximación. A pesar de la concentración de nuestras fuerzas en tierra, los cañoneros podían disparar con precisión suficiente sus armas y sus cohetes, así que los soldados les proporcionaban ocasión de hacerlo.

Cruzamos la línea exterior de árboles, en dirección al humo. Los dos helicópteros que habían sido derribados estaban delante de la zona de aterrizaje con los rotores parados. Los ocho aparatos teníamos ahora menos espacio para bajar, pero se podía hacer. Los soldados saltaron incluso antes de que los patines tocaran el terreno. Apenas nuestros Huey se habían posado en la hierba, otros soldados traían a los heridos, algunos en camillas. No había fuego, por lo menos en nuestra dirección. Las ametralladoras y los cientos de fusiles crepitaban con estruendo mientras los soldados proporcionaban fuego de cobertura. El explorador, escondido en algún lugar de la hilera de árboles, nos comunicó que ya todos habían subido y que podíamos despegar.

Después de desembarcar a los heridos, Leese y yo nos retrasamos al tener que llevar algunos hombres a la posición de artillería, separándonos del resto de la compañía durante media hora. Íbamos en camino de reunirnos con ellos cuando vimos cómo un caza era alcanzado cerca de Rayos X. Era un A1-E de hélice. Llamas anaranjadas flameaban de la raíz de su ala derecha y se alargaban en dirección a la cola, produciendo un humo de color carbón. En unos segundos, las llamaradas invadieron la cabina. El piloto estaba inconsciente o muerto, ya que no había saltado. El avión caía desde una altura de 3 000 pies, a media milla de Leese y de mí. El humo negro marcaba su trayectoria mientras se dirigía velozmente hacia la jungla y se estrellaba, en un ángulo cerrado, explosionando de forma instantánea, esparciendo sus restos con el estadillo de las bombas, incendiándose por completo y derribando varios árboles.

El ritmo seguía febril. Al día siguiente se realizaron numerosos ataques en pequeñas zonas de aterrizaje, cerca de Rayos X, para ampliar el frente contra el EVN. Farris había sido asignado al helicóptero de mando en una escuadrilla mixta de las dimensiones de una compañía, una combinación de helicópteros de los Serpientes y los Predicadores. Nosotros íbamos destinados a una pequeña zona de aterrizaje con capacidad para tres helicópteros. Farris me eligió para ser su piloto.

Todos estábamos nerviosos. Las conversaciones por radio eran tensas. Los soldados se sentían angustiados. Incluso Farris parecía preocupado. Fuerzas norvietnamitas estaban siendo rodeadas, y sabíamos que combatirían.

Farris y yo estaríamos en el primer grupo de los tres en aterrizar. La compañía, cada helicóptero llevaba ocho soldados, iba detrás nuestro.

Creo que ésta era la primera vez en la que hacía de piloto jefe de patrulla, y tenía que hacer todo lo posible por sobrevivir.

CAPÍTULO 2 POLÍGONO DE TIRO

En los asaltos, comenzábamos a disparar a una altura de 100 pies, otras veces a los 500. En esta ocasión no lo hicimos.

A 500 pies, en una trayectoria de planeo para llegar a un claro, vimos cómo subía el humo provocado por el ataque previo de la artillería y los cañoneros. Alguna vez tenía que suceder que todos los enemigos que estuvieran en la zona de aterrizaje muriesen en el ataque previo. Y yo tenía la esperanza de que esta vez fuera así.

Luchando contra el sentimiento de pavor, seguí la automática rutina de revisar el impulso del humo y la dirección del viento. Nada. Nos acercamos por el este: tres helicópteros alineados en una hilera para tomar tierra en la pequeña zona de aterrizaje. ¡Pero todo estaba tranquilo!

A 100 pies por encima de los árboles, casi en el extremo de la zona de aterrizaje, los artilleros de puerta de Amarillo Uno empezaron a disparar. Lo hacían en dirección a los árboles, al borde del claro, hacia los arbustos, en cualquier lugar en el que sospecharan que se pudiera ocultar el enemigo. No hubo fuego en respuesta. Los dos cañoneros de cada lado de nuestra escuadrilla dispararon con las armas orientables. El humo salía de sus bocas mientras trepidaban. Mis oídos resonaron por completo cuando los dos artilleros de mi puerta se unieron al resto. Me hubiese gustado tener mi propio disparador. Con tantos proyectiles cayendo en la zona de aterrizaje, era muy difícil creer que nadie en tierra pudiese sobrevivir.

Los cañoneros tuvieron que interrumpir sus disparos cuando nos aproximábamos a tierra, ya que podíamos ser alcanzados por proyectiles rebotados. Todavía no había respuesta. ¡Posiblemente estaban todos muertos! ¿O nos habíamos equivocado de lugar? Tenía la adrenalina al máximo y estaba preocupado al detalle de cualquier movimiento del helicóptero. Esperé a la sacudida de los soldados desmontando mientras los patines tocaban tierra. Gritaban y gruñían detrás de mí, psíquicamente listos para la batalla. Podía oírlos chillar por encima de todo el ruido. Todavía hoy puedo oírlos.

Al mismo tiempo, los soldados regulares norvietnamitas decidieron dejar caer su trampa. Abrieron fuego desde, al menos, tres direcciones distintas, disparando contra nuestros helicópteros y sobre los soldados que descendían con fuego cruzado de ametralladoras. La zona de aterrizaje cobraba vida, de repente, con balas por todos lados. Me sujeté a los controles, involuntariamente apoyado hacia adelante, como si fuera a despegar. Tenía que luchar contra la lógica reacción de largarme inmediatamente. Yo me sentía ligero, los soldados estaban fuera. "¡Vámonos!", gritó Farris, ordenando a Amarillo Uno que despegase. No se movieron.

> "Se me encogió el estómago. Nuestros artilleros disparaban por encima de los encorvados soldados a fantasmas entre los árboles."

Los soldados ni siquiera alcanzaban los árboles. Habían saltado gritando con rabia, pero ahora estaban tirados en tierra, agonizando o muertos. El rotor del helicóptero de vanguardia empezó a vibrar mientras los proyectiles caían por todas partes. Se me encogió el estómago. Nuestros artilleros disparaban por encima de los encorvados soldados a fantasmas entre los árboles.

ABAJO: *Los helicópteros trasladan a los soldados y éstos sorprenden al enemigo. A veces, sin embargo, no hay tiempo de limpiar el campo de batalla.*

TIM PAGE

Con el ruido de las armas, los lamentos de los artilleros diciendo que todos habían muerto, y Farris ordenando a Amarillo Uno que se marchase, pensé en los proyectiles que podían llegar a través del plexiglás hasta mis huesos y vísceras y a través del helicóptero, sin cesar. Una voz me sobresaltó. Era Farris, que gritaba "¡Vete, vete, vete!".

Reaccioné con tal rapidez que nuestro Huey se elevó en un santiamén. Viré a la derecha del silencioso y mortuorio helicóptero de vanguardia, que seguía allí, inmóvil. Los artilleros de puerta disparaban sin cesar. Las trazadoras que iban en mi dirección parecían tan delgadas como gotas de lluvia. Ascendí hasta las copas de los árboles y me quedé ahí para cubrirme, acelerando. Cuando ya estaba a bastante distancia enfilé hacia arriba y fuera de la zona de pesadilla.

"¿Qué pasa con Amarillo Tres?", dijo una voz. Procedía de tierra. Las radios se habían vuelto locas. Finalmente distinguí la voz de Farris, que decía: "Negativo, Blanco Uno. Vira a la izquierda. Ves hacia atrás." Farris tenía a Blanco Uno dirigiendo al resto de la compañía hacia una órbita a unas millas de distancia. Amarillo Uno y Amarillo Tres estaban todavía en la zona de aterrizaje.

Miré hacia abajo y vi los dos helicópteros, quietos en tierra. Sus rotores giraban a medida que se activaba la turbina. Las máquinas no importaban, sólo el delicado protoplasma que estaba en su interior. Los cuerpos yertos cubrían el claro, pero algunos de los 30 soldados que habíamos transportado aún estaban con vida. Habían logrado cubrirse en un borde del claro.

Farris estaba muy atareado. Todavía quedaban otros doce helicópteros que tenían que llegar y descargar. En eso, llamó el piloto de Amarillo Tres. Seguía con vida, pero pensaba que su compañero había muerto. Su tripulación y el artillero también parecían haber muerto. Todavía podía volar.

Inmediatamente, dos cañoneros bajaron para escoltarlo, escupiendo fuego de sus ametralladoras. Era una magnífica visión, desde la distancia en que me encontraba.

> "También gritaban y gruñían. Esta vez era algo más que el resultado del adiestramiento. Estaban motivados."

Sólo Amarillo Uno se quedó en tierra. La radio estaba silente, pero todavía funcionaba. Había espacio detrás para que llegase el resto del grupo de asalto. Un soldado que había sobrevivido tomó una radio. Dijo que él y otros cuantos podían mantener fuego de cobertura para la segunda oleada.

Minutos después, el segundo grupo de tres helicópteros estaba en camino, y Farris me pidió volver a la zona de recogida. Me dirigí un par de millas hacia un gran campo, donde aterricé y recogí otra carga de bravos muchachos.

También gritaban y gruñían. Esta vez era algo más que el resultado del adiestramiento. Estaban motivados. Todos pensábamos que éste era el empuje decisivo que debería terminar con el enemigo. Cuando tomé tierra por segunda vez en la zona de aterrizaje, las ametralladoras enemigas permanecían mudas. Por lo menos esta carga habría sobrevivido al aterrizaje.

Cuando nos íbamos, finalmente alguien apagó la turbina de Amarillo Uno. Ninguno de sus tripulantes podía hacerlo. Todos esperaban pacientemente a ser introducidos en las bolsas mortuorias para el viaje de regreso a casa.

Nunca sabré por qué no fui alcanzado. Debo haber interpretado bien los presagios. A partir de entonces empezaron a llamarme "Lucky" ("Afortunado").

Normalmente, la Caballería llevaba sólo sus propios soldados, pero un día recogimos soldados survietnamitas. Ya había oído historias sobre su falta de deseo de combatir.

"Cuando aterrice en la zona, asegúrese de que los artilleros de puerta cubran la salida de los soldados survietnamitas", dijo Williams en la reunión. "Se han registrado algunos incidentes en los cuales los soldados survietnamitas se giran y disparan hacia el helicóptero que los acaba de depositar en tierra. Además, es posible que lleve usted a unos cuantos que no quieran bajar del aparato. Si sucede esto, que uno de sus artilleros los obligue a salir. El otro artillero deberá cubrirlo. Si tiene que disparar, asegúrese de que deja de hacerlo tras haberse ocupado del que hizo el movimiento en falso. Un paso en falso es girarse con un fusil apuntándole a usted. Mantenga los ojos bien abiertos."

> "En total, debo de haber visto unos mil cuerpos desparramados, pudriéndose al sol. Los dejamos allí."

Yo estaba sorprendido. Era la primera vez que había visto confirmar los rumores. Durante los meses siguientes, escucharía muchas recomendaciones en el sentido de cuidarme tanto de los soldados survietnamitas como del Vietcong. Si no se podía confiar en nadie, ¿quiénes eran nuestros aliados? Y en todo caso, ¿qué clase de guerra era ésta? ¿La propia gente que más tenía que luchar no iba a bajar de los helicópteros para combatir al enemigo?

Pero esta vez transportamos a los survietnamitas sin registrar ningún incidente. Los llevamos a una gran zona de aterrizaje desde la cual se suponía que tenían que patrullar el recientemente liberado valle de Ia Drang y mantener el *status quo* de la dominación aliada. Con el ARVN en su lugar, la misión de la Caballería se podía dar por cumplida. Sólo matábamos gente, no conquistábamos tierras. Ésta era nuestra guerra de desgaste.

El 26 de noviembre, EE.UU. había ganado su primer encuentro a gran escala con el Ejército norvietnamita. La Caballería y los B-52 habían matado a 1 800 comunistas. El EVN había matado a más de 300 de nuestros soldados. La campaña del valle de Ia Drang fue una de las pocas batallas en las que pude ver claros llenos de cadáveres del EVN. En total debo de haber visto unos mil cuerpos desparramados, pudriéndose al sol. Los dejamos allí.

La Caballería esperó un par de días antes de ir en busca de los desaparecidos. Eso daba tiempo para que el olor de los muertos en descomposición ayudase a las patrullas a encontrar los cadáveres. Era la única manera de hallarlos en medio de la maleza.

Ahora nadie refunfuñaba. Situados en la cubierta de carga, parecían combatir todavía, congelados en sus bolsas de goma, con sus brazos y piernas recogidos rígidamente. El olor a muerte se esparció y con él las ganas de vomitar. No importaba cuán rápidamente se pudiera volar, el olor no desaparecía jamás.

"Cortamos la garganta al enemigo en vez de limitarnos a golpearle en el estómago. Éste es sólo el principio", declaró uno de nuestros generales a la revista *Life*.

★ ★ ★

CAPÍTULO 2 POLÍGONO DE TIRO

ENERO 1966

En dos días hicimos doce asaltos a las mismas zonas que habíamos tomado varias veces antes. Pero lo más insultante era que el Vietcong combatía con más energía aún.

Una de las zona de aterrizaje se encontraba cerca de la jungla, al pie de las montañas. Yo pilotaba en la posición número tres en el lado izquiero de la formación. Nuestro escuadrón era el segundo en entrar. Los cañoneros dieron sus vueltas a nuestro lado, y los artilleros de puerta disparaban a los arbustos. El humo del ataque cubría el cielo, y cuando llegamos a 500 pies sobre el terreno, las trazadoras rojas empezaron a golpearnos. A estas alturas de mi experiencia, había aprendido a concentrarme en mi trabajo y suprimir mis temores. Me sentía valiente. Éste era Happy Valley (Valle Feliz). Ya había estado aquí varias veces, y nunca lo había pasado tan mal como en Ia Drang.

El fuego de respuesta de los invisibles Charlies se hacía más intenso a medida que nos acercábamos. Continuamos en línea recta. Cerca del final de la aproximación, a unos cien pies sobre la cubierta, advertí una corriente de trazadoras a mi izquierda. ¿Apuntaban a algún otro? ¿A quién tengo detrás? Luego el flujo empezó a dirigirse hacia mi helicóptero. Nos tiene por blanco. Nos tiene. ¡Maldita sea, nos va a alcanzar! No podía moverme de mi posición ni maniobrar. Volaba pegado al número dos y alguien volaba pegado a mí por detrás. Sólo seguir adelante. Gary tomó los controles. Las trazadoras estaban cada vez más cerca, a un segundo de estallar sobre la cabina.

> "Una explosión al lado de la cabina hizo que el reloj volviera a funcionar. Cohetes humeantes seguían a las trazadoras en su carrera."

Tensé mi estómago, como si las balas pudiesen rebotar. Mis brazos se pusieron rígidos, mi mentón también, y mis manos. Los proyectiles no me podrían atravesar. Por encima de todo, mi reloj de pulsera destacaba vívidamente ante mí. ¿Cómo podía mirar mi reloj? No lo miraba nunca. Era un Hamilton de oro, cuadrado, que me había regalado mi abuelo. La segunda manecilla tenía su propia esfera bajo la esfera principal. Y ahora la manecilla no se movía. En ese momento podía haber abierto la puerta, caminar fuera, fumarme un cigarrillo y observar el vuelo, congelado en pleno asalto. Podía caminar en medio de las trazadoras y usar una para encender mi cigarrillo. Vi la escuadrilla congelada en medio del aire. Me vi a mí mismo preparado para recibir el impacto del fuego mortífero. Era algo gracioso. Una explosión al lado de la cabina hizo que el reloj volviera a funcionar. Cohetes humeantes seguían a las trazadoras en su carrera. Y en eso, se acabaron. Un cañonero Duke había acertado a darle a ese jodido con un cohete justo en medio del chorro de fuego. ¡Estaba salvado!

Había más fuego en tierra cuando aterrizamos, pero no se podía hacer nada. No importaba. Yo estaba salvado.

De vuelta al Campo de Golf, nos dijeron que nuestro primer asalto a Bong Son estaba previsto para la mañana siguiente.

El primer asalto sería a la zona de aterrizaje Dog, a fin de asegurar una base de operaciones para los soldados. La Armada y el Ejército habían bombardeado Dog, los infantes de Marina habían desembarcado en la playa, diez millas adentro, y la Caballería estaba enviando un centenar de "slicks" (helicópteros de transporte) para tomar el lugar.

"Amarillo Uno, está fuera del rumbo." Sin respuesta. "Amarillo Uno, gire a la izquierda veinte grados."

Amarillo Uno, el helicóptero de vanguardia, no contestaba. En lugar de ello descendió y se desvió aún más de nuestro rumbo. Nate y yo (Resler estaba fuera, de permiso) recuperamos la posición; éramos el decimocuarto helicóptero, más o menos. Volábamos a una velocidad de 20 nudos. Todo el grupo volaba y botaba sobre algunos pueblos a una altitud de 100 pies.

"Amarillo Uno, ¿me escucha?" Sin respuesta. "Amarillo Dos, póngase en vanguardia. Gire cuarenta grados."

"Roger." Ya teníamos jefe. Las emisoras de Amarillo Uno estaban silenciosas y había intentado hacer señales manuales a Amarillo Dos para salir, pero Amarillo Dos lo siguió cuando intentaba apartarse.

Allá abajo, los pobladores estaban comiendo en el campo, disparando a un buen número de helicópteros que volaban cada vez más bajo y, además, lentamente. En un pueblo vi a un grupo de unas cincuenta personas, con las palmas de las manos cubriéndose los ojos del sol y contemplando la exhibición. Alguien estaba disparando allá abajo, ya que los helicópteros informaban de impactos. No podía ver armas, sólo mujeres, niños y hombres observando el desfile de helicópteros.

Cuando la formación cruzó el siguiente pueblo, en nuestra trayectoria de vuelo, muchos helicópteros registraron impactos. Connors advirtió que la goma del depósito de combustible estaba rajada y tuvo que salirse de la formación. Otro helicóptero informó que el piloto había muerto, y decidió volver. Alguien, en ese pueblo, estaba haciendo un trabajo de verdad, pero tan lejos que era invisible. Mientras tanto, seguíamos dando vueltas, volando bajo y despacio.

Uno de los helicópteros que se encontraba justo delante de nosotros informó que había sido tocado. En ese preciso momento, localicé el arma. En medio de la gente, los búfalos, las cabañas y los cocoteros, un grupo de personas de apariencia inocente se agolpaba. En el centro de ese gentío pude distinguir el humo y al artillero. Disparaba con una ametralladora.

> "Supe que no se iban a mover. Levantaron los brazos cuando fueron alcanzados y cayeron a tierra."

Antes de ingresar en el Ejército, me formularon una pregunta que hacen a todos los que quieren enrolarse: "¿Qué harías si fueses el chófer de un camión cargado de soldados, viajando a toda velocidad sobre una carretera resbaladiza, flanqueada a ambos lados por barrancos, y de improviso una niña se cruza en tu camino? ¿Intentarías evitarlo y girarías hacia una muerte segura, o seguirías adelante y la matarías?" Bueno, todos conocían la respuesta correcta: "Mataría a la niña." Y en realidad poco importaba, ya que, de todos modos, la criatura y la situación no eran reales. Así que dije: "Pararía el camión."

"No, no. No puedes frenar el camión. Va muy rápido."

"Bien, entonces, tengo que decirle que, en primer lugar, no iría por una carretera resbaladiza a esa velocidad."

"Pareces no entenderlo. Se supone que no tienes más alternativa que matar a la pequeña o matarte tú y tus compañeros."

"Bueno, ya que no tengo elección, seguiría adelante y mataría a la niña."

"Eso es lo que queríamos oír."

Ahora la pregunta era: "¿Cómo puedes matar a ese artillero, que acaba de matar a algunos pilotos, sin matar a la gente inocente que está alrededor de él?"

"¡Veo el arma, señor!", dijo Rubenski, el artillero de puerta.

"Primero dispara al suelo. Asusta y dispersa a esa gente", le ordené.

"Sí, señor." Rubenski, uno de nuestros artilleros de mejor puntería, abrió fuego cuando nos acercábamos a la posición del arma enemiga. Los espectadores se encontraban en la linde del poblado, inmediatos a nuestro lado derecho y alejados un centenar de metros.

Los proyectiles crearon una especie de géiseres en los arrozales. El artillero del Vietcong estaba concentrado en otro helicóptero y todavía no había advertido las balas de Rubenski. Yo esperaba ver los pijamas negros, los sombreros de cono y a los niños correr y dejar expuesto al artillero. ¿Acaso estaban encadenados? Cuando las balas caían a unos quince metros frente a ellos, supe que no se iban a mover. Levantaron los brazos cuando fueron alcanzados y cayeron a tierra. Tras lo que parecía un tiempo interminable, el artillero, que seguía disparando, estaba por fin a la vista. Rubenski siguió tirando. El cañón del arma del vietcong cayó, y él se deslizó al suelo. Una docena de personas yacían a su alrededor. El camión había aplastado a la niña.

"Una anciana masticaba betel de almendras y giraba la cabeza cuando caían las balas. Un niño se puso a correr."

Veinte helicópteros estaban dañados y cinco habían sido derribados; habían muerto dos pilotos y dos artilleros mientras volábamos sobre los pueblos, camino de Dog. El mismo Dog era un antiguo cementerio vietnamita, y lo tomamos sin muchos problemas. Los helicópteros aterrizaron en grupos, los soldados saltaron y volvimos por más. Esa noche, Dog era un puesto estadounidense en medio del Vietcong. Nate, yo y otros tres helicópteros fuimos seleccionados para pasar la noche allí con los soldados, como helicópteros de emergencia para su comandante en jefe.

"¿Por qué no se movieron?" Me senté y me quedé mirando la noche.

"El Vietcong los forzaba a quedarse allí."

"¿Cómo puede uno hacer que la gente se quede de pie enfrente de las balas de una ametralladora?"

"Les hubiera disparado en el caso de que intentaran huir."

"Pero si hubieran corrido todos a la vez, no los podría haber matado a todos, no con nosotros delante disparándole a él."

"Naturalmente, tenían mucho más miedo de él que de nosotros."

"¿Era eso? ¿Tenían tanto miedo de morir que se quedaron allí y murieron?"

"Los orientales no piensan como nosotros."

El relampagueo de las balas duró toda la noche, pero yo no me quedé despierto por eso. Seguía repasando la escena. Podía ver sus rostros con claridad. Una anciana masticaba betel de almendras y giraba la cabeza cuando caían las balas. Un niño se puso a correr, masticando incluso cuando se giraba. Una mujer le gritó; luego ella también fue alcanzada. El artillero seguía disparando. Vi la escena una y otra vez, hasta que llegué a conocer a todos los integrantes del grupo. Y todos me conocían a mí y hacían muecas y sonreían, y se giraban y temblaban y morían.

A las tres de la mañana el estruendo de los combates aumentó al borde del cementerio. Un soldado corrió hacia nosotros y nos dijo que pusiéramos en marcha el helicóptero. Quince minutos más tarde, el fuego se redujo, y el soldado se nos acercó y nos dijo que podíamos bajar.

Al día siguiente, 31 de enero, emprendimos otra misión. Esta zona de aterrizaje recibió el nombre de Quebec. Estaba más o menos a cinco millas, pasado Dog.

Ahora Dog era una gran zona operativa en la que se encontraba la mayor parte de nuestras tropas. Si había algún lugar seguro en todo el valle, era Dog. Cuando los doce helicópteros de esta misión cruzaron el río para la aproximación, alguien en

ABAJO: *Ayudados por el artillero de puerta, los camilleros colocan a un hombre en el compartimiento de tropa de un Huey. Una poco acogedora caja de metal que parecía el cielo si estabas herido.*

CAMERA PRESS

ARRIBA: *Usando los pedales del timón para pivotar sobre el eje del rotor y disminuyendo la sustentación con el colectivo, un piloto de Huey posa su aparato en la zona de aterrizaje.*

el lado derecho de la formación recibió un impacto procedente del "amistoso" pueblo.

Nos quedamos colgados alrededor del terreno cerca de una hora, observando los Phantom de la fuerza aérea que atacaban Quebec con toneladas de bombas y napalm. Me senté en el techo de mi Huey y observé la exhibición. Al final de sus pasadas, los Phantom descendían y encendían los posquemadores para tomar potencia.

Cuando los Phantom terminaron sus tareas en Quebec, la exhibición aérea concluyó. "Nos toca a nosotros. ¡Vamos!", gritó Williams.

Ocho soldados subieron a cada helicóptero. Nos acomodamos, conectamos las radios y despegamos. Nate y yo seguíamos al helicóptero número dos, de Morris y Decker.

El humo de los bombardeos de la fuerza aérea se elevaba sobre Quebec, cuando pasamos para enfilar una aproximación al sur.

"Predicador Seis, Antena Seis. Enfilad hacia el sur ahora. Armas automáticas del Vietcong en vuestra ruta." Antena Seis, el coronel, volaba delante.

"Predicador Seis, Roger Wilco." Williams inició su aproximación a la zona de aterrizaje.

"Predicador Seis, la artillería está preparando la zona. ¡Tened cuidado!"

La zona de aterrizaje era una angosta franja de arbustos y arenas secas, cercana a las estribaciones del lado oeste del valle. Siguiendo instrucciones previas, nos movimos en formación escalonada.

"¡Predicador Seis, recibiendo fuego de armas cortas desde el oeste!" Ese era Connors.

"Vuelo Amarillo, aquí Predicador Seis. Elegid vuestros puntos. La zona de aterrizaje es irregular." Williams estaba justo encima del terreno. Morris y Decker estaban a cincuenta pies, y yo, detrás de ellos, debía de estar a unos 100 pies.

"¡Predicador Seis, aquí Amarillo Dos. El capitán Morris ha sido tocado. ¡El capitán Morris ha sido tocado!" De improviso, el helicóptero de Morris cayó con rapidez desde unos veinte pies y tuvo un duro aterrizaje.

"Amarillo Cuatro está recibiendo fuego desde la derecha." No había nada visible a nuestra derecha, exceptuando una larga hilera de maleza seca.

"¡El capitán Morris está muerto! ¡El capitán Morris está muerto!"

"Roger, Amarillo Dos."

CAMERA PRESS

"¡El helicóptero está destrozado! ¡Me voy de aquí!"

Pude ver a Decker cuando saltaba de su Huey, mientras aterrizábamos tras él. Saltó a tierra al lado del helicóptero con su escopeta de cañones recortados lisa. Se puso a buen recaudo de los vietcong.

Nate llamó: "Predicador Seis, Amarillo Tres. Recogeremos a Decker y a su tripulación."

"Negativo, Amarillo Tres. Despejad la zona de aterrizaje para un nuevo vuelo." Los soldados estaban fuera. Algunos se dirigieron hacia Decker, bajo el fuego enemigo, y le llevaron por el camino adecuado. Los soldados se quedaron agachados. La arena se levantaba bajo el fuego de los vietcong.

"Vámonos, Amarillo." Williams despegó.

Cuando me disponía a despegar al lado del helicóptero de Decker, que todavía estaba en marcha, miré hacia la cabina y vi a Morris sentado en el lado derecho, con la cabeza apoyada sobre el tronco. Parecía que se estuviera tomando una siestecilla.

Tick. "Estamos tocados." *Tick*, *tick*, *tick*.

El artillero que había abatido a Morris quería quitarnos de en medio. Puse mucha potencia y subí en busca del cielo. Subí mucho más que Williams, y aproximadamente a 1 000 pies, el motor se paró. Silencio. Hacia abajo.

Fue mi primer auténtico aterrizaje de emergencia, y tuve muchísima suerte. De todos modos, el lugar al que me dirigí era el que había pensado para aterrizar. Resbalé unos diez pies cuando tomé tierra y los rotores se ralentizaron y detuvieron.

El jefe de la tripulación estaba ya examinando los daños antes de que yo saliese del helicóptero. "Cuatro proyectiles han atravesado los conductos de combustible, señor." No podríamos volar en este helicóptero en todo el día. Nate y yo nos quedamos allí, mientras la patrulla volvía a Quebec.

En el batallón siempre había por lo menos un helicóptero de mantenimiento para actuar en situaciones como ésta. Aterrizaba en zonas seguras para determinar si un helicóptero podía ser situado en el punto.

Escuché el ruidoso batir de las palas de un Huey mientras cruzaba Dog, a dos millas de distancia. ¿Cómo podía nadie ser tomado por sorpresa por una escuadrilla de Huey? El rugido de los rotores principales descendió cuando el helicóptero estuvo a una milla de distancia, reemplazado por el sonido del rotor de cola y el de la turbina. Aterrizó a unos treinta metros delante nuestro, dando lugar a una pequeña tormenta de arena. La turbina se apagó y los rotores detuvieron su movimiento. Dos especialistas, mecánicos, corrieron hacia nuestro helicóptero. El jefe de la tripulación les mostró los daños debajo de la cubierta del motor. Metieron sus narices en el interior del Huey. Los dejamos trabajar, y yo me encaminé hacia el Huey de mantenimiento para ver quién lo pilotaba. Era Riker.

"Riker tenía el mismo problema. Su boca se curvó intentando sonreír, pero su rostro delataba el dolor. Trató de romper la tensión hablando de otras cosas."

"¿Algún herido?", preguntó Riker. No sabía nada de Morris.

Me puse al lado del patín e intenté encontrar las palabras adecuadas, mientras Riker se quitaba el cinturón. Cuando empecé a hablar, una mueca de dolor se escapó de mi rostro. "A Morris le alcanzaron y ha muerto."

El rostro de Riker mostró un instante de impresión y angustia, antes de ser poseído por la misma reacción que todos.

"¿De verdad? ¿Morris?"

"Sí, apenas hace unos minutos. En Quebec." Hablaba a trompicones, mientras luchaba con la expresión de mi rostro. ¿Cómo podía evitarlo?

Riker tenía el mismo problema. Su boca se curvó intentando sonreír, pero su rostro delataba el dolor. Trató de romper la tensión hablando de otras cosas.

"¿Está muy averiado tu helicóptero?"

"No demasiado. Me alcanzaron en los conductos del combustible."

"¿Así, está bien?", dijo con la mirada en el vacío.

"Sí. Bien."

"¿Dónde le dieron?", preguntó Riker, de improviso. La tarea de mantener su compostura estaba más allá de él mismo, y en su rostro se reflejó un inmenso dolor.

"No lo sé, pero creo que fue en el pecho."

"¿Sí?"

"Creo que sí."

Era una situación embarazosa para los dos, así que dejamos de hablar, nos sentamos en la arenosa hierba y encendimos un

cigarrillo. Los mecánicos manoseaban mi helicóptero. Nate, que nos había estado mirando con curiosidad, caminó para unirse a nosotros.

"¿Bob te ha contado lo de Morris?" Nate parecía valiente y seguro.

"Sí. Por cierto, ¿Decker está bien?, preguntó Riker.

"Todavía se encuentra en la zona de aterrizaje", respondió Nate.

"¿Sí? ¿Y por qué nadie lo ha recogido?"

"Había un fuego intenso, y Decker saltó fuera y buscó cobertura en el terreno. Además Williams no nos hubiera dejado esperarle."

"¿Por qué no?"

"Bueno, tenía razón. La siguiente escuadrilla se encontraba justo detrás nuestro, y probablemente alguien hubiera resultado herido si hubiera intentado traer a Decker al helicóptero."

"No me parece correcto haberle dejado allí."

"Estará bien", dijo Nate. "Tiene su viejo fusil con él."

"Señor, el helicóptero no puede volar", le comunicó el mecánico a Riker.

"Bien." Todos nos pusimos en pie. "Muchachos, ¿estáis interesados en un viaje de vuelta al Polígono de tiro (Rifle Range) para un nuevo helicóptero?"

"Y que lo digas", respondí. "No puedo esperar más para volver al combate."

Nate y Riker sonrieron ante mi falsa demostración de valentía. Riker dijo: "¿Recordáis el modelo que hizo del *Croatan*?"

"Ajá..."

"¿Me pregunto dónde estará ahora?"

"La bala llegó a través de la ventana triangular y perforó su chaleco antibalas, como si no lo llevara puesto, hasta llegar al corazón."

Una hora más tarde, Nate y yo estábamos en el aire. Nos unimos a una escuadrilla llevando más soldados a Quebec. Decker saldría en el siguiente vuelo. A última hora de la tarde, después de haber reemplazado a dos alféreces que habían muerto, y de llevar refuerzos y retirar heridos, los soldados tomaron Quebec y sus arenales. Dos ametralladoras y diez fusiles estaban escondidos en una larga trinchera, bajo un montón de arbustos. Con el crepúsculo aterrizamos de vuelta en el Polígono de tiro.

Decker estaba sentado en el extremo de su cama, con los codos en las rodillas y las manos en los pómulos, llenos de suciedad. Yo estaba contento de tenerle de vuelta. "Oye, Deck." Alguien me detuvo con un gesto de la cabeza. Me giré. En lugar de caminar hacia él, salí y entré y me senté en una camilla.

Nate, que me miraba, estaba echando algo de Old Grandad en el vaso de su cantimplora. "¿Queréis?"

"Sí, creo que sí." Me serví dos dedos y mezclé un poco de agua con el dedo. Nos sentamos en silencio. Nate releyó una de sus cartas y yo observé a Decker. Todos en la tienda hablaban, relajados, manteniendo un espacio alrededor del hombre afligido. Estaba pálido. Miró hacia arriba, y en su rostro se pudo ver a ese niño triste que era en realidad. Movió la cabeza y puso una mueca. "Hizo autorrotación."

Todos le miramos, esperando más. Pero se hizo el silencio. Sherman rompió la tensión: "¿Morris?"

P. CHINNERY

"Sí. Cuando le alcanzaron puso el rotor en libre para una autorrotación. Pero estabámos muy cerca de tierra, y el helicóptero se estrelló y la cabina quedó aplastada." Decker se revolvió de dolor y dejó de hablar. Luego continuó con solemnidad: "La bala llegó a través de la ventana triangular y perforó su chaleco antibalas, como si no lo llevara puesto, hasta llegar al corazón. El chaleco detuvo la salida del proyectil. Bajó el colectivo como si estuviera haciendo una autorrotación y nos estrellamos antes de que pudiera impedirlo." Hizo una pausa. "Si yo hubiera actuado con más rapidez, hubiera podido evitar que nos estrelláse-mos."

"No hiciste nada incorrecto", dijo Sherman.

"Eso es lo que tú crees. ¿Cómo te sentirías si tu mejor amigo acaba de morirse y tú no puedes ni siquiera evitar que el jodido helicóptero se estrelle? Ves, él hizo lo correcto incluso cuando se estaba muriendo. Nos dejó en autorrotación, pero yo no fui lo suficientemente rápido para salvarle."

"Pero, Decker, Morris ya estaba muerto. El aterrizaje no tiene importancia", añadió Sherman.

De pronto Decker se levantó y exclamó: "¡Él está muerto, y es culpa mía!" Cogió su arma y salió.

"¡Jesús!", exclamó Nate.

"No veo por qué se tiene que autoculpar", dijo Sherman. "Morris ya estaba muerto. Y, además, el helicóptero no se destrozó."

Todos mirábamos a Sherman. Por supuesto, tenía razón. Pero nadie quería ser racional. Estaba... fuera de lugar.

El viejo no dijo nada sobre Morris, excepto que teníamos que reunir algo de dinero para enviarle flores a su esposa, pero Sherman decidió dar un pequeño discurso aquella noche.

"Bueno, hemos tenido mucha suerte hasta ahora. Era sólo una cuestión de tiempo. Las demás compañías han tenido muchas más bajas que nosotros, así que nos ha tocado el turno. Parece que la relación es de uno a cinco: un piloto de cada cinco morirá. Hasta ahora sólo hemos perdido a dos compañeros, lo cual nos deja a bastante distancia del promedio. Hemos tenido suerte, nada más."

ARRIBA: *Un UH-1D Huey del 229.º Batallón de Helicópteros de Asalto se mantiene en estacionario mientras el artillero siembra de fuego el bosque de debajo.*

Odié a Sherman. Ahora parecíamos delincuentes con nuestros muertos. ¿Acaso estábamos corriendo en busca de nuestra ración de muerte? Bueno. ya lo veríamos. ¡Vamos, muchachos, salgamos de aquí y muramos!

Al amanecer de la mañana siguiente, aterrizó un Chinook, enmudeciendo a nuestros Huey. Cuando bajaron la rampa de la puerta trasera, los hombres empezaron a cargar chalecos de protección en el camión. Cientos de chalecos protectores.

★ ★ ★

ARRIBA: *Trepando desde la zona de aterrizaje al helicóptero que espera.*
DERECHA: *Llegan los helicópteros.*

P. CHINNERY

Capítulo 3

EL BLUES DEL "CORTO"

CAPÍTULO 3 EL BLUES DEL "CORTO"

ABRIL 1966

("Corto" era el soldado que estaba a punto de ser licenciado.) Cuando una sección del Primero de la Novena aterrizó cerca de Chu Pong, capturó a varios norvietnamitas que declararon que por lo menos había mil hombres más en la zona. Momentos después, la sección se encontraba bajo fuego y atrapada. Mientras intentaba salir de allí, dos helicópteros fueron derribados y murieron quince hombres.

Malas noticias para muchos de nosotros. La estrategia de la guerra de desgaste estaba en un ciclo sin fin, y conquistábamos, evacuábamos y volvíamos a conquistar las mismas zonas. "¿Por qué diablos no dejan algunas tropas en cada sitio?", dijo Connors. "¡Esto es como querer estar en misa y repicando!"

Semana tras semana, las revistas informaban sobre el número de bajas del enemigo, que sabíamos había sido inflado con víctimas civiles. Había citas de generales que decían que teníamos al enemigo dominado, y citas del gran jefe, Lyndon B. Johnson, manifestando que la victoria estaba a la vuelta de la esquina.

El perímetro del Campo de Golf se encontraba minado, vigilado por reflectores, patrullado y custodiado. En siete meses, los vietcong sólo habían sido capaces de disparar algunos morterazos y lanzar a un puñado de hombres a través de él.

Cuando la mentalidad oriental se encuentra con un obstáculo tan duro, se siente inclinada a emplear una especie de yudo mental para superarlo. Los vietcong se preguntaron cómo podían hacer para que los estadounidenses les pasearan en sus helicópteros de tal forma que pudieran inspeccionar nuestras defensas.

"Mason, tú y Resler tenéis que ir al puente y traer unos prisioneros", dijo Farris.

Gary y yo nos alzamos de la fila tres y volamos a un pequeño campo cerca de la esquina sudeste del perímetro. Un teniente segundo se nos acercó corriendo, con su M-16 sujeto por el asa del alza.

"Tengo dos sospechosos para usted", dijo. Señaló hacia atrás a dos niños, de más o menos doce años de edad. Sonreían mientras los soldados les daban chocolates. Uno de ellos fumaba un cigarrillo.

"¿Estos dos?", pregunté.

"Sí. Los pillamos dando vueltas muy cerca del perímetro."

> "La compañía estaba fuera, trabajando en la zona local, pero los rumores apuntaban a que nos iban a enviar a la Granja de Pavos en un par de días."

"Posiblemente no sabían que no debían estar por aquí."

"No, bien que lo saben. Nuestras órdenes son las de arrestar a cualquiera que se acerque demasiado. Se los tiene que llevar a la jaula."

"¿Dónde queda eso?", pregunté.

"¿Sabe dónde está finanzas?"

"Sí."

"Bueno, allí hay una cerca de alambradas en un campo cercano. Le será fácil encontrarla."

"Bien."

POPPERFOTO

ABAJO: *Los sanitarios ayudan a un herido de la Caballería Aérea durante la operación Irving en la zona de Phu Cat. El M79 en la mano es un medio seguro contra los ataques por sorpresa del Vietcong.*

El teniente empujó a los prisioneros hacia nuestro helicóptero. Los dos niños gimieron con expectación y subieron.

"¿Tenemos que taparles los ojos o algo por el estilo?", preguntó Gary.

"No", replicó el teniente. "Son sólo niños."

Uno de los chicos se sentó en el asiento de tela y el otro en el suelo, con las piernas colgando, igual que lo hacían los soldados, y Gary y yo subimos al helicóptero.

De vuelta en el Campo de Golf, salimos del circuito y dimos vueltas alrededor de la división para volver a entrar en el tráfico por el sector de viento en cola. Los chicos observaban extasiados. El que estaba en el suelo tocó al otro y apuntó hacia algo. Ambos rieron.

Gary comunicó a la torre de control que nos dirigíamos a la cárcel, y nos dijeron que voláramos en dirección de la fila tres, más allá de la misma. Cruzamos el perímetro norte, los barracones de la tropa, los emplazamientos de las piezas, la instalación del radar antimortero, la plataforma de los Skycrane y la larga hilera de Hueys. Más allá del helipuerto, volamos sobre las ciudades de tiendas hasta un campo.

Dos guardias se acercaron para llevarse a los prisioneros. Los muchachos saltaron sonriendo y caminaron a donde les habían indicado. Cinco o seis prisioneros caminaban dando vueltas bajo el techo de alambrada de tres pies de alto de la jaula. Uno de ellos llamó a los chicos. Le saludaron. No parecía un lugar oportuno para pasar el rato, pero, como ya nos habían dicho, nadie se quedaba aquí durante mucho tiempo.

"Después de interrogarlos, los mandamos de vuelta a sus casas o se los entregamos al Ejército survietnamita. Esos dos pequeños jodidos serán enviados, probablemente, a sus casas", dijo el sargento responsable.

De nuevo en el aire, tuve la sensación de que nos habían engañado. Por medio de aquellos chicos, el Vietcong, que no tenía siquiera un avión, había podido realizar una inspección aérea completa de todas las instalaciones del 1.° de Caballería.

Escupí sangre. Había dejado de fumar y ahora me ponía el tabaco dentro de las mandíbulas. Me senté detrás de una mesa en la desordenada tienda, tratando de averiguar cómo poner en orden esa gran pila de papeles que formaban parte de un informe sobre un accidente. Mi trabajo, desde que había cogido una fea gripe, era el de actuar de escribiente en el departamento de accidentes. La compañía estaba fuera, trabajando en la zona local, pero los rumores apuntaban a que nos iban a enviar a la Granja de Pavos en un par de días.

Tenía sentimientos contrapuestos. Este trabajo me mantenía en la seguridad del campo, pero era duro aceptar que se me dejara atrás, no importa cuál fuera la razón. ¡Qué emoción más estúpida! Era mejor dedicarse a esa montaña de papeles que estar allá afuera, volando. Entonces, ¿por qué me sentía tan mal? ¿Qué es lo que soy? ¿Una marmota? Relájate y tómatelo con calma mientras puedas.

Mis diez días en tierra parecían interminables. Nuestro batallón se pasó dos días más en la Granja de Pavos antes de hacer el equipaje en dirección a Kontum.

Encontramos unos viejos barracones franceses que los vietnamitas estaban utilizando como establos y corrales de aves. Tras un hartón de limpiar, aquello se convirtió en el Campo Kontum. Cada mañana veía al médico de la unidad, y cada mañana seguía tomando mis medicamentos, pero no podía volar.

Por fin, después de dos días en Kontum, recuperé el estatus de vuelo. Riker y yo fuimos destinados a volar juntos. Mientras caminaba hacia la línea de vuelo me alegré de haberme quitado un peso de encima. Mi trabajo se había convertido en mi casa, y yo estaba contento de estar de vuelta.

Los helicópteros eran sombras en medio de la bruma matinal. Despegamos para fundirnos en la neblina. Subiendo sobre los árboles, vimos cómo desaparecía la tierra.

La misión consistía en reavituallar a las patrullas de control. Seguimos a otros tres helicópteros treinta millas hasta Dak To, separados, y volamos al oeste, hacia una de nuestras patrullas.

Nos detuvimos para que los soldados desembarcaran los recipientes con comida caliente. Un sargento se acercó y nos invitó a compartir el desayuno. Lo hicimos. Huevos revueltos recalentados y calientes, bacon, tostadas de pan blanco y café. Nos sentamos en la cabina trasera del Huey y comimos en silencio. La bruma se estaba disipando y las oscuras sombras se hacían más altas, descubriendo las montañas.

"¿Cómo puede una guerrilla tratar de luchar contra un ejército que puede estar en cualquier parte y en cualquier momento?"

El jefe de la sección, un delgado teniente segundo, se nos acercó y nos pegó el rollo durante un rato.

"¿Han encontrado algo?", preguntó Riker.

"Algunos viejos campamentos." El teniente se palpó la camisa en busca de cigarrillos. Le ofrecí un Pall Mall.

"Gracias."

"Hemos oído que los vietcong no quieren combatir con la Caballería."

"No los culpo, ¿y usted?", dijo el teniente. "Cada vez que lo hacen, les tenemos que cascar la mierda".

Sí, por lo menos mientras tuviéramos helicópteros, Phantom y bombarderos B-52, pensé. Y dije: "Probablemente la guerra está a punto de terminar."

"Posiblemente. Hablan todo el tiempo acerca de negociaciones de paz. Johnson los tiene arrinconados en el norte, y nosotros los estamos empujando aquí abajo. Deben darse cuenta de que no pueden vencer."

"Sí", dijo Riker. "No veo cuánto más podrán aguantar estos pequeños jodidos. McNamara afirma que estaremos fuera de aquí en menos de un año. Hay quien dice que es posible que ni siquiera sirvamos el período completo, que todo podría terminar así de rápido."

"Posiblemente", dijo el teniente. "Por fin sabemos que controlamos Dak To."

"Tenemos un compañero en la compañía, Wendall, que dice que eso es lo que hicieron con los franceses", comenté.

"¿Que hicieron qué?", preguntó el teniente.

"Les hicieron creer que estaban ganando, les dejaron montar campamentos y luego ¡bam!"

"Esta guerra es totalmente diferente." El teniente escondió su cigarrillo. "Los franceses no se podían desenvolver como lo hacemos nosotros." Pateó el piso del Huey y dijo: "Máquinas como ésta son la diferencia. ¿Cómo puede una guerrilla tratar de luchar contra un ejército que puede estar en cualquier parte y en cualquier momento?"

"En eso sí que le doy la razón", admití. "Wendall se rinde fácilmente."

POPPERFOTO

ARRIBA: *Hombres de la Caballería Aérea custodian los cuerpos de sus camaradas muertos mientras esperan ser evacuados desde la zona de Plei Me, tras una noche de duros combates.*

"En fin, vuelvo al trabajo. Tómenselo con calma", dijo el teniente, y se dirigió hacia sus hombres. "Phillips, que carguen esas cajas de comida en el Huey."

"¿Y ahora qué?", le pregunté a Riker.

"Se supone que tenemos que regresar, soltar todo esto y luego llevar unos refugiados a vete a saber dónde."

Pijamas negros, sombreros cónicos, cerdos encerrados en canastas, pollos que observaban con sus pescuezos a un lado y al otro, niños de ojos abiertos, otros llorando, paquetes de arroz, leña y cajas embaladas que no se desplazaban sólo gracias a la fe, todo eso entraba en el Huey.

"Qué combinación", refunfuñó Riker. Un cerdo empezó a chillar cuando la turbina se puso en marcha. Me volví y observé que una joven madre, con la cara de su bebé apretada contra su pecho, nos miraba. Le hice un gesto y sonreí. Hizo un gesto y me devolvió la sonrisa. Dios, estaban muertos de miedo, pensé. ¿Cómo me sentiría yo si unos extranjeros hacían que yo y mi familia nos tuviésemos que sentar en una extraña postura para volar desde mi hogar a quién sabe dónde?

"Ganar sus corazones y sus mentes", dije.

"¡Serás ingenuo!", se mofó Riker.

Volamos al norte, pasando Dak To hacia el cruce de la frontera de Camboya, Laos y Vietnam. Las montañas eran las más grandes que había visto en toda mi vida. Las nubes brumosas alfombraban este húmedo y verde mundo.

Nos mantuvimos en nuestra posición, entre diez helicópteros, mientras la formación pasaba por los valles para evitar las nubes. Pasada una oscura hondonada, apareció ante nuestra vista una roja pista de aterrizaje, recién preparada, abajo en el valle. Nuevas cabañas con techos delgados se protegían con sacos de arena, a modo de paredes. Bienvenido al hogar, pensé.

Pequeños soldados survietnamitas con los fusiles en bandolera sacaron a toda prisa a los refugiados de los helicópteros. Una madre atemorizada miró hacia atrás, hacia dos niños pequeños. Uno de los niños gritó llorando. Su madre lo cogió rápidamente y lo sentó en sus rodillas. Se asió de su blusa, con firmeza, mientras ella se agachaba eludiendo nuestros rotores y se ocupaba de sus cosas.

La observé mientras nos íbamos. Se hacía más pequeña a medida que ascendíamos. Pronto se convirtió sólo en una memoria, confusa y atemorizada, sola y lejos del antiguo hogar familiar. En ese momento odié a los comunistas y sentí vergüenza de ser norteamericano. Pero siempre me acusaba de ser un sentimental.

Continuamos reasentando refugiados durante todo el día siguiente. Se suponía que teníamos que terminar nuestra tarea en el valle de la Drang para poder volver a casa, al Campo de Golf. Sin embargo, al atardecer, todavía estábamos dejando la última carga de gente en uno de los nuevos poblados.

Veinte helicópteros aterrizaron en una verde colina en pleno crepúsculo. Aquello era un campamento provisional del ARVN. Nos prepararon dos grandes tiendas.

"No llevaba casco. Ni armas. Pensé en mi estupidez y me tragué unas lágrimas. ¡Silencio! Un insecto se posó en mi mejilla. Oí un apagado *plam* y un *pop*."

Riker y yo llevamos nuestros sacos de dormir a las tiendas. Inflamos los colchones a la luz de las linternas.

La cena consistió en raciones C a bordo de los helicópteros. Riker y Resler se sentaron en el piso, comiendo de las latas, mientras yo utilizaba el abridor para abrir una lata de pollo. Estaba tirando de la lengüeta cuando el silencio fue interrumpido por un fuerte ruido, *¡Blam!*, y luego empezó a sonar una campana. La campana estaba dentro de mi cabeza. Nadie había dado la voz de alarma: morteros. Las latas cayeron en la cubierta y las sombras lo cubrieron todo. Arrojé mi lata y corrí hacia un hoyo que había visto al aterrizar. Estaba a sólo cinco o seis metros. *¡Blam!* Vi el brillante estallido del proyectil al explosionar a unos cien metros. Ya en el suelo, me arrastré el resto del camino hasta el hoyo. *¡Blam!* Estaba ocupado por dos miembros de la tripulación del helicóptero que se hallaba frente al nuestro. *¡Blam! ¡Blam!* ¡Maldita sea! ¿Dónde se supone que estoy? Me levanté y corrí a la parte trasera del helicóptero. El helicóptero era mi salvación. Siempre me sacaba de apuros. *¡Blam!* Mi sombra se proyectaba contra el negro rótulo "US ARMY" pintado en la cola. Me arrojé al suelo y me arrastré hasta debajo del aparato. Mi hombro topó con la espita del drenaje de combustible. Mi mente estaba en otro lado, pero ciegamente me arrastraba hacia la parte frontal del helicóptero, lejos del depósito de combustible. *¡Blam!* Alcancé la tubería que cruzaba la parte frontal y me detuve. "¡Maldita sea!", grité. "¡Hijos de puta!" Luego me di cuenta de que el Huey era sólo aluminio delgado, magnesio, plexiglás y combustible, y si lo alcanzaban yo me fundiría con él. "¡Aléjate del helicóptero, es-

túpido!", me dije a mí mismo. Me arrastré por la hierba, aprentando la nariz contra el húmedo suelo; mi nariz era el caballo y mi cabeza el trineo. Tres metros más allá, me detuve. *¡Blam!* a la derecha. No llevaba casco. Ni armas. Pensé en mi estupidez y me tragué unas lágrimas. ¡Silencio! Un insecto se posó en mi mejilla. Oí un apagado *¡plam!* y un *¡pop!* Una bengala voló y cruzó los cielos. *¡Plam, pop, plam, pop!* Las sombras del Huey formaban intersecciones salvajes a través de la hierba. Una bengala nos iluminó; luego desapareció, al caer más allá de la cresta. El humo gris dejaba un rastro loco a la luz de las bengalas que se lanzaban después. Silencio. ¿Habían terminado? Después de diez minutos de estar echado en la hierba oí voces. "Se acabó. ¡Jesucristo! ¡Qué suerte que tengo!" Me incorporé. Me dolía el hombro, en el lugar donde me había topado con la válvula de drenaje. Yo creía en Dios. Realmente. Volví a mi helicóptero, me puse de rodillas y empecé a buscar en la hierba para ver si podía encontrar alguna lata de pollo deshuesado.

> "Nadie podía entender por qué el Vietcong o el EVN, o quienquiera que fuese, habían interrumpido el ataque en ese momento... Nos habían tenido a su merced."

La bruma era tan densa que apenas podía distinguir el Huey desde la tienda. Las montañas distantes que habíamos visto el día anterior ya no estaban allí. Resler se había levantado antes que yo, y podía ver el amigable parpadeo de su hornillo calentando una lata, cerca de nuestro helicóptero. Me puse a tiritar. Era una noche de frío y de insomnio.

Nadie había resultado herido durante el ataque. Nadie podía entender por qué el Vietcong o el EVN, o quienquiera que fuese, habían interrumpido el ataque en ese momento. Ciertamente, no había sido por ningún contraataque de nuestra parte. Probablemente se quedaron sin municiones. Si era así, podíamos dar gracias a Dios. Nos habían tenido a su merced.

"¿Quieres utilizar el hornillo?" Resler sonrió desde su puesto. Sacó azúcar de un trozo de papel. El café olía a vida.

"Sí, gracias." Me apoyé contra el borde de la cabina trasera y arrastré la ración C hasta dejarla encima.

"Déjame adivinar. ¿Huevos revueltos y bacon?"

"Por supuesto. Es la hora del desayuno, ¿verdad?"

"Creo que tú eres el único en toda la compañía que come esta mierda."

"Más para mí." Tomé una lata de la caja y un sobre de café. Puse un poco de agua en el recipiente de Resler y lo dejé en el hornillo. Mientras las llamas absorbían la humedad de la parte externa del recipiente, abrí la lata. Dentro había el familiar huevo amarilloverdoso con algunos trozos de bacon tostado. Me lo tomé así, frío. Resler puso cara de asco. Metí la cuchara, saqué otro trozo y, acercándoselo, le dije: "¿Quieres un poco?"

"Yo no como esa porquería", contestó.

Siempre repetíamos esta rutina. Era nuestro rito matinal.

"Nunca he visto una neblina igual", observé.

"Es verdad." Miró su reloj. "Ya son las siete y parece que fueran las cinco."

Asentí con un gesto. El Huey situado frente a nosotros era una pálida sombra, y el que yo sabía que estaba más allá era totalmente invisible.

"¿ITO?" (Instrument Take Off: despegue instrumental).

"Probablemente", me respondió. "¿Cuándo fue la última ve que hiciste un despegue sólo con instrumentos?"

"En la escuela de vuelo."

"Yo también."

Farris salió de la niebla, trayendo una taza de café. "Acab de hablar con un piloto de la Fuerza Aérea. Dice que nuestr valle está lleno de esta niebla, pero hay claros en las cumbres. Movimos la cabeza. "Esperaremos una hora a ver si se va." Continuó caminando y desapareció.

"¿Dónde te metiste anoche?", pregunté a Resler.

"Por ahí." Resler apuntó hacia la tienda.

"¿En la tienda?"

"No. ¿Ves esa zanja de ahí?"

"Ah, sí. Desde luego, menos mal que lo dejaron correr."

"Sí. Uno de estos días no se detendrán."

Una hora más tarde Farris nos dijo que pusiéramos nuestra cosas dentro de los helicópteros. Él y Riker iban a despegar cor otros helicópteros y quería que nosotros escuchásemos por l radio. Él nos diría hasta dónde llegaba la neblina.

Mientras seguía a Resler, cargando mi bolsa de vuelo, m torcí a la izquierda: nada raro, salvo porque yo intentaba ca minar derecho. Cuando me ladeé a la derecha para intenta cambiar de dirección, me encontré en la izquierda. No me sentía mareado, sólo un tanto extraño. Me detuve un minuto y volv a intentarlo. Me sentía remolcado hacia un lado y el otro, perc pude avanzar. Cuando llegué al helicóptero, la sensación había desaparecido. Me toqué la cabeza. Ya estaba listo. Me senté mientras Resler sintonizaba el canal que Farris había determinado. Escuchábamos como Farris llamaba a los helicópteros. Nos preguntó si estábamos a la escucha.

"Roger", contestó Gary. Otros seis helicópteros que esperaban con nosotros respondieron en su turno.

"Despeguen sin prisas", dijo Farris. "Volvemos a Kontum para recoger soldados. Nos pueden encontrar en cualquier lugar a lo largo del valle que seguimos ayer. Deberemos estar de regreso en una hora."

ABAJO: *Operando en una misión de reavituallamiento, un Huey posado en la cubierta de un portaaviones es cargado con municiones. Tras ochenta y cuatro comprobaciones de prevuelo, estará dispuesto para el despegue.*

US ARMY

CAPÍTULO 3 EL BLUES DEL "CORTO"

Mientras Farris hablaba, vi algo por el rabillo del ojo. A unos tres metros a la derecha de nuestro helicóptero había una granada de mortero clavada en la hierba. Toqué a Gary. Siguió la línea que le marcaba mi dedo y gesticuló. Sus ojos se abrieron con sorpresa. "¡Maldita sea!"

"Vaya suerte", dijo Farris. "La neblina termina a quinientos o seiscientos pies. Asegúrense de que despegan hacia el oeste cuando partan. Recuerden, hay montañas a ambos lados de ustedes."

"Roger", respondió Gary. "Amarillo Uno, hay una granada de mortero en el suelo, junto a nosotros."

"¿Qué?"

"Hay una granada de mortero del ataque de anoche en el suelo, justo a nuestro lado."

"Roger. Llamen a los survietnamitas. Deben de tener un equipo de artificieros por aquí cerca."

Encendí un cigarrillo y miré fijamente el proyectil. Estaba casi justo en el lugar donde yo me había tumbado anoche.

Gary llamó al oficial de enlace, un estadounidense que había estado con las fuerzas survietnamitas. "Roger, nos ocuparemos de eso. No se preocupe. Y no traten de moverlo."

Nos pusimos a reír. "Menos mal que nos lo ha dicho", exclamé. "Estaba a punto de ir a desmontarlo."

★ ★ ★

MAYO 1966

"¿Dónde te envían, Mason?" El capitán Owens salió y se puso la gorra.

"A un lugar llamado Phan Rang, a la 49.ª Compañía de Aviación."

Owens movió la cabeza: "Nunca había oído hablar de ella."

"Yo tampoco, pero no son la Caballería."

Gary y Swain subieron a su helicóptero, 881, el Huey más antiguo de la compañía.

"Ja. No son la Caballería, qué bien", dijo Owens. "Nadie es la Caballería."

El helicóptero de Gary estaba en marcha, así que tenía que irme. "Bueno, mucha suerte en tu nueva compañía", dijo Owens.

"Gracias."

Phan Rang está cerca de la costa, aproximadamente a 160 millas al sur de Qui Nohn y a 160 millas al noreste de Saigón, pero no fue allí adonde fui primero. Primero me dirigí al campo del 12.º Batallón de Aviación, cerca de Nha Trang. Luego esperé en un pueblo que estaba a nivel del mar. El Huey aterrizó en la arena, donde me quedé esperando. El jefe de la tripulación corrió hacia mí trayendo una saca de correo para el estado mayor del batallón. Lancé mis cosas a bordo y me puse el casco de vuelo.

"¿Tú eres Mason?", dijo el piloto. Asentí.

"Bien. Nos iremos en cuanto él llegue." Señaló al jefe de la tripulación.

ABAJO: *Un niño survietnamita llora la muerte de su madre, sospechosa de ser del Vietcong y segada por las balas de la minigun de un cañonero UH-1B Huey.*

TIM PAGE

Subí al Huey y encendí un cigarrillo. Me sentía bien al encontrarme de vuelta en un helicóptero, después de haber estado dando vueltas en transportes de las Fuerzas Aéreas.

El jefe de la tripulación volvió y el piloto despegó a través de una tormenta de arena. Mientras avanzábamos, el viento refrescaba mi piel.

Cuando vi los edificios de cemento de la base aérea de Phan Rang tuve un momento de felicidad. Finalmente iba a poder vivir como un ser humano. Pero el Huey voló hacia los barracones y aterrizó sobre un campo de hierba, a una milla de la pista. Vi una familiar colección de sucias tiendas, lo que me hizo saber rápidamente que estaba ya en mi nuevo hogar.

El sol era rojo en el oeste, y en tierra era de un color apagado. Cruzamos el campo y dejamos nuestros chalecos antibala en la tienda. Los dos pilotos, llamados Deacon y Red, me escoltaron hasta el club.

"¡Bien, bien!", dijo el comandante con entusiasmo, "nuestro segundo piloto de Caballería en dos días." Alto, de cabellos oscuros y de fino rostro, se acercó y me estrechó la mano. "Bienvenido a los Prospectors. Soy el comandante en jefe y como pronto averiguará, cuando no estoy cerca de los muchachos, me llaman Ringknocker." Los muchachos, unos quince, se sentaron alrededor de algunas mesas, en el bar forrado de bambú, que era el club de la compañía, y rieron.

"Encantado de conocerle", dije.

"Me alegra que diga eso", respondió. "Muy bien. Muestra que no tiene usted miedo." Se acercó a los muchachos. "Muy bien", dijo. Todos asintieron. Yo no tenía miedo, pero sí cierta suspicacia. ¿Qué quería de mí este hombre?

"Lo primero es lo primero", dijo Ringknocker. "Oye, Red, llévate a Mason a tu tienda. Ocupará la plaza libre." Me dirigí a la puerta con Red. "Cuando hayas dejado tus cosas, vuelve. La comida estará servida en media hora, así que podremos conversar."

"Sí, señor."

Sonrió.

"A nadie le gustaba aquel tipo. Por eso, una noche se despertó con un cuchillo clavado en el pecho... Todavía no sabemos quién le acuchilló."

El suelo de la tienda estaba cubierto por un polvo rojizo, pero había una pequeña plataforma de madera cerca de mi cama. Me senté en la cama, que ya estaba echa, y miré a mi alrededor. Red me sonreía desde su cama. Pensé: Dios, ni siquiera tienen suelo. "¿Por qué le llaman Ringknocker?", pregunté a Red.

"Es de West Point y lleva el anillo de su curso."

"Ah." Nunca antes había conocido a uno de West Point. Ahora entendía su agresiva pero cordial forma de tratarme. "Parece un buen tipo", dije.

"Sí, lo es. Mucho mejor que nuestro último comandante. A nadie le gustaba aquel tipo. Por eso, una noche se despertó con un cuchillo clavado en el pecho." Red dijo eso como si pensara que esa era la manera usual en la que los comandantes incompetentes debían ser tratados.

"¿Estás de guasa?"

"No. Era negro y un cretino. Todavía no sabemos quién le acuchilló."

"¿Murió?"

"No. Le llevamos a Cam Ranh justo a tiempo", dijo R
"Sin embargo, todo salió bien. Su sustituto era Ringknocke
él es un jefe natural, ¿entiendes lo que te quiero decir?"

Aunque yo nunca había conocido a ninguno, pensé que tendía qué quería decir.

El club en el que acababa de estar ocupaba la mitad de edificio de techo de lata. La otra parte era la sala de reunion La cena fue servida por camareras vietnamitas. Estábamos s tados en mesas de cuatro plazas, con manteles, servilletas li pias y cubertería de bronce. Durante la comida, Red me d que todo estaba pagado, exceptuando las consumiciones en club y las tarjetas de comida. "Pero no te acostumbres; de tod modos nunca estamos aquí."

"Miraba la hebilla de mi cinturón. La cinta verde que la cubría estaba gastada, casi negra: era la señal del veterano."

El campamento era como un sucio pueblo fantasma. Más a de las hileras de diez tiendas, el camino que llevaba al club taba completamente desierto.

Una mujer vietnamita, vestida con pijama negro, se encor al entrar en mi tienda. Agitaba la cabeza mientras caminal Se dirigió hasta el otro extremo y empezó a limpiar el su suelo con una escoba de bambú y luego a hacer las camas. Hal cuatro en la tienda. Cuando llegó a la mía, se detuvo. Sus die tes estaban negros del betel de las nueces, y esperaba que me incorporara. Me levanté de un salto.

Rehízo la cama y acomodó mi equipaje. Dobló el chale colocó la pistola en su cartuchera, y así todo. Se quedó de y compartió conmigo su artístico arreglo y movió la cabe como diciendo que ya podía poner mi trasero otra vez sobre manta.

"Gracias", le dije.

Me obsequió con una negra sonrisa y salió.

Así que, a pesar de que el Ejército había ocupado el pe lado del campo y las peores instalaciones, Ringknocker hab ido un poco más allá, permitiendo algunos lujos para dar poco de brillantez a la situación. Pero todavía no había vis nada.

Cuatro días más tarde, una semana después de haber deja la Caballería, me reuní con mi nueva unidad en el campamen de Nhon Co.

Los helicópteros de los Prospectors estaban estacionados una angosta franja abierta en la selva por los franceses. El ca po estaba arriba, en una colina, cerca de la pista. Llevé mi equ paje y encontré a Deacon, quien me acompañó hasta una de l dieciséis tiendas metidas en la arena, húmedas dunas en la cir de la colina. Mis compañeros de tienda eran dos oficiales a milados, Monk y Stoopy Stoddard.

"Hey, un nuevo compañero", dijo Monk. Me miró mientr ojeaba unas revistas que sacaba de una caja de zapatos. Ter una cara cuadrada y un cuerpo compacto. "Pero", dijo, ilun nado por el reflejo de la luz que tenía detrás de mí, "tú no er nuevo en Nam." Miraba la hebilla de mi cinturón. La cinta ve de que lo cubría estaba desgastada, casi negra: era la señal d veterano.

CAPÍTULO 3 EL BLUES DEL "CORTO"

"Así es. Soy un transferido de la Caballería."

"¿De verdad?", dijo Stoddard. "¿De la Caballería? Eso sí que es un equipo." Asentí con la cabeza y dije: "¿Puedo dejar mi equipaje aquí?"

"Por supuesto", dijo Stoddard. Tiré mi bolsa contra la pared de tela y me senté sobre ella. Monk siguió hojeando sus revistas. Copias manoseadas de *Barras y Estrellas*, *Newsweek*, *Time* y otras publicaciones se amontonaban en medio de la suciedad alrededor de su cama. Cortaba cada una con las tijeras suizas del Ejército y las extendía en fichas para encontrarles el lugar adecuado.

"¿Eres escritor?", le pregunté.

"No, aún no", dijo Monk. "Sólo estoy recopilando material. Algún día", comentó, evitando aparentemente tocar el tema.

"Bueno, bueno, bueno. Mira quién está aquí", dijo una voz desde la entrada de la tienda.

"¡Wolfe!", exclamé.

"¡Vaya, Mason, qué memoria!" Ambos nos echamos a reír. Wolfe era un antiguo condiscípulo.

"No sabía que estabas con los Prospectors", le dije.

"Yo he sido uno de los tontos que ha levantado este campamento. Estaba fuera cuando llegaste."

"Bueno, elegiste un bonito lugar."

"Gracias."

Monk parecía irritado por la intrusión de Wolfe. Sacó una banda de goma de su muñeca y la puso en la caja de zapatos. Luego se levantó y pasó al lado de Wolfe sin decir una palabra. Wolfe le ignoró. Aparentemente no se llevaban bien.

Wolfe y yo hablamos durante un rato. Había llegado hacía un mes. Estaba impresionado de que tan sólo me faltaran dos meses para que me licenciaran. Le dije que antes había estado en la Caballería y que recientemente había conversado con algunos compañeros comunes acerca de Kontum. Compartimos los rumores sobre las vicisitudes del resto del curso y estuvimos de acuerdo en que probablemente la mayor parte de ellos estaba en algún lugar de Nam. Alguien nos llamó para decirnos que era la hora de comer y Stoopy, a quien él había ignorado por completo, salió fuera. Cuando salimos nosotros, vimos a Monk caminando en equilibrio en una pequeña duna de arena.

"Parece muy hábil", dije mientras caminábamos.

"Este tío es un cretino", dejó ir Wolfe con ironía.

> "Al final de otro día de plena actividad, volamos directamente de regreso a Phan Rang. Otros helicópteros trajeron las tiendas y los equipos."

A la mañana siguiente yo estaba de vuelta en el asiento de un Huey. El jefe del aparato era el jefe de la sección, Deacon. Efectuamos tres misiones locales, salidas de un solo helicóptero. Deacon me dejó hacer todo el vuelo. Esa mañana, en cuatro horas, aterricé en un claro tan pequeño que tuve que bajar en estacionario, y también me posé en un estrecho pináculo, llevé dos cargas que eran tan pesadas que tuve que despegar tomando carrera, y finalmente me reuní con otros tres helicópteros en una formación de vuelta al punto de partida. Me habían examinado a fondo.

"Muy buen vuelo", dijo Deacon desde el asiento izquierdo, mientras yo aterrizaba detrás de otro Huey.

"Gracias", contesté. Viniendo de él, era una verdadera felicitación.

"Si vuelas igual de bien mañana, te propondré para jefe de aparato."

El día siguiente era también el último de los Prospectors en Nhon Co. Así que al final de otro día de plena actividad, volamos directamente de regreso a Phan Rang. Otros helicópteros trajeron las tiendas y los equipos. Volé bien, y tal como había prometido, Deacon certificó que yo era un jefe de helicóptero cualificado. Camino de la zona de la compañía, Deacon me dijo que Ringknocker estaba preparando una gran fiesta.

"Rara vez tenemos un descanso como éste; estaremos aquí cuatro días. A Ringknocker le agrada ver cómo sus hombres lo pasan bien. Yo enrollaría la cama si fuera tú", dijo Eacon.

"¿Enrollar la cama?"

"Sí, enrolla el colchón y átalo."

"¿Por qué?"

"Ya lo verás."

> "Se detuvo y alguien abrió la puerta trasera. Dentro había, por lo menos, una docena de sonrientes muchachas vietnamitas."

Eran las nueve de la noche y la fiesta estaba en su apogeo.

"¡Ya vienen!", gritó Sky King. Todos dejaron de hablar. Podía oír una sirena ululando en la distancia.

"¿Has enrollado tu cama?", me dijo Deacon.

"Sí..."

"Chico listo", dijo.

"¿Quién llega?", pregunté.

"Las chicas, por supuesto."

La sirena se hizo más estridente, luego paró. Alguien dijo: "A por ellas". Con la luz que brillaba a través de las ventanas pude ver la parte trasera de una ambulancia del Ejército dirigiéndose hacia la puerta abierta. Se detuvo y alguien abrió la puerta trasera. Dentro había, por lo menos, una docena de sonrientes muchachas vietnamitas. Todos los Porspectors estaban de pie, aplaudiendo, silbando, mientras las jóvenes eran ayudadas a salir de la ambulancia.

Es difícil explicar lo que pasó después, excepto que una vez que las mujeres entraron al club empezaron a desaparecer. Los hombres salían corriendo con ellas por la puerta, hacia la noche. Todo sucedió en cuestión de minutos. Me fui al bar, con la boca abierta. ¿Había visto una ambulancia, y de ella había bajado un tropel de prostitutas, y ya habían desaparecido?

"Todo esto me parece un poco irregular", manifesté.

"Oye, es nuestra ambulancia", dijo el médico.

"Si esto hubiera sucedido en la Caballería, acabaríamos ante un consejo de guerra", dije mientras movía la cabeza, asombrado.

"Funciona muy bien", dijo el médico. "Los guardias de seguridad nunca paran a una ambulancia. Es el mejor asunto que hemos hecho."

"¿Os habéis agenciado una ambulancia?"

"Sí, Ringknocker consiguió una ambulancia y un jeep a cambio de un Huey."

"¿Por un Huey?", moví la cabeza.

"Sí, un Huey. Era uno de los nuestros que quedó convertido en chatarra. Lo dieron de baja y su número fue borrado de los registros. Era un montón de chatarra cuando Ringknocker hizo el negocio. Parte del trato era que nuestros muchachos del mantenimiento unieran las piezas otra vez. Parece una mierda, pero vuela."

"Es increíble."

"Lo sé. Ringknocker tiene una mente creativa."

Dejé la fiesta a la una de la madrugada. Las chicas habían salido por las puertas en la ambulancia, pero los Prospectors siguieron con la juerga.

Al atardecer del cuarto día de descanso, Deacon me dijo que llevase un helicóptero a nuestro cuartel general y recogiese a dos nuevos pilotos.

Volé con Sky King, quien se pasó todo el vuelo de media hora bromeando. Era un hombre alegre y agradable. Su sencillez para dejar de lado las formalidades del Ejército me hicieron olvidar que era el capitán.

Aterrizamos en un campo arenoso en el cuartel general, bajamos y nos dirigimos hacia la tienda con el correo. A unos cien metros reconocí a uno de los dos hombres que cargaban las bolsas de vuelo sobre sus hombros.

"Ésos deben de ser los dos pilotos", dijo Sky King.

Asentí, mirando a la distante frágil figura que se ocultaba tras el peso de una gigantesca bolsa de viaje. Conocía esa manera de andar.

"¡Mierda!", dije con una amplia sonrisa. "¿Hasta dónde tendré que ir para alejarme de ti?" Los dos hombres estaban a unos cinco o seis metros de distancia.

"¡Maldita sea! Me dijeron que no había ninguna posibilidad de que tú estuvieses en esta unidad", replicó Resler. Le ayudé a cargar la bolsa en el helicóptero.

★ ★ ★

CAPÍTULO 3 EL BLUES DEL "CORTO

JUNIO 1966

Me parecía irónico que los Prospectors, situados a doscient millas al sur de la Caballería, fueran asignados a Dak To, último campo de caza de la Caballería. Un mes después de traslado, me encontraba nuevamente en busca de vietcong una zona en la que la Caballería no había tenido éxito. Es vez, volaba con una unidad diferente en apoyo de la famo 101.ª Aerotransportada en la Operación Hawthorne. Los vi cong habían evitado combatir contra la Caballería, pero ap rentemente pensaban que probarían fortuna contra la 101.ª

"Estoy diciendo que si te tienen que herir, ésta es la herida que tienen que hacerte. Una herida en hueso te sacarc de este jodido país."

Nuestro campo estaba situado al oeste del poblado de Dak T en una planicie cubierta de hierba al sur de algunas bajas e tribaciones. Nuestras tiendas se levantaban en tres líneas recta paralelas a la sucia pista roja. A una milla de nuestro camp la 101.ª vivaqueaba, manteniendo su seguridad y la de los Pro pectors.

Pasamos el día rellenando sacos de arena para construir alt muros alrededor de nuestras tiendas. En la mañana del segun día, se anunció que volaríamos en una misión secundaria pa el ARVN antes de prestar el apoyo directo a la 101.ª

ABAJO: *A bordo de un helicóptero de evacuación, el sanitario, en lucha con el tiempo, intenta salvar la vida de un soldado herido en la cabeza.*

POPPERFOTO

ARRIBA: *En el curso de la dura batalla en la zona de Chin Pong entre unidades de la Caballería Aérea y soldados norvietnamitas, los heridos hubieron de esperar diez horas antes que una pausa en los combates permitiese a los helicópteros llegar a la zona.*

"Lo mejor que te podría suceder es tener una pequeña herida en hueso", dijo Wolfe. Estaba de pie a la entrada de la tienda que yo compartía con Resler y Stoddard.

"¿Una herida en hueso? Me sentiría mal sólo de pensarlo", le dije.

"Estoy diciendo que si te tienen que herir, ésa es la herida que tienen que hacerte. Una herida en hueso te sacará de este jodido país."

Deacon caminó por entre las hileras de las tiendas. "Vámonos", gritó.

"¿Y qué me dices de no ser herido?", le dije. "Posiblemente acaben con todo esto en cualquier momento." Fui en busca de mi casco. Mi pistola estaba atada ya sobre mi chaleco. Estaba listo.

"Vaya porquería...", dijo Wolfe.

Recogimos ocho Rangers del ARVN que vestían uniformes de camuflaje hechos a medida. Miraban con nerviosismo, fumaban y subieron a bordo con desconfianza. No alteraron mi opinión sobre nuestros aliados.

Los doce helicópteros de la misión tenían que llevar a los soldados survietnamitas a unas millas más allá del valle de Dak To. Allí cruzaríamos a lo largo de la cresta oriental y aterrizaríamos de dos en dos en una cresta de ocho pies de ancho, junto a una pequeña fortaleza de cemento. Mientras la formación se acercaba para situarse en el espacio necesario, escuchamos por la radio que el Vietcong también andaba por ahí. Desde una distancia de un par de millas podía ver una cadena de Phantom bombardenado la montaña directamente a través del pequeño valle desde la fortaleza. Sky King y yo formábamos parte de la segunda pareja en aterrizar. En cuanto tocaron tierra los dos primeros, comunicaron impactos. Desde algunos emplazamientos de ametralladoras del Vietcong en la colina opuesta, las trazadoras se dirigían a los Phantom. Los cazas maniobraban, soltando furiosas ráfagas de sus cañones durante las pasadas.

Yo tenía los controles en el lado derecho del helicóptero. El otro helicóptero que formaba pareja con nosotros hizo la toma en un punto justo frente a la fortaleza, dejándonos la cresta más cercana a las armas de los vietcong. Me dispuse a realizar la aproximación. Los dos aparatos situados a nuestro frente despegaron, después de que transcurriera lo que parecía ser un terrible largo tiempo en tierra. Con unos cien metros por recorrer, el artillero de nuestra puerta disparó unas ráfagas. Al mismo tiempo, un Phantom empezó a echar humo negro mientras atacaba. Trepó sesgado, en una ascensión casi vertical, y vimos

cómo un hombre salía proyectado. Cuando aterrizamos, vi los restos a lo largo de la cresta frente a nosotros. El lugar estaba sólo un poco más arriba de nuestra posición. El artillero de la puerta derecha disparó y yo esperaba que los survietnamitas salieran de una puñetera vez. Al cabo de un buen rato, al no informar el jefe de la tripulación que ya habían salido, miré hacia atrás y lo vi intentando forzar a un soldado survietnamita a que bajase del helicóptero. El otro survietnamita se mantenía agachado, ocultándose del fuego, esperando mi partida. Moví la cabeza y empecé a gritar: "¡Bajad, bajad de una vez!", mientras señalaba hacia la puerta. Se sentaron allí. Oí cómo un proyectil atravesaba el helicóptero. El viejo y familiar sonido. El jefe de la tripulación empuñó su pistola y apuntó a los soldados, agitándose hacia la puerta y con la rabia brillando en sus ojos. Cuando se dieron cuenta de que yo no iba a ningún lado y que el jefe podía matarlos, empezaron a descender.

Nuestro helicóptero acompañante despegó. "¡Están fuera!", gritó el jefe. Eché una mirada a través de la puerta y vi a los survietnamitas esconderse en el lado inferior de la cresta. Despegué. Mientras cruzábamos frente a la fortaleza, vimos a los defensores echados por tierra. Ningún arma estaba en posición.

"Wolfe bajó del helicóptero, ayudado por el jefe de la tripulación. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y la sangre chorreaba por los pantalones."

A media milla de distancia, ya todo había terminado para nosotros. Ya habíamos cumplido: una carga a la cresta. Recorrimos las cinco millas de distancia de regreso al campo a toda velocidad. Apenas tomamos tierra, nos dirigimos hacia la tienda de operaciones para esperar el regreso de los demás.

"Wolfe ha sido tocado", dijo el comandante Richard Ramon, el oficial de operaciones, mientras entrábamos. "Amigo suyo, ¿no?" Me miró.

"Sí, señor, un condiscípulo."

"Bueno, tiene un brazo destrozado. Estará aquí en un minuto." Movió la cabeza. "Menuda forma de empezar el día."

Yo seguía viendo los traseros de los survietnamitas pegados a la cubierta de mi helicóptero.

"Allá afuera hay unos valientes muchachos que están tratando de tomar la posición", dijo Ramon. "Y tenemos un helicóptero y un artillero buscando al piloto de la Fuerza Aérea."

"¿Uno?", pregunté.

"Sí, su amigo Resler lo recogió, pero el otro no pudo salir. Pobre diablo."

Otros dos Huey pasaron velozmente, en vuelo a baja cota, hacia la pista. Cuando aterrizaron, Wolfe bajó del helicóptero, ayudado por el jefe de la tripulación. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y la sangre chorreaba por los pantalones. El doctor Da Vinci los encontró a medio camino y los llevó a la tienda. Wolfe estaba pálido, como si toda su sangre se hubiera escapado a través del brazo. Me sonrió mientras el médico utilizaba las tijeras para cortar la camisa.

"¡Los jodidos me han echado a perder los cigarrillos!", exclamó Wolfe. Con su brazo hacia abajo, podíamos ver que su chaleco protector había estallado, mostrando el forro cerámico debajo de la tela verde. El proyectil había pasado por su antebrazo derecho y había reventado en el protector.

"¿Ves eso? ¡Los jodidos me dejaron sin cigarrillos!"

Asentí y le alcancé un pitillo.

"¿Puedes mover los dedos?", preguntó el doctor.

"Claro", respondió Wolfe, soltando el humo.

"Bueno, muévelos."

"Lo estoy haciendo." La mano seguía inmóvil.

El médico miró a Wolfe. "Creo que esta vez te irás pa casa."

"¡Te lo dije, Mason! Una herida de hueso es lo mejor."

Intentó sonreír. "Tienes razón."

El médico envolvió el brazo de Wolfe con varios vendaj mientras Sky King y yo volvíamos a la línea de vuelo para p parar el helicóptero. Íbamos a llevarle a Pleiku.

Durante el vuelo, Wolfe fumaba sin parar los cigarrillos q le pasaba el jefe de la tripulación. Cuando le dejé en el hospi de Pleiku, había recuperado el color y sonreía como un homb al que le acababa de tocar la lotería. Había aterrizado justo t de mí en el mismo punto de la cresta. Siempre deseé que h biera sido al revés.

Observé la parte superior de mi mosquitera desde el interi Resler tenía una luz encendida y escribía cartas. Echado de paldas, me di cuenta de que tenía que encontrar otro lugar dc de guardar mi afeitadora eléctrica y otros efectos personales q guardaba encima de la red protectora de mosquitos. Ya pesa demasiado.

Stoopy estaba casi enterrado bajo sus mantas, dormido. U de las cosas agradables en las montañas era el fresco de la r che. Gary apagó su linterna y durante un rato le oí acomodar en la cama y con las mantas, mientras se protegía con la r para los mosquitos. Luego se hizo el silencio. Desde muy le se podían escuchar los ocasionales fragores de la batalla. 101.ª tenía más trabajo cada día.

"La afeitadora eléctrica que estaba sobre mí empezó a centellear. Mi garganta se contrajo de miedo. ¿Una trampa-bomba? Los destellos crecían e blanco resplandor."

No podía dormir. Miraba hacia la oscuridad y pensaba en cói se sentiría uno al estar lejos de los combates de asalto. Gar yo habíamos solicitado un permiso de dos semanas. Si todo cedía como estaba planeado, ambos estaríamos viviendo nu tros últimos treinta días al volver. Un estampido de artille resonó en la distancia. Me sentía tenso.

La afeitadora eléctrica que estaba sobre mí empezó a cen llear. Mi garganta se contrajo de miedo. ¿Una trampa-bomb Los destellos crecían en un blanco resplandor. Desde la inte sidad de una verbena del Cuatro de Julio, de improviso nos mimos en una cegadora llamarada. Empujé la cama hacia suelo y me puse de pie. Sombras ondulantes se balanceaban bido a los intensos estampidos. El interior de la tienda esta más iluminado que si fuese de día. "¡Gary, fuego!", grité, mie tras retrocedía. Las llamaradas se tornaron verdes a través la tela de la tienda. Cuando Gary dijo "¿Qué pasa?", la luz apagó. Me encontraba en medio de la fría noche, en ropa terior, sudando y tiritando. Gary estaba a mi lado.

"¿Qué sucede?" Su voz era tranquila.

CAPÍTULO 3 EL BLUES DEL "CORTO"

"¿No has visto un fuego?"

"¿Qué fuego?"

"En la tienda. Mi afeitadora estalló. ¿No lo viste?"

"Yo no vi nada."

"Ven, te lo mostraré." Caminé con cuidado hacia la tienda. Stoddard dormía todavía. Utilicé la linterna de Gary y alumbré hacia la mosquitera. Mi afeitadora brillaba en la luz, intacta. La cogí con cautela. Estaba fría.

"¿Cómo es posible? Estaba quemándose, brillaba como si fuera una bengala de magnesio. ¡Lo vi!"

"Bob, aquí no se ha quemado nada."

"Mira, aún debo de tener cegados los ojos."

"Nadie puede ver si otro ha quedado cegado..."

"Ellos son la prueba. Esta afeitadora se quemó." Dejé de hablar en cuanto entendí las palabras que estaba pronunciando. Nunca había visto nada tan claro en toda mi vida, pero ahora estaba aquí, en la tienda, con Gary, sujetando la afeitadora. La máquina de afeitar no se había quemado, ni había estallado, por lo menos no de una forma que nadie más pudiera ver.

Fui en busca de Da Vinci, que dormía en la tienda de al lado. Le dije exactamente lo que había visto, en detalle. Movió la cabeza mientras yo le explicaba lo que había pasado.

"Toma", me alcanzó una pastillita.

"¿Qué es esto?"

"Te ayudará a conciliar el sueño. Te daré otra mañana. Intenta relajarte."

"Estoy relajado... o lo estaba."

"Inténtalo de nuevo."

"Las bengalas iluminaban de blanco la batalla. El EVN se acercaba cada vez más. El arma había sido abatida para tiro en elevación cero."

La siguiente noche observamos el cielo, sobre el extremo norte del valle. Estaba lleno de lenguas de fuego de las trazadoras. El EVN estaba a punto de arrollar las posiciones de la artillería. Cuatro helicópteros de la sección artillada de Daring se encontraban en medio del fuego, volando de un lado al otro, frente a las piezas de artillería que estaban siendo atacadas. De los cuatro cañones del emplazamiento, uno estaba separado de los otros y el EVN se concentraba en él. Puff, el DC-3, con las Gattlings, disparaba lenguas de fuego desde el negro cielo. Las bengalas iluminaban de blanco la batalla. El EVN se acercaba cada vez más. El arma había sido abatida para tiro en elevación cero. Uno de los pilotos de los cañoneros nos dijo que cuando el EVN llegó a la posición del cañón, los hombres estaban tan mezclados que tuvieron que dejar de disparar. El cañón fue capturado. Estuvimos en alerta durante toda la noche. Hacia las tres de la madrugada, comoquiera que todavía no nos habían llamado para realizar un asalto nocturno, me metí en la cama. Otra pastilla mágica, y a dormir.

Al amanecer de la siguiente mañana, la pieza había vuelto a manos de la 101.ª con la ayuda de nuestros cañoneros.

El capitán John Niven vino temprano y dijo que él y yo saldríamos fuera para intentar llevar municiones a una compañía atrapada. Niven dijo de forma amigable que yo era mejor piloto que él. Como comandante del aparato, eligió ocuparse de la radio y me dejó la tarea de pilotar. Nuestra primera parada era en el cuartel general de la compañía atrapada, en el campo de la 101.ª Aterrizamos allí para tomar las coordenadas exactas y esperar el momento oportuno. Nos detuvimos cerca de un pequeño polígono de tiro, dentro de un perímetro alambrado, y aguardamos.

Al mediodía seguíamos esperando. Podíamos escuchar al jefe de la compañía, Delta Seis, hablando por la radio en una tienda cercana. Sólo le quedan ocho soldados; otros treinta y ocho estaban muertos o heridos. Se le oía muy mal, mientras comunicaba a su cuartel general los nombres de los hombres que sabía habían muerto, y continuaba: "Todavía está esto muy caliente para el helicóptero; tendremos que esperar."

Mientras escuchaba y aguardaba, busqué en la tienda y encontré una caja de municiones de calibre 0.45. Me llevé los 500 proyectiles al polígono de tiro y me dediqué a matar el tiempo disparando centenares de tiros a latas de cerveza.

Niven salió de la tienda cuando yo destrozaba otra lata de cerveza. "Vamos a intentarlo", dijo. Guardé la 0.45 en la sobaquera y subí al helicóptero.

"Voy a efectuar yo el despegue", dijo Niven. "Así haré un poco de práctica."

"Seguro, sírvase usted mismo."

Dos soldados treparon con nosotros, después de cargar el helicóptero con cajas llenas de municiones.

"El sol brillaba a través del plexiglás. El sudor inundaba su rostro y parecía tan asustado como yo."

Niven despegó, revisó la potencia en estacionario y se aseguró de que podíamos hacerlo. Inclinó el morro demasiado, y se elevó en medio de la alambrada. Desgraciadamente, el helicóptero estaba muy cargado para el ángulo que Niven había tomado para el despegue, así que no se elevó lo suficiente. Sentimos que remolcábamos algo, mientras cruzábamos el campo de minas. Miré hacia fuera y vi que un trozo de alambrada había quedado atrapado en un patín y arrastraba a otro trozo más grande.

"¡Hemos cogido un trozo de alambre!", le grité. Se dio cuenta de lo que estaba pasando y descendió. Lo que hizo a continuación me tomó por sorpresa. En lugar de quedarse en estacionario sobre el campo de minas, hizo descender el helicóptero. Yo me revolví en mi asiento, protegiéndome de la inminente explosión.

Niven había olvidado el perímetro minado. Se acordó tan pronto estuvimos abajo. Le miré mientras el helicóptero se balanceaba. El sol brillaba a través del plexiglás. El sudor inundaba su rostro y parecía tan asustado como yo. Por fortuna, no hubo ninguna explosión.

Los soldados nos dijeron que nos quedásemos quietos. Los hombres que conocían el despliegue de las minas se acercaron con sus tenazas y nos liberaron.

Niven estaba tan conmocionado que me dejó pilotar.

Cuando nos acercábamos a la compañía atrapada, vimos a nuestros cañoneros batiendo la montaña, pero sus esfuerzos se veían frustrados por el profundo y denso follaje. En realidad, la propia compañía se encontraba dominada desde un frente de setenta y cinco pies de árboles.

"Muy caliente, Prospector. Espera a que oscurezca", dijo Delta Seis.

"Roger", replicó Niven.

Volvimos frustrados. La tensión estaba aumentando. Yo había buscado un punto y no pude ver ninguno para hacer una aproximación segura. La compañía estaba atrapada en un pequeño montículo, cubierto por árboles y rodeado de terrenos elevados. Si el EVN seguía allí cuando volviéramos, no podríamos hacer nada.

Aterricé en el cuartel general de la compañía. Faltaban dos horas para el anochecer. Comimos y aguardamos.

No había luna cuando despegamos, y el cielo estaba muy oscuro. Tras un vuelo de diez minutos sobre el valle, desconecté las luces de posición e inicié el descenso. Mientras bajábamos, las cumbres de las montañas, más oscuras que la noche, nos pasaban rozando. Utilizaba los contornos del valle y las colinas que ya conocía tras dos semanas de vuelos.

ARRIBA: *Nubes de polvo se elevan cuando un Huey de la Caballería Aérea se posa cerca de Tay Ninh.*

Así que me desplacé suavemente en dirección al montículo. Sabía que las copas de los árboles eran más claras que la colina de atrás. Delta Seis envió un mensaje que me sonó como si estuviéramos en nuestro curso. Había tomado la sombra correcta.

"Estás cerca", dijo Delta Seis. "Sigue avanzando, despacio."

Cuando el helicóptero detuvo su vuelo y pasó a estacionario, la carga se hizo evidente. Las tenues luces de los instrumentos mostraron que estaba empleando la máxima potencia de estacionario. Nos impulsamos hacia adelante, seis pies por encima de los árboles, siguiendo las señales de Delta Seis.

Delta Seis comunicó: "Hemos oído unos disparos." Observé fogonazos de la montaña que teníamos frente a nosotros.

CAPÍTULO 3 EL BLUES DEL "CORTO"

"Creo que todo va bien. Esperad a que pueda oíros justo sobre nosotros, pero no puedo veros. Tenemos heridos por todas partes, y no los quiero ver peor todavía si se les caen encima las cajas con las municiones."

Me quedé en estacionario, sin mirar a ningún lado en particular, distinguiendo sólo los diferentes tonos del negro. Sonó la sirena de alerta que señalaba bajas r.p.m. Miré al dial y vi cómo la aguja subía con rapidez. El helicóptero se iba hacia los árboles. Si no arrojábamos esa munición, estábamos perdidos.

"Tenemos que lanzar la munición", dijo Niven.

"¡No! Estáis justo encima de los heridos." El mensaje de Delta Seis se confundió con el estampido del fuego de fusilería.

¿Íbamos o no íbamos a arrojar esa jodida munición? Me moví un poco, hacia la derecha. El jefe de la tripulación y los soldados tenían las cajas colocadas al borde de la cabina trasera, pero la posición era errónea. Rozamos la copa de un árbol. Lo que temíamos. Si no lo hacíamos ahora, nos uniríamos a los hombres de allí abajo en pedazos.

El estremecido Huey resistió mientras yo intentaba trasladarme hacia adelante. La sirena de alerta resonó. Estábamos a punto de caer; movernos constituía un esfuerzo considerable. Escuché un fuerte ruido cuando el rotor dio contra la copa de un árbol. No podía subir; en todo caso, sólo bajar para conseguir que el rotor volviera a su velocidad normal. Giré a la derecha, obteniendo un poco más de potencia, y posé los patines sobre las copas arbóreas. Unos pocos metros más, el lado del montículo era un negro barranco.

"¿Y ahora, qué?", preguntó Niven.

"Voy a bajar hasta el fondo del barranco, dar un círculo e intentarlo de nuevo."

"Llevamos demasiada carga."

"Sí, pero creo que ahora sé dónde necesitan que descarguemos las municiones."

Niven llamó a Delta Seis. "Gracias", dijo la voz agradecida.

Cuando me desplacé suavemente hacia el montículo, los fogonazos empezaron. Después, las lenguas de unas trazadoras iluminaron nuestro lado izquierdo. Evidentemente era difícil que nos vieran, porque de lo contrario ya habríamos sido tocados. De la conversación mantenida durante el primer intento, intuí dónde se encontraba Delta Seis y dónde quería que arrojásemos las municiones.

"¡Eso es!", gritaron por la radio. "Aquí mismo."

> "Diez minutos más tarde estábamos de regreso en el cuartel general... Delta Seis y sus hombres habían disparado sus últimos cartuchos para proporcionarnos cobertura."

Detuve el helicóptero. Mientras se movía hacia los árboles, Delta Seis nos dijo: "Bien, arrójalo."

Las cajas se arrojaron del helicóptero con estrépito. Cayeron setenta y cinco pies abajo, a través de las ramas y las hojas. El helicóptero recuperó potencia.

"¡Buen trabajo!", exclamó Delta Seis. "Nadie ha resultado herido. Buen trabajo. Muchas gracias, Prospector."

ABAJO: *Cuando el trabajo requería un aparato más grande, con mayor capacidad, el Ejército utilizaba el CH-47 Chinook. Este helicóptero de transporte logístico podía izar una carga de 7 258 kg.*

En nuestra salida topé con otro árbol, reboté cerca del barranco y aceleré. Diez minutos más tarde estábamos de regreso en el cuartel general, donde fuimos felicitados por haber salvado tantas vidas. Delta Seis y sus hombres habían disparado sus últimos cartuchos para proporcionarnos cobertura.

A la mañana siguiente, Delta Seis había logrado rechazar al EVN y un Chinook suspendido sobre el punto recogió a los heridos. Otro Chinook rescató a los últimos supervivientes, junto con los muertos.

La 101.ª estaba llevando a cabo la acción que había programado. Desafortunadamente, el territorio seguía en poder del enemigo. En algunas zonas de aterrizaje que los soldados habían abierto en las estribaciones, los tocones estaban tan próximos entre sí que era difícil encajar los patines entre ellos. Nuestras tropas que patrullaban por la maleza acababan extraviándose. Los jefes informaban constantemente acerca de hombres desaparecidos en acción, que en realidad se habían perdido: no se podía ver a un hombre más allá de tres metros. Mientras combatían en la selva, el EVN los hostigaba, los atacaba y algunas veces caía sobre ellos. Cuando las secciones y las compañías se encontraban bajo un fuerte ataque, las unidades de rescate enviadas para ayudarlos se perdían y se veían rodeadas por el enemigo. Durante días, la 101.ª había perdido unidades buscando otras unidades perdidas. Era una confusión total. Y en medio de esta confusión murieron muchos hombres.

En estas condiciones, nuestros helicópteros resultaban los menos eficaces en ayudar a los soldados. Volábamos en busca de hombres que imploraban auxilio por la radio, pero que quedaban totalmente ocultos por la jungla. Una compañía que tratamos de salvar se evaporó por completo cuando volábamos sobre las copas de los árboles intentado localizarla. Su radio se quedó en silencio, y ellos ya no estaban allí.

"Algunas buenas tripulaciones de bombarderos estaban dejando caer las bombas en las áreas designadas. Charlie se estaría convirtiendo en una hamburguesa."

Gary y yo, y el resto de los Prospectors, nos detuvimos de pronto en medio del campo. Una monstruosa tormenta pareció caer sobre el valle, desde el sur. La tormenta era en realidad un nutrido grupo de helicópteros de la Caballería. Compuesta por lo menos de ochenta helicópteros, la Caballería recorrió el valle a baja cota y velozmente. El grupo voló sobre nosotros y continuó hacia el norte, hacia su objetivo. Minutos después, el último de la formación desapareció y se hizo el silencio.

"¡Maldición! No creo que nunca más vea a tantos Huey volar al mismo tiempo", dijo alguien. Tengo que admitir que tuve una sensación de orgullo al ver mi antigua unidad. Eran las estrellas.

Los norvietnamitas no eran estúpidos. Sabían que algo estaba sucediendo y se difuminaron en la jungla. De acuerdo con los centenares de marcas en los mapas, el EVN estaba rodeado y podía ser empujado a lo largo de la cresta, al norte, en dirección a la poderosa Caballería que aguardaba. A la mañana siguiente, la Fuerza Aérea estaba allí para tomar parte en la acción.

Sky King y yo fuimos asignados a llevar a un equipo de operadores de la televisión, a lo largo de una sucia carretera que marcaba el límite occidental de la zona de bombardeo. Las películas de bombardeos, y especialmente las de bombardeos gigantes, despiertan siempre un gran interés, como todo el mundo sabe.

Las nubes cubrieron el valle, escondiendo las cumbres de las montañas. Sky King y yo volamos un poco nerviosos, a 500 pies sobre la carretera. Nos habían asegurado que la Fuerza Aérea no fallaría, que era prácticamente imposible que fuéramos tocados por una bomba perdida. Pero todo eso son formalismos cuarteleros. La Fuerza Aérea yerra, y mucho.

En el momento exacto en el que las bombas tenían que impactar, lo hicieron. Justo acababa de volverme, enfilando hacia la carretera, cuando observamos que en las estribaciones de las colinas se desataba la acción. Los anillos de las ondas de choque eran claramente visibles en el aire, y empezaron a expandirse, de improviso, sobre la superficie. Algunas zonas en las montañas boscosas quedaron devastadas en un instante. Las bombas de mil libras caían en una rápida sucesión sistemática y devastadora, explotando a lo largo de las crestas, en los barrancos, contra las estribaciones. El plan de destrucción había comenzado a través del valle donde nos encontrábamos y se aproximaba cada vez más. En algún lugar, a 30 000 pies de altitud, sobre el techo de nubes, algunas buenas tripulaciones de bombarderos estaban dejando caer las bombas en las áreas designadas. Charlie se estaría convirtiendo en una hamburguesa.

"Los pequeños bastardos amarillos habían huido demostrando que no tenían ni el más mínimo respeto por nuestra superior tecnología."

Después de media hora, las bombas alcanzaron la carretera. Las ondas de expansión no sólo eran visibles; eran también tangibles. El helicóptero se estremeció por las explosiones. Las bombas caían en plena carretera, así que salí de la trayectoria. Una bomba estalló frente a nosotros, pasada la carretera, y por un momento pensé que probablemente habíamos comprobado a nuestra costa la resistencia de un Huey ante una bomba de mil libras. Por fortuna, el bombardeo cesó.

Silencio. El valle estaba saturado de un denso humo. Árboles defoliados habían adquirido extrañas formas. La tierra era gris y estaba carbonizada, llena de monstruosos cráteres. Nadie habría podido sobrevivir a ese apocalipsis.

El fin del bombardeo fue la señal para la llegada de un gran número de Huey, que desembarcaron a los soldados a lo largo del valle. Era el final de nuestra misión, pero yo seguí allí un rato más, antes de volver a la pista.

Estaba impresionado. El equipo de filmación estaba impresionado. Los soldados estaban impresionados. Pero el enemigo, no. Se había marchado, dejando sólo a una veintena de hombres, que fueron capturados, maltrechos, pero intactos.

Ahora había llegado el turno de la Caballería, que emprendió la búsqueda en las crestas y en los valles durante dos días. Luego volvió al bombardeado valle. Cuando se cerró la red, no apareció ningún pez. Los pequeños bastardos amarillos habían huido, demostrando que no tenían ni el más mínimo respeto por nuestra superior tecnología. Se habían limitado a utilizar el yudo y a retirarse ante la fuerza.

★ ★ ★

CAPÍTULO 3 EL BLUES DEL "CORTO"

JULIO-AGOSTO 1966

Nunca pude volver a dormir en paz. Había logrado escapar de Vietnam con un R & R (permiso) hacia Hong Kong, pero no podía escapar a mis recuerdos. Tras cuatro miserables noches, decidí cortar mi pequeña ausencia y volver a Vietnam.

Estaba de vuelta en Dak To —en casa— al día siguiente. Aquí la guerra era muy sencilla. Hacíamos bien nuestro trabajo, golpeábamos a los vietcong casi todo el tiempo y los manteníamos entretenidos. Aquí yo era un miembro de la parte honorable. Los taimados y cobardes vietnamitas no estaban visibles para recordarme que no me importaba. Yo podía seguir adelante con la sola idea de que matando más y más comunistas podríamos vencer. Cuando me arrastré a mi cama, la primera noche de mi retorno, quedé dormido de inmediato.

A la mañana siguiente volaba con Sky King. En medio de un claro, un teniente subió a nuestro helicóptero. "Tenemos a un periodista herido. ¿Puede recogerlo?"

"Por supuesto", dije.

"El jefe del escuadrón que está con él dice que hay un francotirador, pero asegura que tiene el lugar controlado."

"Ningún problema. ¿Dónde están?"

El teniente me enseñó su mapa. Estaban a sólo una milla de distancia. Cuando me giré para subir al helicóptero, Sky King y el jefe de la tripulación ya estaban listos para salir. Me acomodé mientras Sky King lo elevaba.

> "El rotor principal destrozó algunas ramas secas, sonando como si fuera una ametralladora. Me preparé para el aterrizaje, y descendimos."

Sky King voló a unos cincuenta nudos hacia el lugar.

"Por allí." Señalé hacia cuatro o cinco soldados en pie alrededor de un hombre arrodillado, en una zona de árboles deshojados. "¿Los ves?"

"Los tengo."

Mientras volábamos hacia allí, los hombres se apartaron, quedando sólo uno de pie. Nos apuntaba con una cámara.

"Buen lugar para aterrizar", dijo Sky King.

La base del claro era lo suficientemente amplia para nuestro helicóptero, pero las ramas de seis metros por encima del terreno reducían el círculo, haciéndolo muy estrecho para poder entrar en él.

"Axle Uno Seis", dije por radio. "¿Puedes trasladarte a un claro mejor?" Sky King voló en círculos, buscando una vía para no topar con las ramas.

"Negativo, Prospector. Todavía tenemos fuego de francotiradores, y este hombre está malherido."

Sky King intentó una aproximación. Cuando se acercó a las copas de los árboles pareció muy obvio que iba a topar con ellos con el rotor principal, así que abortó la maniobra. Cuando el escuadrón vio que enfilábamos a través de la zona de aterrizaje, nos preguntaron por radio: "¿Podrás hacerlo, Prospector?"

Sky King movió la cabeza. "No puedo llegar ahí. ¿Quieres intentarlo tú?" Asentí y tomé los controles. Mientras Sky King se acercaba, pensé que había encontrado una vía. "Pasaremos, Axle Uno Seis. Agárrate bien."

El plan era muy sencillo. Yo me acercaría en un ángulo de noventa grados al punto del último intento de Sky King y giraría enfilado. Inclinando el aparato, esperaba que el rotor podría pasar por el angosto espacio que también Sky King había entrevisto. Me coloqué en una tangente en relación al claro y descendí. Tuve un impacto rápido, y cuando nos deslizamos hacia el suelo, vi que iba a chocar con algo, de todos modos. El rotor principal destrozó algunas ramas secas, sonando como si fuera una ametralladora. Me preparé para el aterrizaje, y descendimos.

"Genial. ¿Y cómo vas a hacer para salir?", dijo Sky King.

No le contesté porque no sabía cómo iba a salir. Los soldados sostenían al hombre herido. Se encontraba inconsciente y su camisa estaba empapada de sangre. En ese momento me di cuenta de que el cámara de televisión estaba filmando todo lo que sucedía. Los soldados, echados boca abajo, efectuaban fuego de cobertura hacia la jungla. Cuando vi apuntar la cámara hacia la cabina, me senté erguido y compuse la figura, para el caso de que algo de todo esto quedara registrado. El jefe de la tripulación dijo que estábamos listos, y el cámara subió a bordo.

En realidad, no existía una vía aceptable para salir. No teníamos suficiente espacio para acelerar y repetir la maniobra a través del corredor. Algunas de las altas ramas colgaban sobre el disco del rotor. Según los manuales, no teníamos escapatoria.

Pero yo había visto palas de rotor que había soportado un esfuerzo increíble, así que decidí utilizar la opción de la fuerza bruta. Me puse en estacionario, giré la cola hasta que encajó con el espacio en las ramas que colgaban por encima, y tiré del paso. Trepamos directamente hasta veinte pies antes de que el rotor chocase con gruesas ramas en casi todos los puntos de su círculo. Sonaba como si el rotor estuviera rompiéndose en pedazos. Segundos más tarde, pasamos por encima de las copas de los árboles y enfilamos, acelerando hacia la pista, a cinco millas de distancia.

"Algún día vas a toparte con una rama que será justo un poquito más grande", dijo Sky King, tras un largo silencio.

"¿Y qué?", pregunté.

"Entonces tu helicóptero se caerá, y te matarás y morirán todos los que estén contigo."

"Eso me da mucho miedo", le dije. "Creo que voy a dejar este trabajo y voy a volver a casa."

> "¿No te fastidia?... Se aburría con su bonito trabajo de oficina, el muy idiota."

"Este hombre aún vive, señor." La voz del jefe de la tripulación pitaba en mis auriculares. "El cámara dice que es el jefe de informativos de la CBS, imagínese."

"¿No te fastidia?", dijo Sky King. "Se aburría con su bonito trabajo de oficina, el muy idiota."

Cuando aterrizamos junto a la tienda-hospital de la 101.ª el cámara saltó y filmó a su jefe, mientras era bajado del helicóptero. También nos filmó a Gary y a mí, en la cabina; luego dejó reposar la cámara y nos saludó. Asentí, puse el rotor a velocidad sostenida y despegué. Cuando volábamos para recoger los termos de comida que habíamos llevado a las tropas en campaña, recordé el saludo del cámara y me sentí un poco héroe.

Durante la segunda semana de julio, las patrullas y las compañías de reconocimiento encontraban escasa oposición en la zona de batalla. El EVN se había esfumado.

ARRIBA: *Tras conseguir posar su helicóptero en la zona de aterrizaje con las palas rozando los árboles, el comandante espera a que todo esté listo.*

"Han huido, después de haber perdido dos mil hombres. Hemos ganado", dijo Gary.

"¿Qué es lo que hemos ganado? Simplemente, hemos ocupado un territorio. Ni siquiera un pueblo ha pasado verdaderamente bajo el control estadounidense. Y nos ha costado todo lo que teníamos poder detenerlos", le dije.

"Hemos ganado la batalla. Han muerto muchos más de ellos que de los nuestros. Es así de sencillo."

"Te molesta tener que emplear todos esos recursos para ganarles? Si ellos hubieran estado equipados como nosotros, nos habrían vencido."

"Sí, pero la realidad es que no están igual de equipados, y han perdido. Además, me queda sólo un mes de estar aquí y me importa un bledo."

"A menos que te hagan pilotar en vuelos de asalto durante tu último mes."

"Si lo hacen, les daré una paliza."

Volamos casi cada día. Las misiones eran numerosas, pero no las recuerdo muy bien. Yo estaba preocupado. Gary había recibido su orden de dejar Vietnam, pero yo no. Escribí a Patience para que contactara con el Pentágono. Repasaba los papeles a diario con el administrador de la sección. Temía que el Ejército se olvidase de que existía.

Cuando volaba, mi vida estaba en mis propias manos. Cuando estaba de vuelta en el campamento, el Ejército controlaba mi destino. Y el Ejército no encontraba la orden de mi traslado.

"Este es un punto caliente", dijo el oficial de operaciones comandante Ramon. Todos los pilotos de los Prospectors estaban en la reunión. El comandante nos explicó los planes de batalla, las frecuencias, el número de los helicópteros, las tareas de las tripulaciones, y las sospechas sobre la localización del enemigo. Era mucho ruido para mí. Mi mano tomaba notas en la libreta, pero mi mente estaba conmocionada. Dos días para salir de aquí. Dos jodidos días para marcharme, y tengo que ir a un punto caliente. "Haremos un total de tres traslados esta mañana", dijo el comandante. Tres oportunidades. Manténgan se firmes. Tres, repito, tres pasadas con los Huey en un asalto de combate absolutamente libre.

Recorrí un cuarto de milla a lo largo de la arena. Revisaba mis materiales, como si fuera un novato. Pistola, chaleco, mapa protector. Oh sí, el protector estaba en el helicóptero. Casco Coraje. ¿Dónde estaba mi coraje? Oh sí, mi coraje también estaba en el helicóptero.

"¿Se te ha perdido algo?", me preguntó Fisher (un nuevo

TIM PAGE

ARRIBA: *Después de acabada la guerra. Desguazados como repuestos, sus días de vuelo terminados, estos helicópteros Huey permanecen como reliquias en la base área de Tan San Nhut.*

compañero). Había estado observándome mientras hacía la revisión.

"No, lo tengo todo."

"Esto es realmente excitante", dijo Fisher.

"Sí, es muy excitante." Cretino. Odiaba a Fisher cuando decía eso. ¿Excitante? Excitante es un partido de béisbol. ¿Es excitante morir? ¡Imbécil! Espérate un par de meses y dime luego si es excitante o no.

Fisher subió hasta la cabeza del rotor y yo revisé la célula. Cuando abrí la radio, una orden me indicó: "Le reclaman en la tienda de operaciones, señor."

"¿Para qué?"

"No lo sé, señor. El comandante Ramon me encargó que le dijera que tiene algo para usted en la tienda de operaciones."

"De acuerdo." Miré a Fisher: "Vuelvo en un momento." Fisher asintió.

Me encaminé a la tienda de operaciones. Ramon no estaba allí. "¿Dónde está el comandante Ramon?", pregunté al sargento.

"No lo sé, señor."

"Bueno, ¿y qué quería de mí?"

"¿Quién le llamaba, señor?"

"Ramon, creo. Me dijeron que alguien tenía algo para mí. Y aquí estoy. ¿Acaso se trata de una broma?"

"No lo sé, señor, no se nada de eso."

Escuché el rumor de las turbinas detrás de mí. Los Prospectors se ponían en acción. Me giré y me fui. Si no me daba prisa, se retrasaría la misión. Corrí por la arena. A unos cien metros, el helicóptero de vanguardia despegó. Qué jodido. Agité los brazos. "Hey, esperadme. ¡Sólo hay un piloto en mi helicóptero!" Corrí lo más rápido que pude. Luego despegó toda la escuadrilla. Me quedé de pie, en la arena, observando el vuelo de los Huey que se dirigían hacia el oeste, complemente confuso. Un jeep, en el que no me había fijado, se acercó desde la pista. El chófer se detuvo junto a mí. "¿Le apetece dar un paseo, señor?" El chófer era el ordenanza que me había dado el mensaje. Todo mi equipo de vuelo estaba en el jeep. Subí.

"¿Qué diablos está pasando aquí? ¿Dónde está el comandante Ramon?"

"El comandante Ramon está volando en su helicóptero, señor."

Evidentemente, yo no era el único en creer que necesitaba un descanso.

Al día siguiente, 10 de agosto, me llamaron a la tienda de operaciones y me dieron nuevas órdenes. Tenía que viajar a Saigón y tomar un vuelo a las once de la mañana el día 14. Estaba emocionado.

Esa tarde, volaba con un Huey, de vuelta a Phan Rang. El helicóptero tenía que ser sometido a una revisión, y yo también. Volé a lo largo de la costa y pasé por el pico de una colina alta, cercana al océano. Cuando cruzábamos la cresta, el jefe de la tripulación, un chico nuevo, me dijo: "Señor, nos están disparando desde la colina. ¿Les respondemos?"

¿Les respondemos? No podía creer lo que acababa de oír. ¿Debemos responder?

"Hoy no, sargento", respondí. Me giré hacia Staglioni, el copiloto, y volví a repetir: "Hoy no." Me reí tanto, que acabé llorando.